



EL
CEMENTERIO
DE
LA
VIDA

¿Deseas conocer el sentido de la vida?



J. P. P. Casanova

“Servid mil veces, negaos una... y únicamente recordarán vuestra negativa.”

J.P.P. CASANOVA

EL CEMENTERIO DE LA VIDA

Primera edición mayo 2019.

2019 © EL CEMENTERIO DE LA VIDA

2019 © J.P.P. CASANOVA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro para cualquier medio, incluido el electrónico, sin autorización escrita del autor.

Diseño cubierta: Vicente Valero vvcreativo@gmail.com

ISBN: 9781097415540

A los que *sufren* empatía.

ÍNDICE

LUNES	9
I	11
II	17
III	29
MARTES	37
IV	39
V	54
VI	58
VII	65
MIÉRCOLES	75
VIII	77
IX	84
X	91
JUEVES	99
XI	101
XII	107
XIII	113
XIV	123
VIERNES	129
XV	131
XVI	142
XVII	151
XVIII	155
XIX	163
XX	169
XXI	175
XXII	181
DOMINGO	185
XXIII	187
EPÍLOGO	191

No hay mal que por bien no venga... ni que mil años dure... ni cuerpo que lo aguante.

LUNES

I

27 octubre de 2018

Caminaba solo. No era consciente de dónde había aparcado el coche, y echó una mirada en derredor para poder ubicarse. La comisaria de policía le indicó dónde se encontraba. No estaba lejos de casa, pero por algún motivo, que ni él mismo podía entender, había tomado la segunda salida de la rotonda en lugar de la primera que lo habría conducido, como todos los días, directo a casa.

Aquella tarde era diferente en muchos aspectos. En primer lugar había salido temprano del trabajo, algo inédito en los quince años que llevaba trabajando en aquella maldita empresa y con aquellos malditos compañeros.

Su horario de trabajo era interminable, comenzaba muy temprano levantándose a las seis y media de la mañana, para conducir durante una hora hasta llegar a su destino, la mayoría de los días debía quedarse a comer, para luego seguir trabajando hasta las ocho de la noche. En honor a la verdad no tenía un trabajo muy exigente a nivel físico, pero su cargo de director ejecutivo de la empresa, laboratorios Bapeca, le obligaba a supervisar el trabajo de los demás y psicológicamente era una tarea agotadora.

Era cierto que tenía personas que, estando bajo su mando, eran las que realmente debían controlar al resto de trabajadores, pero en contra de lo que él esperaba, era a esas personas a las que, muy a su pesar, debía controlar y supervisar constantemente.

Papeles y más papeles se amontonaban en su mesa de trabajo; informes, actas de reuniones, peticiones, sugerencias y quejas (sobre todo quejas) le impedían trabajar tranquilo y dormir profundamente por las noches.

En segundo lugar, en contra de sus propios principios, se había levantado de la mesa en la que todos estaban reunidos y los había dejado plantados y con la palabra en la boca. Después de casi dos horas desde que había terminado la reunión, todavía podía sentir en la nuca las miradas de reproche y sorpresa de todos los asistentes.

La reunión no había sido tranquila, como de costumbre. Pero aquella tarde su paciencia, su infinita paciencia, había llegado al límite.

—Deberíamos estudiar los proyectos de investigación del segundo semestre —había dicho Amanda, su jefa de recursos humanos.

Samuel no había podido disimular su sorpresa ante aquella petición. No ante el hecho de que Amanda pidiera cosas extravagantes, en eso era la mejor y no conocía límites, pero sí en el hecho de que en ese momento, llevando únicamente mes y medio del primer semestre solicitara hablar de los proyectos del segundo semestre.

—No creo que eso se pueda discutir en estos momentos —había respondido Samuel con voz tranquila, intentando en todo momento evitar que se le notara la rabia que sentía—. Estamos inmersos en la elaboración y puesta en marcha de los nuevos proyectos y tan siquiera conocemos los presupuestos para escoger los nuevos.

—Sí, pero... —siempre había un *pero*— Si nos ponemos a ello ahora, tendremos mucho camino avanzado para cuando llegue el momento, y estaremos preparados para tomar las mejores decisiones.

Eso era cierto, sus argumentos siempre gozaban de una aplastante lógica empresarial, pero no así de una lógica temporal o personal. En el fondo, la única razón que la impulsaba a solicitar aquello era que, siendo ella la encargada de planificar esos proyectos y su consiguiente contratación de personal, quería comenzar a hacerlo ya, para luego no sentirse desbordada por el trabajo.

No era la primera vez, ni sería la última, en la que solicitaba llevar a cabo trabajos a destiempo y sin los suficientes datos, para una toma eficiente de decisiones, y casi siempre conseguía su objetivo. Por eso, su cara de sorpresa fue la mayor de todas cuando Samuel se mantuvo en su posición, y esgrimió argumentos legales para esquivar la situación, aquello era lo único que funcionaba con Amanda, los argumentos legales.

—Lo siento Amanda, pero ese punto no estaba establecido en el orden del día y además, considero que faltan gran cantidad de datos para que tomemos decisiones que se ajusten a una futura y desconocida realidad.

—Pero... —siguió protestando Amanda.

Samuel no la dejó seguir, no podía soportar ni un segundo más aquella situación.

—Si no hay más preguntas referidas a los temas que estaban incluidos en el acta, podemos dar por finalizada la reunión —concluyó.

Sin dar tiempo a nadie a decir nada más, Samuel se levantó de la mesa y por enésima vez ejerció su potestad como director ejecutivo para pararle los

pies a otro subordinado.

Sabía que aquello le traería futuros problemas, pero en esos momentos le daba igual. Para una vez que podía salir antes del trabajo, no iba a permitir que nadie le robara aquel preciado tiempo de vida que le había llegado como un regalo del cielo.

Como siempre, en el largo trayecto hasta casa, había repasado una y otra vez la conversación, y una y otra vez, los remordimientos por lo que había tenido que hacer y las excusas que se daba a sí mismo para justificar sus decisiones, le martilleaban la cabeza como un herrero que forja una espada que nunca quedará perfecta.

Por último, lo que hacía que aquella tarde fuera diferente del resto fue el hecho de tomar la inaudita decisión de no ir directo a casa. ¿Para qué? Se preguntó, ¿Para hacer lo mismo de siempre? Y es que siempre era lo mismo, en todos los aspectos de su vida.

Caminó unos metros y giró a la izquierda en la primera calle que encontró y siguió andando sin hacer ningún caso de la ligera llovizna que había sorprendido a todos en ese temprano inicio del otoño. Llevaba una camisa blanca de manga larga y unos pantalones vaqueros, que no lo protegían del todo de la fría brisa que recorría en aquella calle.

Cruzó un estrecho puente que atravesaba el río y se detuvo justo en medio para observar el inexistente cauce. Treinta años atrás el río se desbordaba casi todos los años debido a las intensas lluvias invernales y, como solución, las autoridades habían decidido encauzarlo por completo y evitar las crecidas que tan cuantiosos daños económicos producía. El resultado no podía haber sido más lamentable.

El antaño río, en el que sus abuelos se bañaban e incluso pescaban, era ahora un canal vacío, con dos gigantescos muros de hormigón a ambos lados, que visto desde las alturas, representaba una enorme y sinuosa cicatriz a lo largo de toda la ciudad.

Las inundaciones habían desaparecido, eso era cierto, pero, en opinión de Samuel, el precio había sido demasiado alto, a cambio de evitar problemas de carácter natural, tenían un río muerto y estéril.

Negó con la cabeza y prosiguió su camino llegando al otro lado del puente. Cruzó la calle sin importarle el bocinazo con el que un conductor, agraviado por su temeridad, le había otorgado sin contemplaciones. Hizo caso omiso de la increpación verbal y siguió caminando sin molestarse en mirar hacia atrás y disculparse.

Estaba cansado de disculparse, y más aún, de esperar que otros lo imitaran e hicieran lo propio con él, algo que nunca ocurría. Siguió caminando y se encontró en una enorme explanada que conducía a la entrada del nuevo y flamante centro comercial de su ciudad. Ociolandia. ¿A quién se le habría ocurrido un nombre tan ridículo para un centro comercial?

Atravesó las dos columnas de entrada al centro comercial y de repente se encontró rodeado de decenas de personas que iban de un lado a otro, sin aparente preocupación. Observó a algunas familias que paseaban con decenas de bolsas de compras en las manos, de diferentes marcas y tiendas, y que hacían malabarismos para mantener retenidos a sus hijos pequeños que gritaban y lloraban por éste o aquel capricho.

Rodeando algunos bancos veía grupos de jóvenes que hablaban entre ellos y observó cómo los chicos se pavoneaban frente a las chicas y comprobó, no sin la lástima reflejada en el rostro, como éstas les reían las *gracietas* absurdas de aquellos hombres en potencia, a los que lo único que les interesaba era conseguir sentirse o ser considerados, el macho alfa de la manada.

¿Desde cuándo había que comportarse como un verdadero imbécil para poder ganarse la admiración de los demás? Para los chavales de hoy día lo más importante en sus vidas era ser aceptado socialmente y destacar en algo que, únicamente para el resto de sus amigos, tenía importancia; Ropa de marca, video juegos, móviles de última generación y *reality shows* eran las piedras angulares de aquellas vidas. Todo lo demás carecía de importancia.

Un golpe en el hombro de una persona que paso a su lado hablando por el móvil le hizo darse cuenta de que estaba plantado en medio del centro comercial, inmóvil. La persona siguió su camino como si no hubiera pasado nada.

¿Eso era todo? ¿Ni una simple disculpa?

Dio un giro completo sobre sí mismo, al mismo tiempo que observaba a todos los que deambulaban de aquí para allí y se preguntó si alguna de aquellas personas se había parado alguna vez en su vida para pensar si todo aquello por lo que vivían o actuaban tenía algún sentido.

La gente caminaba hablando con su acompañante, riendo, o simplemente enganchados al móvil, ya fuera para hablar o simplemente para mirar el correo o las incontables redes sociales que desbordaban Internet.

Se detuvo frente a un escaparate de telefonía móvil y se vio así mismo reflejado en el cristal. No podía decirse que se conservara mal. Medía un

metro ochenta y dos centímetros y pesaba ochenta kilos, estaba en forma. A sus cincuenta y cinco años mantenía una buena cantidad de pelo, eso sí, veteadado de canas aquí y allí, conservaba una buena visión y su rostro no mostraba ningún rasgo llamativo que captara la atención y diera que hablar cuando la gente lo conocía.

Siguió andando y conforme se adentraba en el centro comercial, un nudo comenzó a atenazarle la garganta. Sin saber el porqué su respiración se agitó y el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

¿Acaso estoy teniendo un ataque al corazón? Se preguntó incrédulo. Esto no hizo más que aumentar su nerviosismo y buscó angustiado, con la mirada, una salida, fuese cual fuese.

Al fondo del parque comercial vio una pequeña puerta que conducía a un jardín infantil. Estaba vacío, y desabrochándose un botón de la camisa avanzó, con paso ligero hacia la pequeña puerta.

Atravesó el pequeño parque de juegos y cruzó una pequeña carretera. No sabía muy bien qué dirección tomar, aquella parte de la ciudad no le era muy conocida. Con un trote ligero, como si estuviera huyendo de algún peligro que no pudiera ver pero que sentía que estaba ahí circundó una rotonda y al poco se sintió mejor. Los ruidos, las luces y el ambiente agobiante habían desaparecido. Notaba cómo su respiración se relajaba y el corazón ya no quería escapar de su cuerpo. Aquella zona estaba poco iluminada pero no le importó.

Caminó por la amplia acera sin que nadie se cruzara con él y siguió andando sin importarle el final del camino, ni donde podría llegar. La lluvia había dejado de molestar y solo de vez en cuando veía algún que otro solitario coche que se dirigía en dirección contraria a la que él llevaba.

Al caminar miraba sus zapatos y no se atrevía a levantar la vista para no sentir la necesidad de tener que volver sobre sus pasos al comprobar que aquella zona estaba desierta, sin farolas que iluminaran el camino, ni nadie a quien pedir ayuda sin le sucedía algo. Notó como la acera desaparecía y comprobó que ahora se encontraba ascendiendo por una pendiente semicircular de terreno sin asfaltar. Una línea metálica en el suelo lo hizo detenerse y le obligó a alzar la vista y comprobar donde había llegado en aquella locura.

La línea metálica eran los raíles en los que encajaba una puerta de hierro forjada. Dio un paso atrás y levantó la cabeza para leer la palabra que, en letras metálicas desgastadas por el tiempo y el óxido, atravesaba la parte

superior de la entrada a la que, sin pretenderlo, lo habían llevado sus pasos.
Cementerio.

II

Sintió un ligero cosquilleo en el estómago. No le gustaban los cementerios. Desde la muerte de su madre, hacia ya diez años, no había pisado uno. A decir verdad, solo recordaba haber estado en él durante el entierro de su madre y de su abuela, nada más. En ese hecho había influenciado mucho las ideas que tenía su madre acerca de los cementerios.

—Allí no hay nada que ver —respondía cuando alguno de sus hermanos le pedían que los acompañara cada vez que iban a visitar a sus padres en la festividad de difuntos. Les repetía una y otra vez, lo que su padre, el abuelo de Samuel, le decía sobre visitarlo en el cementerio.

—A mi no me traigáis flores, al final se pudren y las tiran. Es un dinero mal gastado. Total, allí ya no hay nadie.

Era curiosa su madre, una mujer de fe católica estricta y sin embargo, reacia a celebrar festividades religiosas. Hacía más de veinte años, antes de morir, que nunca iba a misa, salvo en ocasiones especiales y, para ella, la única ocasión especial era el entierro de un ser querido. Por otro lado, cuando le hablaban de “*la buena gente*” que era esta o aquella persona, zanjaba la discusión con un “*Santo que mea no te lo creas*”. Sin embargo, tuvo que aguantar durante más de cuarenta años el convivir con un hombre que, al parecer de Samuel, nunca la había querido; su padre. Un hombre que solo se preocupaba de sí mismo y de su bienestar. Gastaba dinero a raudales sin importarle el pago de recibos o la compra de comida y se daba por hecho más de una aventura e incluso Samuel sospechaba que tenía algún que otro hermanastro que, obviamente, nunca llegó a conocer pues, a pesar de todo esto y de todas las sospechas, su madre nunca lo abandonó, pues volvía a zanzar el asunto con “*Boda y mortaja del cielo bajan*” y es que para la madre de Samuel, todos los refranes eran verdaderos y dos de cada tres frases que pronunciaba, eran este o aquel refrán.

Después de pensárselo y meditarlo fríamente se decidió a dar el primer paso y se adentró en aquel silencioso y respetuoso lugar.

No recordaba que fuera tan amplio. El cementerio te recibía con una explanada de tierra que se adentraba en la lejanía. A mano derecha se

encontraba una especie de garita de recepción que en esos momentos se encontraba vacía. Lo único que recordaba de sus anteriores visitas era que debía seguir caminando y llegar hasta la segunda fila de nichos para luego girar a la izquierda y buscar la tumba de su madre aproximadamente a la mitad del camino y sobre la tercera fila

Miró en aquella dirección y vio que había un grupo reducido de personas todas ellas vestidas de negro que rodeaban un féretro. No quiso acercarse a ellos y decidió quedarse en la pequeña hilera de bancos de piedra que se situaban a su izquierda antes de llegar a la calle que conducía a las diferentes construcciones en fila de nichos.

Había cuatro alturas de nichos, uno encima de otro, en largas estructuras de piedra que se perdían a la vista. Intentó hacer un pequeño cálculo de cuantos cadáveres cabrían en cada una de aquellas filas pero la idea se le antojó macabra y la abandonó.

Miró su reloj y comprobó que eran las seis y media de la tarde. No tenía ni idea de a qué hora cerrarían aquel santo lugar y volvió a mirar la garita donde debía encontrarse alguien que lo atendiera. Seguía vacía. Intuyó que el encargado estaría acompañando a los que se congregaban alrededor del difunto al que en aquel momento estaban dando sepultura.

Miró en derredor y observó a una persona que se encontraba sentada de espaldas a él en uno de aquellos bancos de piedra. Con paso lento se acercó hasta ella.

—Buenas tardes —dijo con voz queda.

La persona dio un respingo y se giró con brusquedad hacia Samuel.

—Lo siento —se disculpó— No era mi intención asustarla.

Observó que se trataba de una mujer, una chica muy joven en realidad, que lo miraba sorprendida.

—No se preocupe —respondió la chica sin dejar de mirarlo con los ojos muy abiertos— Aquí es fácil asustarse con cualquier cosa.

Aquel comentario hizo sonreír a Samuel.

—Lo siento de veras. ¿Solo quería saber si usted conoce la hora a la que cierran el cementerio?

La chica miró su reloj.

—Cierran a las ocho y media. Pero por poco tiempo. En cuando cambien la hora cerrará a las seis. Cuando cambian la hora oscurece mucho antes y no viene nadie al cementerio cuando esta oscuro —La chica sonrió ante su propio comentario.

—Sí, la verdad es que es un lugar que infunde respeto.

La chica no dijo nada. Ya no lo miraba y volvía a centrar su mirada al frente a las hileras de nichos.

—Le importa si me siento con usted —preguntó Samuel con timidez, en el fondo sentía un ligero cosquilleo de intranquilidad al estar en aquel lugar.

—En absoluto —le respondió la chica señalando el banco.

Samuel tomó asiento y se quedó mirando las lápidas que quedaban justo en frente suyo. Muchas de ellas tenían flores frescas y se las veía limpias y cuidadas. Otras, en cambio, parecían que llevaban años sin limpiar. Las lápidas también eran muy diversas, las había de todas las formas y tamaños, algunas con figuras talladas de vírgenes o santos y otras eran simples, sin adornos, con un nombre y dos fechas, nacimiento y muerte. Letras doradas, plateadas, en relieve, cinceladas, la variedad era enorme.

—La verdad es que no entiendo porqué la gente tiene miedo a venir a los cementerios, si hay algún lugar tranquilo y seguro es un cementerio —comentó la chica.

Samuel sonrió tímidamente.

—Supongo que a nadie le gusta ver cuál va a ser su final. Estar en un sitio como éste te da qué pensar.

La chica se volvió para mirarlo al escuchar el comentario.

—No sé a qué se refiere. Cualquiera persona sabe que al final del todo vas a acabar aquí, sí o sí. Preocuparse por algo que es inevitable no tiene ninguna lógica.

La respuesta pareció desconcertar a Samuel que simplemente había hecho el comentario sin pensar, no imaginaba que aquella chica se lo tomara como un tema serio de conversación.

—Tiene sentido, pero creo que poca gente piensa en que al final vas a morir. La gente prefiere pensar en otras cosas y supongo que el venir aquí te recuerda algo que no quieres reconocer.

—¡Qué tontería! —Exclamó la chica sonriendo, mientras movía su mano desechando aquella idea— si en algo debería pensar la gente es en que, tarde o temprano, van a morir. Si pensarán en eso de vez en cuando quizás sus vidas cambiarían.

Samuel no supo que responder a eso y se cruzó de brazos mirando la lápidas de nuevo, aunque sin verlas en realidad.

Al cabo de un tiempo no pudo mantener el silencio. No podía soportar aquellas situaciones en las que la gente podía estar en silencio junto a otra, sin

hablar de alguna cosa, por trivial que fuera.

—Me llamo Samuel, por cierto.

La chica levantó la mano en señal de saludo aunque no se la ofreció.

—Encantada de conocerte Samuel.

—¿Parece sentirse muy cómoda en... —levantó la mano abarcando el lugar — en estos sitios?

—Sí, es cierto —convino la chica—. Vengo muy a menudo.

A Samuel le extrañó la respuesta, pensó que lo más probable era que aquella chica estuviera visitando a algún familiar querido que hubiese muerto recientemente y de ahí que visitara el cementerio a menudo. Se sintió un poco avergonzado. No había mostrado el suficiente respeto a aquella situación sentándose a su lado y ofreciéndole conversación como si de una cafetería se tratase.

La chica pareció leerle el pensamiento y sin que dijera nada le aclaró la situación.

—Vengo al cementerio por trabajo —le dijo.

—¿Por trabajo? —preguntó Samuel extrañado.

—Así es. Me dedico a acompañar a la gente en el cementerio.

Samuel levantó las cejas desconcertado, desconocía que aquel trabajo pudiera existir realmente.

—Como he dicho antes —prosiguió la chica— hay gente que no le gusta venir sola, otras veces me ocupo de los niños pequeños, otras veces acompaño a ancianos que no pueden estar solos y otras veces simplemente, vengo porque me gusta estar aquí.

—¡Vaya! —Exclamó Samuel—, me deja usted de piedra. Jamás me hubiera imaginado que un trabajo así pudiera existir.

—No es un trabajo propiamente dicho —dijo la chica con una ligera sonrisa— evidentemente no estoy contratada —su sonrisa se ensanchó aún más —, pero es cierto que no faltan días en los que no me encuentre aquí esperando o cuidando de alguien.

Samuel observó con más detenimiento a aquella extraña mujer.

No tendría más de veinticinco o treinta años. Vestía completamente de negro, una ligera blusa negra, pantalón negro y zapatos negros. Su piel pálida destacaba sobre aquella negrura. No llevaba maquillaje y su pelo lacio, y también negro, le caía hasta los hombros enmarcando su cara con dos finas cortinas, su flequillo le ocultaba la frente y le rozaba las pestañas de sus grandes ojos negros sin parecer molestarla. Su timbre suave al hablar y su

mirada tranquila, le otorgaban una serenidad natural que encajaba perfectamente con el lugar donde se encontraban.

—En realidad es un trabajo muy agradecido —continuó la chica— nunca tengo problemas con los ruidos, no es estresante y, de vez en cuando, descubro alguna inscripción en las lápidas que me hace sonreír.

Samuel ladeó la cabeza en señal de interrogación.

—Mire —dijo la chica señalando una lápida en concreto situada en la hilera de la parte superior.

Samuel miró en la dirección donde señalaba la chica y entrecerró los ojos buscando a lo que se refería.

Al no obtener respuesta la chica fue algo más concreta.

—La tercera lápida empezando por la izquierda, la de más arriba.

Samuel siguió sus indicaciones y encontró la lápida en concreto. No pudo evitar sonreír ante lo que allí ponía.

—¡Por fin! —leyó en voz alta.

En aquella simple lápida solo podían leerse aquellas dos palabras; *¡por fin!* en letras grandes y negras y con signos de exclamación que atravesaban en diagonal la superficie de la lápida. No llevaba nombre, ni fechas de nacimiento ni defunción. Simplemente aquellas dos palabras.

—Esa persona tenía sentido del humor —dijo Samuel sin saber si debía reírse o mostrar tristeza porque una persona se alegrara de su propia muerte.

—Supongo que sí —respondió la chica— o quizás estaba demasiado desencantado con la vida, tan triste, que se alegraba de su propia muerte —hizo como si lo meditara durante unos segundos—. Yo creo más en la primera. Estoy segura de que tenía un enorme sentido del humor.

—Pues a sus parientes no creo que les hiciera gracia que abandonara este mundo.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó la chica.

Para Samuel no pasó desapercibido el cambio de tratamiento de la chica hacia su persona, pasando del formalismo, a tutearlo directamente. No le dio importancia y decidió responder tuteándola de igual forma, como si en realidad no fuese la primera vez que se veían.

—Bueno. No tiene nombre, ni fechas de nacimiento ni muerte, ni tan siquiera tiene esquila. No lo apreciarían mucho si no se preocuparon de que su nombre quedara escrito para la eternidad y pudiera ser recordado. ¿No crees que tiene sentido?

—No lo creo. Más vale que no quede nada a que te recuerden como a la

persona de la lapida de abajo a la derecha —la chica señaló en aquella dirección.

Samuel se fijó ahora en la nueva lápida y esta vez sí que emitió una sonora carcajada. En la esquila de la lapida podía leerse.

“Señor aquí tienes a mi mujer, espero que la recibas con la misma alegría con la que yo te la mando”

La chica le devolvió la sonrisa.

—¿Ves como no es tan malo estar en un cementerio? Puedes reírte de todo —después de decir eso su rostro se volvió un poco más sombrío—. Aquí la vida ha terminado y ya no tienes que preocuparte de nada más.

Samuel no supo cómo reaccionar ante aquellas palabras y a aquel repentino cambio de estado de ánimo. ¿Debía consolarla por la muerte de algún pariente? Que él supiera no estaba allí por recordar a nadie que hubiera fallecido. Estaba allí acompañando a alguna persona que sí estaba visitando el cementerio. Recordó el grupo que había visto al entrar al cementerio e intuyó que ella debía estar allí acompañando a alguna de aquellas personas. No debería estar allí sola, debería estar acompañando a esa persona en aquel momento de dolor, pero luego se dio cuenta de que, en cierto sentido, la chica solo era respetuosa con la situación. Acompañaba a la persona, sí, pero respetaba su intimidad.

Emitió un largo suspiro y fijó la mirada en un punto lejano.

—¿Y tú? —preguntó la chica de improviso.

—¿Y yo, qué? —preguntó a su vez Samuel.

—Bueno, es lunes, son las siete de la tarde y no recuerdo haberte visto por aquí antes. No tienes intención de visitar ninguna tumba, sino no estarías aquí hablando conmigo, y por lo que puedo intuir al ver como hablas y como vistes, no eres un vagabundo que espere que cierre el cementerio para poder quedarte a pasar la noche en un sitio seguro.

Samuel la miró en silencio. Pasaron unos minutos en los que no supo que decir. No conocía a aquella chica de nada y sin embargo no se encontraba tan a gusto con nadie desde... bueno, ya no recordaba desde cuándo. ¿Por qué estaba allí? Esa era una buena pregunta. ¿Qué esperaba encontrar en aquel lugar? ¿Respuestas? ¿Respuestas a qué preguntas? Agachó la cabeza y sujetó el banco con las palmas de sus manos como si fuera a caerse al vacío.

—No lo sé —fue la escueta respuesta que se le ocurrió— la verdad es que no sé lo que hago aquí. En realidad no tendría que estar aquí. Tendría que estar trabajando como tú dices o camino de casa para ser más exactos, pero... —

Samuel se detuvo y giró de nuevo la cabeza en dirección contraria a donde se encontraba la chica— en realidad no sé lo que hago en ningún sitio.

Esta última frase la había pronunciado en voz baja, más para sí mismo que para la chica. En contra de lo que él pensaba, la chica sí había oído aquellas palabras y se encontró con una inesperada respuesta.

—Yo creo que buscas lo mismo que todos —dijo la chica sin dejar de mirarlo— un lugar donde poder sentirte tranquilo por unos momentos. Y más aún, si has pasado por el centro comercial de detrás —añadió con ironía mientras señalaba a sus espaldas en dirección a la salida.

Samuel sonrió y meditó unos momentos sobre la respuesta que le había dado.

—No creo que busque un momento de tranquilidad, más bien creo que busco algún sentido a todo esto —levantó los brazos en un gesto de impotencia.

—¡Ah! —exclamó la chica como si se hubiera dado cuenta de algo—. Buscas algún sentido a la vida. —La chica sonrió y negó al mismo tiempo con la cabeza— y lo buscas en un cementerio. Claro. Tiene lógica.

Samuel estaba sorprendido y aliviado a partes iguales. Estaba manteniendo la conversación más profunda y trascendental que había tenido en años con una perfecta desconocida. Además, era una chiquilla joven cuyo trabajo era acompañar a personas al cementerio y que dudaba que tuviera la suficiente experiencia en la vida como para hablar con aquella seguridad.

Por otro lado, cada vez que decía algo, procedente de lo más profundo de su alma, notaba como si un peso se le quitara de encima. Notaba que todos aquellos ruidos, aquellas voces estridentes que no dejaban de martillearle la cabeza, se iban apagando poco a poco, al mismo tiempo que pronunciaba las ideas. Se sentía ligero, vivo, casi podía decir que alegre, por un instante. Un efímero instante. ¡Qué demonios!, pensó. No tengo nada que perder.

—Pues sí —dijo fingiendo seriedad— me gustaría encontrar las respuestas, saber algo más, tener claro qué debo hacer o qué no debo hacer para poder disfrutar de esta vida que tan mal nos trata y que tantos palos nos da.

—¡Vaya! —Exclamó la chica inclinándose hacia atrás como si quisiera observarlo mejor— parece que alguien no está contento con lo que tiene —añadió con una amplia sonrisa.

Samuel recuperó la compostura y se dio cuenta de que se había dejado llevar por un impulso. No la conocía de nada. No tenía derecho a decirle

aquellas cosas, ni aun en broma.

—Lo siento —dijo Samuel con sinceridad— no debí hablarte así. Estoy pagando mis problemas contigo y ni tan siquiera te conozco.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó la chica—. Simplemente has dicho lo que pensabas, lo has dicho con educación y respeto y para que engañarnos, hasta te ha gustado —le dijo señalándolo con un dedo acusador— ¿Has pensado que quizás sea eso lo que necesitas?

—¿El qué? ¿Hablar con una desconocida, en un cementerio, oscureciendo, e intimidándola con mis pensamientos más oscuros?

La chica volvió a reír con ganas, tenía una sonrisa cálida, con una sonoridad relajante.

—No hombre, no me refiero a eso, aunque ayuda de vez en cuando tener a alguien con quien hablar de estos temas. Me refiero a decir lo que piensas.

Samuel negó con la cabeza.

—Eso es imposible, si dijera lo que pienso me quedaría solo en menos de un día.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó la chica.

—A nadie le gusta estar solo —argumentó Samuel—. Todos necesitamos compañía.

—Eso está claro —respondió la chica— pero mírate ahora —levantó las manos con las palmas extendidas hacia él—. En estos momentos, sin decir lo que piensas, estas en un cementerio, hablando con una chica que no conoces y que seguramente pienses que no tiene la suficiente experiencia en la vida como para que te entienda. Huyes de algo que no sé lo que es, pero por lo que intuyo, no te sienta nada bien. Quizás si dijeras lo que piensas, podrías sentirte mejor contigo mismo, total, los demás ya te tratan mal, si no, no estarías aquí, ahora. No tienes nada que perder y mucho que ganar.

—Quizás tengas razón, pero no es eso exactamente lo que quiero decir— respondió Samuel buscando las palabras exactas que expresaran adecuadamente lo que quería decir.

—Me gustaría encontrarle algún sentido a todo esto, sin necesidad de hablar con nadie, sino por mí mismo, algún sentido a la vida.

—¿Quieres conocer el sentido de la vida? —preguntó la chica extrañada.

—Pues sí, pero no un sentido cualquiera. Si lo preguntas por ahí, cada uno te dirá una respuesta diferente a esa misma pregunta; unos te dirán que el trabajo, otros los hijos, otros la religión, otros... —hizo una pausa— otros no sé qué te dirían, pero estoy seguro de que debe haber algo más que simples

ideas sociales extendidas y publicitadas por todos para mantener contenta a una sociedad, que si lo piensas detenidamente, carece de sentido.

La chica pareció meditar la respuesta de Samuel. Apartó la mirada y miró a un lado y a otro como si buscara algo entre las hileras de tumbas. De repente fijó su mirada y levantó un brazo saludando a alguien.

Samuel miró en la dirección en la que la chica había saludado y vio como un anciano vestido con un traje gris, aparecía por uno de los pasillos y le devolvía el saludo, al parecer, aliviado de haberla encontrado.

—Me tengo que ir —dijo la chica mientras se levantaba.

Cuando iba a alejarse pareció pensárselo mejor y se giró mirando a Samuel con seriedad.

—Te propongo un trato. Tú haces lo que yo te he dicho, les dirás a todos lo que realmente piensas y no te callaras nada.

Samuel pareció que iba a protestar pero la chica no le dejó hablar deteniéndolo con un gesto de su mano.

—Estoy segura de que podrás decir lo que piensas sin necesidad de ofender a nadie ni levantar el tono de voz o decir algún insulto —se calló por un momento sopesando esto último—. Aunque quizás sí puedas soltar alguno —añadió con una sonrisa.

«Yo tengo que venir todos los días de esta semana, cada día hablaremos sobre el sentido de la vida que tú creas que puede existir y el último día, el viernes, yo me comprometo a decirte el verdadero y único sentido de la vida.

Samuel permaneció en silencio, perplejo y paralizado sin saber qué responder.

—¿Trato hecho? —preguntó la chica apremiándolo para que tomara una decisión al mirar hacia el anciano que la estaba esperando.

Samuel se sorprendió a sí mismo respondiendo afirmativamente a su propuesta.

—Acepto —dijo en tono firme.

—Bien —dijo la chica— hasta mañana pues.

Samuel vio como la chica se dirigía hacia el anciano y lo agarraba del brazo con ternura, como si de su querido abuelo se tratase. ¿Quién sabe? Igual sí lo era. No lo creyó, si fuera su abuelo no le cobraría por acompañarlo al cementerio. Vio como la chica le acariciaba con delicadeza y le susurraba palabras al oído, mientras éste sonreía complacido.

La siguió con la mirada hasta que desapareció por una de las esquinas de las calles del cementerio.

¿Qué acababa de suceder? Al final aquel día no sería tan raro por lo ocurrido en el trabajo y por su presencia en el cementerio, al final podría contar aquel día, como el día en el que conoció a una persona que en apenas media hora le había hablado del sentido de la vida, le había dicho qué debía hacer para encontrarlo y le había proporcionado una sesión de psicoanálisis gratuita con apenas dos décadas de vida a sus espaldas.

Suspiró mientras negaba con la cabeza. Debía volver a casa y olvidarse de todo aquello. Había sido bonito, interesante, casi místico, pero algo en el fondo de su analítica cabeza le decía que olvidara todo aquello y siguiera con el camino de su vida. Sí, decidió. Esa era la opción correcta. Olvidar todo aquello y seguir adelante. Simplemente había tenido un momento de agobio producido por un estrés continuado. Cuando cenara, se duchara, y descansara, vería las cosas desde otra perspectiva, su perspectiva....la perspectiva de siempre.

¿Cómo iba a decirle a la gente lo que pensaba y además sin ofender? Las dos ideas en la misma frase eran totalmente contradictorias, no encajaban. Y además, ¿Qué conseguiría con eso? Probablemente más problemas. Probablemente no; seguro.

A la gente no le gustaba oír las verdades que dejarían al descubierto sus defectos o sus errores, nunca los reconocerían, al contrario, se pondrían más a la defensiva y entonces las palabras hirientes y las frases acusadoras se multiplicarían por mil.

¿Pero qué estaba haciendo? ¿Realmente estaba analizando la posibilidad de llevar a cabo aquel trato ilógico y sin sentido? ¿Se estaba planteando los pros y los contras de llevar a cabo aquella idea que implicaría un suicidio social?

Se levantó del banco y comenzó a andar en dirección a la salida. Aquello había estado bien, de vez en cuando, venía bien hacer algo diferente para salir y escapar de la rutina, pero nada más. Había mantenido una conversación agradable e instructiva con una persona y punto. No debía seguir pensando en eso. Debía volver a casa y seguir. Asintió enérgicamente mientras bajaba por la cuesta que lo había conducido al cementerio, y se sintió más tranquilo al haber tomado aquella decisión. Era la decisión correcta. No podía permitirse más problemas de los que ya tenía.

Atravesó con paso seguro el centro comercial y ya no se sintió agobiado por lo que le rodeaba. Cruzó la carretera, esta vez con precaución y llegó hasta el coche. Estaba tranquilo, y por primera vez, tenía una ligera sensación

de placidez mientras conducía en dirección a su casa.

III

Apretó el mando a distancia que le abría la puerta del garaje de su edificio. Tomó aquella odiosa curva digna de un circuito de la muerte y procuró no rozar, otra vez, la parte delantera de su coche contra la rugosa y dura pared.

Llegó hasta su plaza y con, no menos de tres maniobras, consiguió encajar su coche en aquel minúsculo espacio que le correspondía.

Su edificio era un bloque de pisos con casi treinta años de antigüedad y eran raras las ocasiones, en las que no se demandaba una derrama en las reuniones de vecinos para arreglar o mejorar este u otro desperfecto que presentaba el edificio. Por suerte, la mayoría de los que vivían en la comunidad eran personas medianamente razonables, y los problemas de convivencia eran mínimos.

Entró en el ascensor y pulsó el último número. Vivía en uno de los dos áticos que tenía el edificio, concretamente el 6B. Esperó pacientemente a que el ascensor lo subiera hasta su destino y volvió a encoger el estómago al escuchar los chirridos y traqueteos que emitía aquella caja estrecha y antigua que llevaba no una, ni dos, sino cinco reparaciones en el último año.

Respiró aliviado cuando las puertas se abrieron y pudo salir de aquel espacio claustrofóbico y dirigirse a la puerta de su casa.

Abrió la doble cerradura de seguridad y entró.

El vestíbulo era amplio y a su izquierda tenía tres percheros atornillados a la pared donde dejaban los miembros de la familia sus abrigos o sus bolsos.

Se dio cuenta de que tanto el bolso como la chaqueta de su mujer no estaban colgados, señal de que no estaba en casa. Miró su reloj, eran las siete y cuarenta y ocho. Intentó hacer memoria por si su mujer le hubiera comentado que tuviese que ir a algún sitio ese lunes, pero no pudo recordar nada.

Siguió por el pasillo y entró por la primera puerta a la izquierda donde se encontraba la cocina. Al encender las luces observó una pequeña nota de color amarillo junto a un plato de espaguetis con atún.

Recogió la nota y la leyó. En letra pulcra y redondeada podía leer lo que su mujer le había escrito:

“Estoy en la Iglesia. Volveré sobre las diez. Ésta es tu cena”

Arrugó el papel y, pisando el pedal que abría la tapa del pequeño cubo de color blanco, lo tiró dentro de la bolsa de basura.

No tenía mucha hambre pero... ¿Cuándo tenía hambre? Perezosamente introdujo el plato en el microondas y seleccionó los dos minutos de tiempo que sabía necesitaba el plato para calentarse sin llegar a quemar. No le gustaban las comidas muy calientes.

Mientras la comida se calentaba y el microondas emitía su grave zumbido, Samuel se dirigió al dormitorio principal para cambiarse de ropa.

El silencio en su casa era absoluto. Recordó con nostalgia la época en la que sus dos hijos llenaban de gritos, preguntas, quejas y carreras, el largo pasillo que en forma de cuadrado delimitaba la entrada a las habitaciones. Pensó si querría que aquella época volviera de nuevo y decidió sin lugar a dudas que no. La crianza no había sido mala, sus hijos, gracias a Dios, no habían tenido problemas importantes nunca. Alguna caída, un brazo roto de *Samy*, (así era como cariñosamente llamaba a su hijo mayor) las típicas peleas entre hermanos; peleas por los estudios, por la hora de volver a casa, por quién tenía el mando de la tele, por el tiempo jugado en la videoconsola... la lista era interminable, y es que, aunque en el fondo él sabía que se querían, ¿Cómo iba a ser de otra forma? Tanto *Samy* como *Reb*, diminutivo de Rebeca, se llevaban como el perro y el gato.

Samy era despistado, alegre, despreocupado, a veces infantil, y había costado decenas de charlas eternas y mucho dinero en apoyos y clases particulares el conseguir que terminara sus estudios. *Reb* era todo lo contrario, ya desde pequeña se la veía seria, controladora, estricta en sus horarios y sus obligaciones, y nunca había necesitado ayuda, al contrario, la rechazaba de pleno, para sacar buenas notas y valerse por sí misma.

¿Cómo dos personas que habían sido criados en el mismo ambiente y tenían los mismos padres e influencias, podían llegar a ser tan diferentes?

Ninguno de los dos vivía ya en casa. *Samy* fue el primero en independizarse hacía ya tres años. Vivía en la capital y trabajaba como becario en un periódico de tirada nacional. Su pasión eran los deportes y, en concreto, el fútbol, y peleaba por abrirse camino en el mundo de la televisión, aunque para poder optar a ello hubiera tenido que aceptar escribir artículos de segunda categoría, en el único periódico que lo había llamado para trabajar.

Rebeca solo llevaba un año fuera y su pasión habían sido las bellas artes, pintaba, dibujaba, esculpía, pero sobre todo diseñaba y escribía. Esas eran sus

dos pasiones, el diseño de cualquier cosa y escribir sobre cualquier cosa.

Se preguntó como estarían. Llevaba más de una semana sin saber nada de ellos y es que ahora ya no era imprescindibles, ya no les consultaban sus dudas, ya no les pedían consejo, en realidad, si los llamabas tú, siempre estaban ocupados de aquí para allá y no tenían tiempo más que para decirte que estaban bien y que en cuanto tuvieran tiempo, te devolverían la llamada, algo que casi nunca sucedía.

El timbre del microondas le avisó de que su comida estaba preparada.

Terminó de ponerse las zapatillas de casa y para volver a la cocina decidió ir por el camino inverso y de paso, repasar si todas las persianas estaban bajadas. Había llovido un poco y podía volver a llover, y no quería que los cristales se ensuciaran con la tierra que dejaba la lluvia una vez que se secaba.

Al hacerlo se sintió orgulloso de su casa.

Cuando decidieron comprarla sus padres los tildaron de locos e irresponsables, pero no habían podido resistirse. El ático era enorme, tenía seis habitaciones, si bien es cierto que dos de ellas no eran muy grandes, pero satisfacía con creces las necesidades de ambos, Samuel y Sara, su mujer, de tener un espacio propio para ellos solos, cuando debían trabajar o simplemente desconectar del resto de la casa o de sus habitantes.

Todas las habitaciones daban a una balconada que rodeaba el edificio dando a tres calles. Era perfecto en verano, pues siempre tenías un sitio de sombra donde poder relajarte y disfrutar del aire puro. Cuando lo compraron sabían que el precio era prohibitivo, pero con suerte, esfuerzo y no pocos años de apretarse el cinturón, habían podido hacer frente a las cuotas de la inexorable hipoteca y justo el año anterior, habían terminado de pagarla.

No es que fueran millonarios, pero no podían quejarse. Sus hijos siempre habían tenido todo lo necesario para poder disfrutar de una vida plena como niños y como adolescentes, nunca les había faltado de nada; ropa, calzado, libros, caprichos, regalos de navidad y grandiosas fiestas de cumpleaños. Por un lado todo había mejorado cuando Samuel aceptó el puesto que le ofrecieron de Director General en Bapeca, su sueldo casi se había duplicado, y respiraron más tranquilos desde entonces, pero, por otro lado, aquello había supuesto muchas horas de ausencia en casa y no pocos disgustos y peleas con Sara, a la hora de llevar adelante la casa y a los hijos.

Poco a poco, el trabajo fue subyugando a Samuel obligándolo a permanecer cada vez más tiempo en su puesto, pues Bapeca crecía cada vez

más y más, y había pasado de apenas veinte empleados, a tener el triple y, por lo tanto, el triple de responsabilidades a las que hacer frente.

Al principio había pensado que al aumentar la plantilla de trabajadores en las diferentes secciones de la empresa, su trabajo se vería reducido, pero aquello tuvo el efecto contrario, los diferentes jefes de las secciones no hacían más que hacerle la vida imposible.

Ninguno de ellos era consciente de las responsabilidades que Samuel tenía, y únicamente lo veían ir de aquí para allá, hablando por el móvil y asistiendo a reuniones que para ellos no era más que dedicarse a relaciones públicas. Lo que no sabían era que gracias a todas aquellas reuniones, la empresa crecía, lentamente eso era cierto, pero crecía, y con ese crecimiento aumentaban en importancia dentro de la propia empresa, pero ellos a veces se comportaban como sus hijos cuando eran pequeños, todo lo querían en el momento y sin importarles las consecuencias.

Samuel suspiró y se dio cuenta que, de nuevo, sus pensamientos se centraban en su empresa y en los innumerables problemas que le ocasionaban. La tranquilidad había durado poco. Pasase lo que pasase siempre terminaba pensando en lo mismo. Si al menos pudiera hacerles ver que lo que pedían, en casi todas las ocasiones, no eran tan siquiera decisiones que él podía tomar por sí mismo sino que venían de sus superiores, quizás lo comprenderían mejor y no lo acosarían tanto.

No era posible. Samuel sabía, por propia experiencia, que no les valía ninguna explicación de las que les daba y siempre lo tachaban de débil, cobarde e incluso, de incompetente, a sus espaldas. ¿Cómo podían estar tan ciegos para no ver los resultados de su gestión a largo plazo y comprobar cómo la empresa crecía a su alrededor?

Miró al plato de espaguetis y no tuvo fuerzas de coger el tenedor para empezar a comer.

Pensó en lo que le diría su mujer si no se terminaba el plato de comida;

«Con todo el esfuerzo que he puesto en hacerlo, y ahora vas y no te lo comes».

Se sintió mal. No quería decepcionarla, igual que no quería decepcionar a nadie. No soportaba que nadie estuviera a malas con él. Le gustaba llevarse bien con todos y siempre buscaba el equilibrio para que ninguna persona pensara que no lo había tenido en cuenta.

¿Hacían los demás lo mismo por él? La respuesta era no. Pero tampoco le gustaba aquel pensamiento. Si pensaba de aquella manera, él sería como

aquellos a los que despreciaba; personas egoístas sin escrúpulos capaces de tener estómago para poder ver sufrir a una persona y no hacer nada al respecto y, en la mayoría de ocasiones, no solo para no hacer nada, sino para ser ellos mismos los que infringían ese sufrimiento.

¡Cuántas cosas les diría a todas aquellas personas!

No serviría de nada. No eran capaces de darse cuenta y reaccionar. Cuando intentaba decir algo, la gente lo miraba como si no lo entendieran. Como si el hecho de decirle a alguien que no tenía derecho a hacer sufrir a otro, fuera lo más extraño que hubieran oído en su vida.

Se sentía mal. Se sentía mal de ver a todas aquellas personas insensibles e inhumanas que parecían disfrutar de hacer la vida imposible a los demás.

Pensó en la chica. Aquella chica del cementerio que le había dicho que hablara, que dijera las cosas y entendió a lo que se refería. Ahora ya estaba mal, ya se sentía abatido y sin ganas de vivir y no había dicho nada, tal y como le había dicho la chica ¿Qué tenía que perder? Sin decir nada ya estaba mal, que más le daba hablar y seguir sintiéndote mal, pero con la conciencia tranquila.

No se lo podía creer, otra vez estaba pensando en aquella chica. ¿No había decidido ya dejarla pasar como una anécdota más en su vida? Pues parece ser que para su subconsciente no. Seguía dándole vueltas a su propuesta aún sin pensar directamente en ella.

Si iba a hablar con ella todos los días de esa semana, al final le diría el verdadero sentido de la vida. ¿Qué sabría aquella joven mujer del sentido de la vida? ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos? ¿Tenía deudas que no la dejaban dormir? ¿Qué explicación podría darle? ¡Pero si trabajaba acompañando a personas mayores al cementerio! ¿Qué responsabilidad era esa?

Miró de nuevo el reloj y ya había pasado una hora desde que se había sentado en la mesa de la cocina y no había probado bocado. Su mujer no tardaría en volver. Siempre la esperaba para poder hablar con ella y repasar lo que habían hecho aquel día. Pasase lo que pasase siempre la esperaba.

Se sorprendió a sí mismo pensando que no le apetecía hacerlo esa noche. Estaba cansado. No tenía sueño, pero estaba seguro de que si cerraba los ojos, acabaría dormido en menos de cinco minutos.

Quizás volviera en breve o quizás podría tardar una hora más. Nunca lo sabía. Nunca se atrevía a decirle realmente lo que pensaba sobre las cosas. No tenía ganas de discutir. Respetaba totalmente las decisiones que tomaba, él no era su dueño, pero sí era cierto, que había veces, que dudaba del porqué las

hacía. ¿Y si le preguntaba sobre ellas? ¿Y si hacía lo que la chica le había dicho?

Otra vez la chica.

Volvió a negar con la cabeza y removió de nuevo los espaguetis del plato. Ya estaban fríos, si se los quería comer debía volver a calentarlos. No le apetecía. No quería ni calentarlos ni comerlos.

Se levantó de la mesa de la cocina y abrió el lavavajillas para dejar el tenedor en la bandeja de limpieza. Abrió el primer cajón y sacó el papel de aluminio, arrancó un trozo y envolvió el plato de espaguetis. Abrió la puerta del frigorífico y lo colocó en la bandeja superior.

Ya estaba hecho. No se comería los espaguetis. Eso había sido fácil, más que nada porque no debía responder a ninguna pregunta en ese momento. No había dicho lo que pensaba, pero sí había hecho lo que quería. Se sintió bien, pero de inmediato los remordimientos le atacaron sin tregua.

¿Por qué se sentía así? No estaba haciendo nada malo. No estaba pegando ni gritando a nadie, simplemente no le apetecía cenar esa noche. Se rió de sí mismo al pensar en aquella situación y en lo que le estresaba. «Si te estresas con esta tontería, no me extraña que no soportes ir al trabajo», se dijo.

Ya pensaría mañana en algo que decirle a Sara. O simplemente le diría la verdad. No tenía hambre y aunque le agradecía mucho el esfuerzo de haberle preparado la cena, no había tenido estómago para comérsela. Si no lo entendía ¿Qué le iba a hacer?

Apenas eran las nueve y media, era temprano para ir a dormir, pero tampoco le apetecía ver la televisión. Nada de lo que trasmitían le gustaba. Política, sucesos, atracos, el tiempo, deportes...siempre lo mismo.

No lo dudó más y se metió en la cama. Mañana sería otro día y seguro que dormir más horas, no le vendría mal.

Apagó la luz de su mesita de noche y cerró los ojos. No se dio cuenta pero en apenas un par de minutos estaba profundamente dormido.

No soñó con el trabajo, no soñó con los espaguetis, no soñó con nada relacionado con su vida. Samuel no fue consciente de ello, pero se quedó dormido con la imagen de una chica de piel pálida y vestida completamente de negro, que lo observaba con una cálida sonrisa.

MARTES

IV

28 de octubre de 2018

Un intermitente y agudo zumbido lo despertó. Alargó la mano y a tientas consiguió apagar el despertador. Marcaba las seis y media de la mañana. Se giró para ver como su mujer se rebullía entre las mantas y se levantó procurando hacer el mínimo ruido. Se duchó y recogió la ropa que la noche anterior se había preparado en el perchero del cuarto de baño. Se vistió y salió con sigilo hacia la cocina. Su desayuno era simple; Un vaso de leche con cacao. Su estómago no podía resistir nada más copioso a esas horas de la mañana. Recogió su chaqueta y se disponía a salir por la puerta cuando una idea le asaltó. Los espaguetis de la noche anterior. Si los cogía y los tiraba a la basura su mujer no se daría cuenta y se libraría de tener que dar explicaciones. Sonrió para sí al ver en lo que estaba pensando. Parecía un niño pequeño intentando ocultar las travesuras del día anterior.

Abrió la puerta y la cerró tras él. No tenía ganas de ir a trabajar pero, por suerte, seguía manteniendo una costumbre desde hacía varios años que le ayudada a sobrellevar la larga hora de coche, conduciendo todos los días, hasta llegar a su trabajo. Era su momento, el único momento en el que podía evadirse de todo y de todos. Escuchar audiolibros. Parecía una tontería, pero para él, escuchar aquellas historias lo evadía de todo. En esos momentos, estaba escuchando la segunda parte de una trilogía de aventuras. Elfos, enanos, dragones y hechiceros negros lo acompañaban en su largo viaje y hacían que no se detuviera a pensar en nada más.

La hora se le hizo corta. Llegó a su destino y antes de dirigirse al laboratorio, detuvo su coche en una amplia calle que se encontraba vacía de coches y personas a aquella hora del día. Fue directo al bar donde cada día, sin importar el clima que hiciera, se tomaba su café con leche. Era un ritual que llevaba practicando desde sus inicios como trabajador. No tuvo que decirle nada al camarero para que, como todos los días, le plantara su café con leche en la barra y metódicamente recogiera el euro que Samuel le entregaba.

Echó el azúcar en el café y lo removió con la cucharilla. Unos pocos

trabajadores, casi siempre los mismos, ocupaban sillas sueltas en el bar. Samuel no había hablado nunca con ellos, pero los conocía a todos, y los saludaba con unos «Buenos días», cada vez que entraba en el bar.

Cogió el vaso del café con leche y se salió fuera del bar. Sacó un cigarrillo y lo encendió aspirando con fuerza aquella primera calada. Era relajante. Tiempo atrás fumaba mucho más, sobre todo cuando tenía reuniones y aún no estaba prohibido fumar en el puesto de trabajo, pero con el cambio de la ley, sus costumbres se adaptaron, y ahora fumaba mucho menos y siempre acompañando el tabaco con una café u otra bebida.

En honor a la verdad, fumaba con el café y fumaba si mantenía alguna conversación interesante, por suerte para su salud, esto último había dejado de tener lugar y en el fondo, aunque lo echaba de menos, lo agradecía, pues su consumo de tabaco se había reducido drásticamente, además de que ya no era tan joven y comenzaba a notar los achaques de llevar más de treinta años fumando.

Su mujer insistía, una y otra vez, en que lo dejara, pero se veía incapaz de hacerlo. Si se quitaba el tabaco con el café y dejaba de escuchar el audiolibro, su vida carecería de sentido.

Al pensar en aquello no pudo evitar esbozar una sonrisa. Otra vez el sentido de la vida y otra vez la conversación con aquella chica. La retiró de sus pensamientos.

Se acabó el café y el cigarrillo y volvió al coche. Apenas había tardado diez minutos en hacer aquello, y no había molestado a nadie, pero no podía evitar sentirse culpable. Otra vez, como con casi todo lo que hacía.

Condujo el escaso kilómetro y medio que le separaba del laboratorio y tuvo que ascender una cuesta asfaltada hasta que llegó a las instalaciones. Aparcó fuera, en un descampado que se situaba al lado del laboratorio, y es que aquella zona donde se ubicaba el laboratorio, no estaba aún engullida por la ciudad.

Su empresa, en busca de suelo barato, había comprado un terreno a las afueras y aunque, poco a poco, habían ido surgiendo edificios a su alrededor, seguía siendo un lugar tranquilo y casi deshabitado.

Recogió su maletín y se acercó a la puerta principal. Observó que dentro ya había luces. Alonso ya había llegado. Alonso era el conserje y hacia su trabajo con diligencia y sin protestar. Se llevaba bien con Alonso. Nunca fallaba en sus obligaciones y solo de vez en cuando, se ausentaba para poder ver a su hijo cuando éste corría en una de esas carreras de coches, a las que

era tan aficionado. No podía negarle aquel favor. Cuando era necesario que las instalaciones estuvieran abiertas los fines de semana, Alonso aceptaba hacer el favor de abrir sin protestar y sin pedir nada a cambio. Digamos que existía un acuerdo tácito entre ambos. Una especie de «*quid pro quo*» que les hacía mantener el equilibrio.

Entró en el amplio vestíbulo y se asomó a la puerta donde se encontraba conserjería.

—Buenos días —dijo Samuel con una amplia sonrisa.

—Buenos días jefe —respondió Alonso levantando una mano— ¿Te has tomado ya tu café?

Samuel asintió.

—¿Alguna novedad en el frente? —preguntó Samuel esperando que la respuesta fuera negativa.

—Ninguna. Todo tranquilo —luego con suspicacia añadió— Por el momento.

Samuel volvió a asentir y supo exactamente a lo que Alonso se refería. Estaba seguro que, a lo largo del día, alguno de sus colaboradores vendría con alguna que otra queja o, como ellos preferían llamarla, sugerencia.

Siguió andando hacia su despacho y abrió la puerta.

Su lugar de trabajo era amplio, sin llegar a ser ostentoso. Al fondo tenía su escritorio con su ordenador y justo en medio de la sala había una mesa amplia que cumplía a la perfección su cometido de mesa de reuniones. A ambos lados de la sala había estanterías que albergaban carpetas y archivadores de papeles que ya habían dejado de cumplir su función y esperaban pacientemente su turno de acabar en la trituradora de papel. Al principio, había una única estantería, pero ahora debían esperar cinco años antes de destruir ningún documento y con el tiempo, la solitaria estantería se había convertido en cuatro que dejaban un espacio mínimo para pasar entre ellas y la mesa, hasta llegar hasta al escritorio.

Dejó el maletín en el suelo junto a la mesa de despacho y encendió el ordenador.

Lo primero que hizo, mientras esperaba a que se pusiera en marcha y se cargaran todos los datos, fue recuperar el informe de la tarde anterior y que ya habían dejado listo para su aprobación.

Volvió a echarle una ojeada por encima y no pudo dejar de reconocer que el trabajo de Amanda había sido perfecto. Todos los experimentos con sus costes de personal estaban desglosados y pulcramente establecidos.

Observó con más detenimiento el número de puestos que requería cada uno de ellos y torció el gesto ante dos ocupaciones en concreto. Si no recordaba mal, cuando él era el encargado de elaborar aquellos informes, el número de colaboradores no era tan alto. Recogió un *pósit* y apuntó que debía revisar los experimentos 0016 y 0032.

Esperaba fervientemente que estuviera equivocado. La simple idea de decirle a Amanda que aquello no encajaba se le antojaba un imposible y una temeridad.

El ordenador ya estaba completamente operativo e introdujo su clave para acceder a los correos y al programa de gestión de Bapecca.

Uno a uno, fue observando las diferentes cuentas de correo y analizando el contenido de los mensajes. Hubo un par de correos que le llamaron la atención y los dejó sin tocar para que siguieran escritos en negrita y luego poder revisarlos con atención. Diligentemente fue borrando el resto, que versaban de ofertas publicitarias o de material de laboratorio de empresas que ofrecían sus servicios a Bapecca, y es que su empresa, no, no era su empresa, se corrigió. No le gustaba pensar que aquella era su empresa, era un error muy común cuando llevabas tanto tiempo trabajando en el mismo puesto.

Bapecca había crecido mucho en los últimos años y no eran pocas las empresas que querían trabajar con ellos, pero de aquella depuración de empresas ya no se debía ocupar él directamente, sino su jefe de economía, que debía estudiar y analizar aquello y, cuando tuviera una decisión, comunicarla para que fuera él, el que diera el visto bueno.

Comenzó a oír voces en el pasillo y siguió revisando los correos. Apuntó varios números de teléfono a los que debía llamar y se anotó que debía responder a algunos asuntos que ya no podía demorar por más tiempo.

La mañana fue pasando sin incidentes hasta que llegó la hora del almuerzo. No le gustaba tomar nada en la cafetería, estaba llena de trabajadores que se sentían cohibidos cuando él estaba delante y aquella situación lo hacía sentir incomodo. Se sacó del primer cajón de su escritorio un par de barritas de cereales que le habían gustado desde siempre y se las comió mientras repasaba el informe de Amanda.

Para su consternación él tenía razón. Ambos experimentos no estaban bien definidos y sobraban recursos que podían destinarse a otras investigaciones. Suspiró amargamente. Debía comunicárselo y tendría que aguantar las consecuentes protestas de Amanda.

Miró su reloj, esperó pacientemente hasta que la mayor parte de la gente

abandonara la cafetería para poder salir y pedir el segundo café del día.

Cuando estuvo seguro de que la gente había vuelto a su puesto de trabajo, salió del despacho y se dirigió a la cafetería, que se encontraba al girar la primera esquina del edificio y pidió su segundo café con leche. La cafetería estaba vacía, salvo por David, el encargado de la sección de marketing, que lo saludó con la cabeza mientras tomaba un sorbo de su bebida.

El camarero ya sabía que el café de Samuel debía ponérselo en un vaso de plástico, pues saldría con él fuera del complejo para poder acompañarlo del cigarrillo, y no tuvo que decirle nada al respecto.

Con el café en la mano, salió de las instalaciones y se dispuso a disfrutar de su efímero momento. No tardó mucho en acabar con el café y con el cigarrillo y cuando volvió, vio como Amanda lo estaba esperando en la puerta de su despacho con los brazos cruzados y mirándolo como una madre que ha pillado a su hijo haciendo alguna travesura.

—Buenos días —dijo Samuel con amabilidad.

—Buenos días —respondió Amanda con sequedad— ¿Has terminado ya con tu cigarrillo? —preguntó en un evidente tono de reproche.

—Pues sí —respondió Samuel sin hacer caso al tono empleado por su subordinada.

Samuel abrió la puerta de su despacho y fue directo al sillón situado detrás de su escritorio. Amanda lo siguió de cerca y se sentó en una de las dos sillas situadas enfrente.

—¿Has revisado los informes? —preguntó mientras se alisaba unas arrugas inexistentes de su falda sin mirarlo a los ojos.

—Sí —respondió Samuel— y ahí un par de datos que no me cuadran.

Amanda levantó la mirada sorprendida.

«¡Qué bien lo hace!» pensó Samuel. Sabe perfectamente que esos datos no son correctos y aun así los ha intentado colocar. Quizás pensaría que no leo los informes.

—Pues ya me dirás cuáles son —continuó Amanda como si dudara de que tuviera razón— Los he revisado varias veces y he invertido muchas horas en la elaboración de los recursos.

—Bueno, podemos hablar de ellos ahora, si no tienes inconveniente —dijo Samuel solícito.

—No —respondió Amanda—. Ahora no. Hay otras cosas más importantes de las que te quería hablar.

Samuel se recostó en su sillón. Aquello no tenía buena pinta. Ni el tono ni

las palabras de Amanda presagiaban nada bueno.

—Se trata de David, el de organización técnica, diseño y marketing.

—Sé quién es David —respondió Samuel, que sin poder evitarlo, oía como su voz se tensaba.

—¿Te has dado cuenta de que todavía está en la cafetería? —preguntó Amanda en tono indignado.

—¿Y hay algún problema en ello?

Amanda resopló, dando a entender que ya esperaba de mí aquella despreocupada respuesta.

—Por supuesto que hay algo malo en ello. Como todos, debería estar en su puesto de trabajo cuando se acaba la hora del almuerzo y, sistemáticamente, se queda más tiempo, hoy y todos los días. Además, hoy ha vuelto a llegar doce minutos tarde y si tú no haces nada al respecto, lo tendré que hacer yo, o comunicar la situación a alguien por encima de nosotros.

Ya estaba la amenaza presente. Las palabras implícitas eran que, si tú no hacías tu trabajo y ella no podía hacerlo por mí, lo comunicaría a las altas esferas para que pusieran fin a aquella situación y de paso, se dieran cuenta de la ineptitud de su jefe.

—Por lo que yo sé, David cumple perfectamente con su trabajo. Todas sus obligaciones están supervisadas por mí y no tengo ninguna queja al respecto de nadie de su departamento.

—Eso no es excusa para permanecer más tiempo del debido en la cafetería, cuando el resto de los compañeros cumple con el horario y además no es excusa, ni mucho menos, para llegar tarde.

Samuel observó a Amanda fijamente. Él sabía perfectamente el motivo por el que David llegaba tarde algunos días. Tenía dos hijos pequeños y su mujer trabajaba al igual que él y esos días en los que su mujer entraba antes al trabajo, David tenía que llevar a sus hijos a la guardería y por eso llegaba un poco tarde al trabajo. Eso, claro está, si podía considerarse que llegar doce minutos tarde al trabajo era algo que pudiera tenerse en cuenta como una actuación grave, habida cuenta, de que David cumplía con su cometido y su departamento funcionaba sin errores, e incluso quedándose algunas veces trabajando después de que finalizara su jornada.

El departamento de David era el de organización técnica, diseño y marketing. No era un departamento que influenciara mucho en los demás, pues se ocupaba de las relaciones públicas y de tener a tiempo las presentaciones externas que se llevaban a cabo en las reuniones de empresa.

Desde que Samuel trabajaba allí, David y su departamento habían cumplido diligentemente con su cometido y nunca habían tenido ningún problema con sus presentaciones. Era cierto que, alguna que otra vez, Samuel le había tenido que pedir a David que cambiara éste u otro logo, presentación o panfleto, pues no lo consideraba adecuado para el cometido que debía desempeñar, pero David lo asumía perfectamente y nunca se había quejado de tener que modificar su trabajo por el capricho de su jefe. No había sucedido muchas veces, pues a Samuel le gustaba el trabajo de David pero, en todas las ocasiones que le había pedido modificaciones, siempre habían sido pequeños retoques, o cambiar alguna que otra tonalidad de color y Samuel sabía que aquello únicamente implicaba modificar algunos pequeños parámetros en el programa de diseño.

Iba a intentar explicarle todo esto a Amanda cuando algo lo detuvo. Sin poder evitarlo la imagen de aquella chica del cementerio le pasó fugazmente por la cabeza e interrumpió la consabida explicación.

Samuel dudó. ¿Debía hacer lo de siempre y terminar empantanado en una conversación estéril y vacía con aquella persona? ¿Conseguiría de esa manera que Amanda cambiara de opinión con respecto a David?

No pudo explicarlo, no supo el porqué, pero se vio respondiendo a Amanda con otra pregunta.

—¿Tú tienes hijos, Amanda?

La pregunta pareció desconcertar a Amanda que lo miró enarcando las cejas.

—No —respondió— pero no creo que eso sea importante para el tema que nos ocupa.

—¿Vives sola o tienes pareja? —Insistió Samuel—. Nunca hemos hablado de nada de eso y me gustaría saberlo.

Amanda no podía ocultar su sorpresa ante aquellas preguntas de índole personal y estuvo a punto de responder que aquello no era de su incumbencia.

Samuel vio la duda reflejada en su rostro y se recostó en el sillón indicándole de esa manera que esperaba una respuesta que no fuera una evasiva a sus preguntas.

—Vivo con mi pareja —respondió al fin.

—¿Y llevas mucho tiempo con él? —preguntó Samuel sin darle tregua.

—Llevamos poco tiempo, apenas dos años

—¿Y la casa es vuestra o tenéis hipoteca?

Amanda miró a un lado y a otro como si buscara una escapatoria a aquel

inesperado interrogatorio.

—Es nuestra —respondió al fin aparentando seguridad— la hemos construido en un terreno de mis padres y por suerte no hemos necesitado solicitar ningún préstamo al banco.

—¿Vives justo al lado de tus padres? —preguntó Samuel que se inclinó hacia delante como si la respuesta a esa pregunta le interesara más que el resto.

—Sí, oye, no entiendo este...

—A ver si me aclaro y corrígeme si me equivoco —la interrumpió Samuel. No quería que se le notara pero estaba más sorprendido que ella en su forma de llevar a cabo aquella conversación. Al principio dudó de que pudiera seguir adelante con aquella nueva vía de solucionar los problemas pero, conforme iba haciendo las preguntas, se notaba más seguro de sí mismo.

«Vives con tu pareja en una casa que no tienes que pagar, no tienes hijos que te generen responsabilidades y además de todo eso, vives junto a tus padres y los tienes a tu disposición para cuando los necesites. ¿Me equivoco?»

Amanda se rebulló inquieta en su sillón.

Samuel esperó pacientemente a que le respondiera, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí —dijo Amanda en apenas un susurro.

—¿Cocináis? —preguntó de nuevo Samuel.

—Ya está bien —protestó Amanda alzando un poco la voz—. No creo que nada de todo esto tenga que ver conmigo ni con mi trabajo.

—Al contrario Amanda —respondió Samuel sin levantar la voz— tiene mucho que ver con tu trabajo y con tu forma de ver las cosas. Todo tiene una explicación y lo que busco es poder entender el porqué de tu forma de enfocar los presuntos problemas que encuentras en la empresa.

Samuel fijó la mirada con seriedad en Amanda mientras por el rabillo del ojo le parecía ver a la chica del cementerio aconsejándole que mantuviera la calma y no se arrepintiera de lo que estaba haciendo.

—Repito —insistió Samuel— ¿Cocináis, tú o tu pareja?

—No —respondió Amanda apretando los dientes.

Samuel se recostó en su asiento visiblemente complacido. Dejo pasar unos minutos hasta que tuvo la impresión de que Amanda se disponía a hablar de nuevo, entonces sin darle tiempo, volvió a preguntar.

—¿Sabes algo de la vida de David?

Amanda apartó la mirada de Samuel y emitió un bufido de hastío. Se

dispuso a hablar con vehemencia pero luego pareció cambiar de opinión y respondió con deliberada formalidad.

—No. Pero creo que eso no es relevante.

Samuel rio con ganas ante la última frase de Amanda.

—No es relevante —repitió sin dejar de reír— ¿No es relevante para quién, Amanda? ¿Para ti o para David?

Amanda se quedó en silencio. No estaba preparada para todo aquello. Samuel nunca se había comportado de aquel modo. Ella estaba dispuesta a llegar allí e informar a su superior de una serie de negligencias que se estaban produciendo en el trabajo, y lo mínimo que esperaba, era que le dieran las gracias, y que pusieran las cosas en su sitio para que aquella inadmisibles situación no se prolongara en el tiempo. ¿A qué venían todas aquellas preguntas personales? ¿Qué importancia tenían? ¿Acaso era ella la que estaba saltándose su horario de trabajo a la ligera para que estuviera recibiendo aquel rapapolvo?

—Sabes una cosa Amanda, no te voy a explicar nada referente a la vida de David, no creo que tenga derecho a hacerlo, pero sí voy a explicarte algunas cosas referentes a tu vida que creo que sí deberías saber. Tu vida no es como la de los demás, no quiero decir que sea mejor ni peor, es simplemente diferente, pero no puedes juzgar a nadie en base a tu propia vida y, ¿sabes por qué? Porque la vida de cada uno es diferente, como lo es la tuya. No puedes creer que todos lleven una vida similar a la tuya, con tus convicciones, con tus horarios, con tus principios o con tus obligaciones. Cada uno actúa en base a ella según sus circunstancias, y eso deberías entenderlo.

«Eres una mujer que piensa que todos debemos hacer las cosas como tú, porque crees que todos llevamos la misma vida que tú, y eso no es cierto. No todos estamos libres de tener que pagar una hipoteca que no nos deja dormir por las noches, no todos no tenemos hijos que nos condicionan la vida y nos obligan a hacer aquello que no nos apetece, y por supuesto, no todos tenemos a mamá en casa que nos tiene la comida preparada todos los días para que no tengamos que preocuparnos ni de tener que ir a la compra, ni de cocinar la noche antes, lo que vamos a comer el día siguiente.

Amanda estaba paralizada y Samuel veía como la rabia le subía por el rostro, congestionándolo. Sin poder reprimirlo Amanda se levantó como un resorte del sillón y comenzó a hablar sin tener el más mínimo cuidado en no levantar la voz para que nadie pudiera oírla.

—No tienes ningún derecho a decirme esas cosas, esto es inadmisibles. Yo

solo vengo aquí a hacer mi trabajo y a informar del trabajo de los demás. No vengo a aguantar a que nadie me llame malcriada, ni niña, yo no tengo la culpa de haber planificado a la perfección y mucho mejor que todos los demás, mi vida, y ni mucho menos voy a pedir perdón por tener a mis padres conmigo ayudándome.

Amanda respiraba agitadamente y señalaba a Samuel con un dedo acusador alzado delante del rostro.

Samuel volvió a ver la pálida mirada de la chica del cementerio vívidamente en sus pensamientos y recordó sus palabras. En tono suave y calmado comenzó a hablar.

—En primer lugar, no vas a levantar la voz en mi presencia. Te recuerdo que soy tu jefe y que me debes un respeto. En segundo lugar, yo no te he llamado malcriada, ni niña, ni te he culpado de tener unos padres como los que tienes, y por supuesto, no me he burlado en ningún momento de la vida que has planificado. Simplemente he constatado una realidad, que tú misma me has dicho que vives, y que según mi opinión, y erróneamente, todo hay que decirlo, parece que extrapolas al resto de los seres humanos. Si eso te hace sentir como una niña malcriada es problema tuyo. Discúlpame si te he ofendido pues no era mi intención. Lo que sí quiero que pienses es que antes de juzgar a nadie, como acabas de hacer con David, y como has hecho anteriormente con muchos otros, te pongas en su lugar y veas cuales son los motivos que los empujan a hacer o decir lo que hacen o dicen. Me gustaría que empezaras a pensar que hay gente en este universo, que lo que hace, día a día, es trabajar para vivir y que no todos son como tú, que lo único que haces, día a día, es vivir para trabajar.

«El cumplir en tu trabajo es importante y es justo que alguien controle que todo se lleve a cabo en orden y con eficiencia, pero también hay que saber qué es importante y qué no lo es. Si un trabajador llega tarde a su trabajo porque tiene a su hijo enfermo y ha tenido que esperar a que alguien llegara para cuidarlo, no es lo mismo que el hecho de que no se presente o llegue tarde continuamente sin motivo aparente o llegue ebrio a su puesto de trabajo. El retraso es el mismo, pero se deben analizar las circunstancias que lo provocan y luego deberás analizar si el hecho de llegar un poco tarde o el hecho de pasar cinco minutos más en la cafetería merma la calidad del trabajo, de David en este caso, o de cualquier otro trabajador en sus funciones. Ese es el problema, tú no haces eso, solo ves el lado formal y no profundizas en los motivos ni analizas los resultados. Eres superficial e impersonal. Si trabajaras

con robots serias perfecta, pero ninguno de nosotros somos robots, ni siquiera tú y puede que llegue el día en que tu vida cambie, y quizás te des cuenta de lo equivocada que estas, aunque... —emitió un largo suspiro antes de finalizar— conociéndote como te conozco, dudo mucho que eso suceda.

Amanda se cruzó de brazos mientras apretaba los dientes con rabia.

Samuel se dio cuenta de que era para evitar que se le notara el temblor que le sacudía todo el cuerpo.

Sin mediar palabra, Amanda giró sobre sí misma y se dirigió hacia la salida. Abrió la puerta y se marchó dando un tremendo portazo que hizo temblar el marco de la puerta.

El silencio total y absoluto se instaló en el despacho de Samuel. Aguzó el oído y se percató de que en el exterior tampoco se oía el más mínimo ruido. ¿Habrían escuchado los demás los gritos de Amanda? Eso era evidente, a lo largo del pasillo se disponían los despachos de los diferentes gestores de los departamentos y las paredes no eran tan gruesas como para evitar que no se hubiera oído aquella discusión. ¿Qué pensarían de él? ¿Cómo había sido capaz de decirle todo aquello a Amanda y que su pulso no se acelerara lo más mínimo?

Se sentó pesadamente en el sillón de su escritorio y miró detenidamente el bolígrafo que descansaba sobre el informe con errores de Amanda. Lo miraba, pero sus ojos no lo veían. La sonrisa de la chica del cementerio abarcaba todo su pensamiento y hasta le parecía oír su risa.

—¿Estarás orgullosa de los que has conseguido? —preguntó en voz baja.

Estaba claro que no podía seguir con aquello. Debía acabar con esa nueva actitud lo antes posible. Aquel no era él. ¿O sí? A decir verdad no se encontraba mal, los remordimientos y el sentimiento de culpa no acudían a su cabeza para martillearle como de costumbre. Sabía que había hecho lo correcto, si alguien no le decía aquello a aquella niñata malcriada, como ella misma se había definido, nadie le haría pensar en ello, pero ¿Qué derecho tenía él a erigirse como la persona responsable que debía hacer reflexionar a aquella mujer?

¿Y por qué no? ¿Qué tenía de malo que fuese él, el que lo hiciera?

Si hubiese discutido con ella como de costumbre, el resultado final hubiera sido que él, le hubiera prometido que hablaría con David para que aquello no volviera a suceder, e intentaría explicarle que algunos compañeros de trabajo se sentían molestos con sus retrasos y con el tiempo que pasaba en la cafetería. Era mentira. Solo Amanda se sentía mal con aquel horario y con aquella

actitud.

Pero, ¿Tenía razón Amanda? Evidentemente desde un punto de vista profesional, sí. Como jefa de recursos humanos era su responsabilidad asignar y controlar a los trabajadores, velar por el cumplimiento de las jornadas de trabajo y de que dicho trabajo fuera efectivo. De que fuera eficiente ya le correspondía a él como director general, pero, por otro lado, no podías tratar a las personas como simples números o cifras experimentales que trabajaban como borregos de ocho a ocho sin importarte las circunstancias que envolvían sus vidas.

¿Tanta importancia tenía era que un trabajador que cumplía con su jornada y sus obligaciones, se retrasara unos minutos en la cafetería? ¿Era punible que un trabajador llegase doce minutos tarde a su puesto de trabajo por el mero hecho de intentar conciliar su vida personal y laboral?

Recordó el resto de quejas de Amanda sobre sus trabajadores y ninguna de las razones que esgrimía le parecía digna de castigo o reprobación;

Una chica que le daba el pecho a su hijo pequeño en una sala vacía de reuniones ya que ese día no había podido dejárselo a su madre porque tenía un resfriado y además su marido estaba de viaje.

El anterior conserje que salía diez minutos antes del trabajo, porque si no lo hacía así, no llegaba a tiempo para coger el tren que le llevaba a su casa y, si no salía con este tiempo de antelación, debía esperar una hora en la estación hasta el siguiente tren.

Dos técnicas de laboratorio que habían presentado sus informes sin utilizar el tipo de letra habitual y sin utilizar los esquemas que se recomendaban desde la central, aún a sabiendas de que todos los resultados y las investigaciones, eran precisos y acertados.

¿En serio podía una persona perder tiempo y energías de su vida en perseguir y denunciar aquellos actos, por el mero hecho de no entenderlos?

Por primera vez en su vida, no se reprendió a sí mismo por lo que acababa de hacer. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme por apaciguar los remordimientos y la empatía que esta vez sentía hacia Amanda y hacia como ella debía sentirse en esos momentos, después de todo lo que le había dicho.

No. No quería arrepentirse de nada y no lo haría. Rezó porque el resto del día no surgieran más complicaciones y continuó trabajando como de costumbre. Un par de veces, en contra de lo que era habitual, salió de su despacho y sobrepasó la valla del complejo para fumar.

Este hecho no paso desapercibido para Alonso que, en una de las

ocasiones, ya después de comer lo acompañó en su salida.

—Parece que esta mañana ha habido jaleo en el despacho —comentó Alonso mientras encendía su cigarrillo.

Samuel sonrió con tristeza.

—¿Sí? ¿Se ha oído por los pasillos?

—No jefe —respondió Alonso— Solo se la ha oído a ella. Tú tienes más aguante que la arpía esa.

—No hables así Alonso —le reprendió Samuel— Yo creo que no se da cuenta de la situación.

—Esa no se da cuenta ni de la mitad de la *copla* —contestó Alonso sin hacer caso de la reprimenda— «*Piensa el ladrón que todos son de su condición*»

Samuel sonrió ante la mención del refrán.

—Me recuerdas a mi madre —dijo Samuel con nostalgia— todo lo arreglaba con un refrán.

—Mire jefe. Ya era hora de que le parara los pies a la niña. Va por los pasillos como si fuera una carcelera. No deja respirar a nadie y todos están acojonados de cruzarse con ella.

—¡Claro! —Respondió Samuel—, «*Le dijo el sano al enfermo*». Si fueras tú el que tuviera que lidiar con el *Mihura*, otro gallo cantaría.

—No le digo que no jefe, pero también le digo que si debe controlar a sus trabajadores por este lado también tiene que intervenir, no solo van a ser números y fichas. El trato personal también influye y cada vez que *la niña* entra en una habitación, el aire se vuelve irrespirable —hizo una pausa y le dio otra calada al cigarrillo—. Es una mala persona.

Aquella afirmación sorprendió a Samuel. Alonso no solía hablar en esos términos de nadie y para que dijera aquello de Amanda pensó que tendría que saber mucho más de lo que daba a entender. Supuso que Alonso, al ser el conserje, hablaba y escuchaba más conversaciones que nadie en la empresa. Intentó quitarle hierro al asunto.

—Esperemos que mejore con el tiempo —comentó Samuel con un suspiro — no me veo con fuerzas de volver a hacerlo de nuevo. Seguramente sería el café que estaba demasiado cargado y no he podido controlarme.

Alonso terminó su cigarrillo y miró el reloj.

—Voy para adentro ¿me acompañas?

Samuel también miró el reloj. Eran casi las cinco de la tarde. No quería reconocerlo pero, desde hacia una hora, tenía un nudo en el estómago, que se

hacía cada vez más grande conforme la cita con la chica del cementerio se aproximaba.

Al principio había sido fácil. La decisión estaba tomada. No iría. Pero, a medida que pasaba el tiempo y rememoraba lo sucedido, la necesidad de hablar con ella y comentar con una persona neutral lo que le había pasado, crecía más y más.

—Bueno, ¿qué? —le apremió Alonso.

—No —dijo Samuel casi en un susurro.

Alonso no se movió del sitio y Samuel se percató de que no había escuchado su respuesta.

—No —repitió Samuel esta vez en voz alta— tengo que tratar unos asuntos importantes y me esperan en una reunión. Si preguntan por mí les dices que he tenido que salir a discutir unos asuntos con los de la central

Alonso miró a su jefe con una sonrisa torcida.

—¿Unos asuntos? —preguntó con sorna.

Samuel le correspondió a la sonrisa.

—Sí. Son inaplazables y probablemente me llevarán varias tardes poder solucionarlos.

Alonso imitó el saludo militar y se encaminó hacia la entrada principal.

—Ándese con cuidado jefe.

Samuel vio como se cerraba la puerta y después sin poder creérselo, pero también sin poder evitarlo, cogió el coche en dirección al cementerio.

V

Samuel conducía pensativo. En contra de lo habitual no estaba escuchando el audiolibro que tanto le gustaba. No hubiera podido concentrarse en seguir la trama y hubiera sido una pérdida de tiempo. No dejaba de darle vueltas a lo sucedido esa mañana y cada vez tenía más dudas.

¿Había sido justo con Amanda? Ella sólo cumplía con su obligación. Sí, era cierto, pero esa no era la cuestión de fondo. La verdadera cuestión era si para poder cumplir con aquella función y con cualquier otra en la vida, era necesario martirizar y amargar la vida de los demás. No tenía que ser así.

También es cierto que cada uno era libre de tener sus principios y su visión de las cosas, y Amanda solo estaba aplicando unas normas que ella no había impuesto en el laboratorio. Quizás si todo el mundo hiciera bien su trabajo y cumplieran sus rutinas y sus horarios preestablecidos, la vida de muchas personas tendría sentido.

Samuel sonrió. ¿A ver si ahora el sentido de la vida era el trabajo? ¿Por qué no? Se preguntó. Estaba claro que para Amanda era fundamental en su vida. ¿Estarían el resto, incluido él mismo equivocados y era el trabajo y sus fundamentos sociales, el motor de una vida plena y satisfactoria? Si tenías trabajo tenías ingresos, conocías gente, participabas en algo, intervenías en muchas vidas que te rodeaban e interactuaban contigo, eras productivo, ya fuera haciendo pan, limpiando instalaciones, construyendo casas o dirigiendo trabajadores en un laboratorio. En cierto modo generabas y participabas en tu vida y en las suyas, haciéndola útil en cierto sentido.

Algo en su interior le decía que faltaba algo en aquel razonamiento pero no supo decir el qué.

Repasó mentalmente la conversación una y otra vez y en cada ocasión que lo hacía quitaba una palabra y la cambiaba por otra, o modificaba el timbre de su voz. El resultado era siempre el mismo. Amanda saliendo airada de su despacho y él sentado en el sillón con la mente en blanco, sin poder dar una explicación lógica a lo sucedido.

Luego recordó las últimas palabras de Alonso «*es una mala persona*», había dicho como sin darle importancia. Para Samuel aquella frase sí había

sido importante ¿Qué es ser buena persona? ¿Por qué Amanda no lo era? Que él supiera, Amanda no había matado a nadie, ni robado nada, ni iba por ahí insultando o pegando a la gente, sin embargo para Alonso, una persona que tampoco había hecho nada de lo anterior, Amanda era una mala persona.

¿Que define a una persona en su vida para ser considerada buena o mala? Meditó durante varios kilómetros una posible respuesta a esa pregunta. Los soldados matan personas y lo hacen por obligación y evidentemente, por necesidad, o matas o te matan, y no por eso son malas personas. Si una madre o un padre, roba comida para poder alimentar a sus hijos, ¿Es buena persona o es mala persona? ¿Y si la persona a la que roba también necesita alimentar a sus hijos?

¿Podemos definir a las personas como buenas o malas por los actos que hacen? Sencillamente no. Las personas llevan a cabo acciones que pueden ser mejores o peores a lo largo de su vida, pero habría que tener en cuenta las circunstancias y las motivaciones que las han llevado a hacer lo que hacen, para poder definir las como personas buenas o malas. Entonces, si esto fuera así, ¿Cuándo una persona es buena o mala?

Casi pasó de largo la salida que debía tomar en la autovía y tuvo que girar y frenar al mismo tiempo para poder cogerla. Por suerte, no había ningún coche detrás y su arriesgada maniobra no ocasionó ningún problema.

Intentó serenarse después de aquel brusco giro de volante, pero ¿Y si hubiera provocado un accidente? La gente que no me conociera podría decir que soy una mala persona, y alguien podría haber salido mal herido e incluso muerto.

Estaba claro que las acciones que llevamos a cabo, no nos definen como persona buena o persona mala, debe haber algo más que pueda decir sin lugar a dudas que una persona es buena o mala.

Siguió pensando en ello durante el segundo tramo de autovía que recorría todos los días.

Cuando llegó a mitad de camino, creyó encontrar una solución a su trascendental pregunta.

No son las acciones las que definen a una persona como buena o mala, sino la emoción o el sentimiento interno que nos lleva a hacerlas.

Si buscas hacer daño o tienes rencor o resentimiento hacia otra persona, si tus intenciones internas, tus motivaciones más profundas son malas, entonces serás una mala persona. Buscar el sufrimiento o infringir el sufrimiento en otra persona meramente por el hecho de sentirnos mejor con nosotros mismos, o

incluso en paz con nosotros mismos, diciéndonos que es una acción justa y útil para sentirnos mejor o para aplicar una justicia subjetiva, no nos hace ser buenas personas.

Samuel pensó en esta última reflexión y se analizó a sí mismo para aplicar su nueva teoría.

La diferencia estaría en el hecho de que yo hubiera girado en la autovía meramente por sentirme bien al observar el miedo o el sufrimiento de otra persona al tener que frenar de golpe.

El hecho de ver a otras personas sufrir por una errónea convicción de que se lo merecen o simplemente por el placer morboso de sentirse superior a otra, es de ser mala persona.

Guardar rencor, tener envidia, provocar malentendidos, hacer las cosas por inquina, criticar a otros por algo que no entendemos, referirnos a otra persona en tono hiriente o despectivo por el mero placer de hacerlo sufrir, eso es ser mala persona.

Mucha gente hace eso y se auto convence de que es necesario para que la otra persona mejore o como castigo a sus acciones, que nosotros hemos juzgado previamente como equivocadas o injustas, eso es ser mala persona.

Tratar mal a los que nos rodean por el simple hecho de pensar que están equivocadas, o buscando alguna sensación placentera de superioridad, sin ningún otro motivo adicional, es ser mala persona.

Entonces, ¿Yo soy mala persona por haber tratado a Amanda de esa manera?

Negó con la cabeza. No. Yo no lo he hecho por sentirme bien o por saborear el placer de sentirme superior. Lo he hecho por mí, por sentirme bien y tranquilo conmigo mismo. Estaba seguro de que Amanda no cambiaría, nada de lo que le dijera él u otra persona, cambiaría en nada su forma de tratar a los demás.

Habría que analizar por qué había dicho todo aquello de David y por qué buscaba enredar y perjudicar a otros para definir si lo hacía por simple inquina, placer o el cumplimiento de un deber auto impuesto que le hacía sentirse mejor consigo misma.

Lo que estaba claro era que Amanda no tenía remordimientos hacia sus acciones, ya que si los tuviera, no seguiría haciéndolo día tras día.

Por tanto, para ser buena persona hace falta una buena dosis de empatía, una capacidad de poder ponerse en el lugar de otro para poder justificar sus acciones.

Una mala persona diría que he tenido que girar porque de no ser así perdía mi salida y llegaría tarde a casa, la excusa para esa mala persona sería totalmente válida, y no iría más allá. No pensaría en las consecuencias, estarían justificadas ante su acción y sus necesidades. Esa sería la diferencia. La empatía y el dejar de lado el orgullo y la soberbia, aceptando y asumiendo los errores para luego, poder mejorar y tratar de ser cada día mejor persona.

Sonrió para sí mismo. Menudo trascendental te has vuelto. Ahora te da por analizar los actos humanos e intentar comprenderlos.

“A la vejez... viruela” como diría mi madre.

Llegó hasta la rotonda y de nuevo tomó la segunda salida en dirección al cementerio. Aparcó en la explanada externa y se bajó del coche. Se sentía mucho mejor después de haber aclarado sus pensamientos. Lo que debía hacer ahora era aclararse, qué demonios estaba haciendo allí.

VI

Entró despacio, como si no quisiera molestar a nadie. Se detuvo de nuevo frente a la garita donde observó que, esta vez sí, había una persona que hablaba con otra, en una conversación que parecía confidencial.

Uno de ellos levantó la cabeza y se quedó mirándolo. Luego levantó la mano en señal de saludo y esbozó una ligera sonrisa.

Samuel respondió al gesto imitándolo y luego paseó la vista por el cementerio buscando a la chica. Observó para su tristeza que de nuevo había un grupo de personas asistiendo a un entierro. Se le encogió el alma al poder escuchar desde la lejanía algún que otro sollozo. En esta ocasión, había más gente que el día anterior y sin saber el motivo, pues no era muy religioso, se hizo la señal de la cruz antes de seguir en su búsqueda de aquella extraña chica.

Se sorprendió alegrándose cuando la encontró sentada en uno de los bancos. En esta ocasión el banco estaba bastante más alejado que la última vez y se encaminó hacia ella, aunque con paso dubitativo.

Cuando estuvo a pocos metros se fijó en que no estaba sola. A sus pies había un niño pequeño que se encontraba jugando con las piedrecitas blancas que cubrían los pequeños rectángulos situados frente a los bancos. Dudó de si debía o no acercarse. Metió las manos en los bolsillos y esperó pacientemente para ver si la chica se percataba de su presencia. Nada sucedió. El tiempo pasaba y la chica solo tenía ojos para el niño pequeño. De vez en cuando se inclinaba hacia delante y le preguntaba al niño algo que Samuel no podía oír, el niño no la miraba y seguía jugando con las piedras, amontonándolas y una vez que había hecho una buena torre, empujándolas y tirándolas, para empezar de nuevo la operación.

Samuel tomó la decisión y se acercó un poco más a la chica, carraspeó un poco y luego habló.

—Hola —dijo con miedo de asustarla al igual que la vez anterior.

La chica se volvió para mirarlo y su rostro se iluminó.

—¿Has vuelto!? —exclamó con una radiante sonrisa.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —mintió Samuel.

La chica volvió a reírse con ganas.

—Tienes que estar de acuerdo en que cualquier persona normal hubiera dudado más de una vez en volver a hablar conmigo.

Samuel esbozó una sonrisa y agachó la cabeza con aire culpable.

—No te voy a mentir —dijo sin mirarla— he dudado muchas veces en volver pero... —miró a ambos lados como si tuviera miedo de que alguien lo escuchara— me intriga mucho la propuesta que me hiciste.

—Bien —dijo ella dando pequeños golpecitos con la palma de su mano en el banco indicándole que se sentara.

Samuel miró al niño y dudó en acercarse.

La chica lo miró a él y luego al niño y le hizo un gesto de ánimo.

—No te preocupes, es un niño muy bueno y es fácil cuidar de él. No me molestas.

Samuel se acercó y se sentó en el banco. No sabía qué decir ni por dónde empezar. Se dio cuenta de que estaba ansioso por hablar con ella pero ahora que la tenía delante no sabía por dónde empezar. ¿De qué hablarían? ¿De qué debían hablar?

Pasaron unos minutos en los que ninguno de ellos dijo nada y al final la chica rompió el silencio.

—¿Has hecho lo que te dije? —la pregunta la hizo en un tono casual, como quien le dice a su pareja si ha comprado leche.

—Sí —asintió Samuel.

—¿Y qué tal te ha ido? —inquirió la chica ladeando la cabeza y mirándolo por debajo de sus pestañas.

—Supongo que bien —La verdad era que Samuel no sabía cómo le había ido. Después de decir todas aquellas cosas no había vuelto a hablar con Amanda para saber cuál había sido el resultado.

—No sabría decirte si mis palabras han servido para algo —continuó Samuel mirando como el niño volvía a derribar la pequeña columna de piedras que acababa de montar.

—¿No lo sabes? —preguntó la chica extrañada.

—No he podido hablar de nuevo con la persona a la que he tratado como tú me aconsejaste, y no puedo saber si he conseguido algo con eso.

La chica lo miró extrañada.

—No me refiero a eso —dijo mirándolo directamente a los ojos— me refiera a ti —le señaló con el dedo—. ¿Cómo te has sentido tú cuando has dicho lo que pensabas?

Samuel le sostuvo la mirada. Tenía unos ojos negros, profundos y brillantes. No recordaba que fueran tan oscuros la última vez que los había visto.

—Yo me he encontrado bien, supongo. La verdad es que no sabría decirte si estoy bien o no. Todo dependerá de si esa persona reacciona o no.

—Eso no me sirve —dijo ella acariciando la cabeza del niño— la reacción de esa persona no me interesa lo más mínimo.

La respuesta no de la chica no gustó a Samuel. Era una idea fría y egoísta. La miró con el ceño fruncido.

—¿No te gusta mi respuesta verdad? —inquirió la chica que parecía leerle el pensamiento.

—No, bueno. No sé. Supongo que... —balbució Samuel.

—¿Por qué no aplicas el mismo método conmigo y me dices lo que piensas? —la chica lo miraba con dulzura, su voz era templada y lo tranquilizaba, no había inflexiones en su timbre que hicieran pensar que hubiera algo de ironía, sarcasmo o el más mínimo reproche, en su forma de decir las cosas y en cierto modo lo invitaba a sincerarse sin tapujos y lo más importante, sin miedo a represalias.

—Me parece muy egoísta por tu parte el hecho de que no te importe lo que les pueda pasar a los demás o cómo se pueden sentir cuando alguien les dices cosas desagradables a la cara.

—¿Cosas desagradables? —preguntó la chica inclinándose hacia atrás sorprendida— ¿Les dijiste algún insulto o les gritaste cuando le comentaste lo que pensabas?

—No, claro que no —se apresuró a aclarar Samuel— es solo que las palabras pueden herir a la gente y hacerlas sentir mal

—Hablar con sinceridad no es malo, las palabras no hieren, solo la verdad que encierran puede herir. Si dices lo que piensas y no lo haces con el ánimo de hacer daño, el hecho de que la otra persona se sienta mejor o peor solo dependerá de que esa persona vea algo de verdad en lo que escucha y que, por tanto, no se sienta bien teniendo esos sentimientos.

Samuel pensó en aquellas palabras. En cierto sentido, él no había dicho nada hiriente, había sido Amanda la que se había definido como una niñata inmadura, no él. Ahora que lo pensaba, ella era la que había empleado esos

términos. ¿Significaba aquello que Amanda pensaba eso de sí misma?

—Cuéntame lo que ha pasado —le dijo la chica.

El niño se levantó y se dirigió hacia una pequeña planta a la que empezó a tirar las piedras sobre sus hojas.

Samuel lo siguió con la mirada y quiso decirle que no se alejara de ellos, pero luego vio que la chica estaba muy tranquila, sin preocuparse por lo que el niño estaba haciendo, y esperaba su respuesta. Él no era nadie para reprender al niño.

Samuel suspiró y le contó el incidente que había tenido con su trabajadora. Intentó quitarle hierro al asunto al contar la historia y pretendió que pareciera una simple anécdota sin importancia.

—¿Por lo que me dices la tal Amanda se marchó sin decir nada más?

—Así es —dijo Samuel asintiendo con la cabeza— supongo que no le gustó lo que le dije. No sé si no le gustó porque no se lo esperaba o si, por el contrario, lo que le dije la ha hecho reflexionar y por lo tanto sentirse mal consigo misma.

—Yo abogaré más por lo primero. Creo que no se esperaba que le dijeras aquellas cosas sobre su vida y su trabajo.

—En cierto sentido, creo que no tuve suficiente paciencia con ella, pero...

—Samuel hizo una pausa mientras recordaba su conversación— Igual el equivocado soy yo y para ella su vida y su trabajo van ligados de la mano. Puede ser que la una sin la otra, carezcan de sentido.

—¿Crees entonces que para esa persona el sentido de su vida pueda ser el trabajo? —preguntó la chica con inusual seriedad.

—¿Por qué no? —Respondió Samuel cada vez más convencido—. Amanda, aunque no tenga el suficiente tacto con la gente y le falten habilidades sociales, parece tener una vida plena con su trabajo. Es probable que si todos nos comportáramos como ella, todos nos sentiríamos plenos en nuestras vidas.

—¿Estás diciendo que una respuesta a tu pregunta sobre el sentido de la vida puede ser el trabajo?

Samuel lo pensó detenidamente. Era una opción, aunque él sabía que no era cierto. El sentido de la vida no podía ser el trabajo, la respuesta no podía ser tan fácil.

La chica lo miraba sin decir nada, le dejaba tiempo para que pensara en su pregunta y que él mismo llegara a sus conclusiones.

—Samuel —dijo la chica en voz queda— tú tienes un buen trabajo. ¿Te gusta tu trabajo?

—No —respondió Samuel, sorprendido de no haber dudado ni un solo instante en dar una respuesta tan rotunda, aunque luego añadió— quizás depende del trabajo. Si yo tuviera un trabajo que me gustase mi vida podría tener sentido basándome en hacerlo bien todos los días.

—Entonces, no depende de tener o no trabajo, sino de qué tipo de trabajo tienes y de si te gusta o no, llevarlo a cabo.

—Podiera ser —respondió Samuel sin convicción—. En realidad no creo que esa sea la respuesta a mi pregunta.

—Y no lo es —dijo la chica volviendo a fijar su mirada en el niño.

Samuel esperó. Observó a la chica que tenía la mirada prendida en el niño. No quiso decir nada y le dio tiempo para que se explicara mejor.

—Tal y como tú le has dicho a Amanda, hay personas que viven para trabajar y otras que trabajan para vivir, pero hay mucha gente que trabaja y no lo hace ni por lo uno ni por lo otro. Hay personas que trabajan y no les dan la más mínima importancia a tener uno u otro trabajo. Es simplemente un medio de subsistencia y poco más. La manera de obtener ingresos para poder vivir y quizás, y solo digo que quizás, darle algún sentido a su vida gracias a lo obtenido por el trabajo. ¿Dónde quedarían las personas que no tienen trabajo? ¿Dónde quedan las personas que aún teniendo trabajo, un buen trabajo, no le encuentran aliciente a la vida? Como tú.

Samuel no respondió. Sabía que no era una pregunta que le hubiera hecho a él directamente, eran preguntas retóricas que no precisaban de respuesta, solo te invitaban a reflexionar.

—Hay personas felices sin trabajo y con trabajo, desdichadas con trabajo y sin él —la chica hizo una pausa y se giró para mirarlo a la cara—. La respuesta al sentido de la vida no puede estar en el trabajo puesto que, con él, o sin él, la vida, puede, o no, hacerte feliz. Si fuese la respuesta correcta no estarías aquí sentado hablando conmigo.

—Nunca he pensado que la respuesta a mi pregunta fuese el trabajo. Lo tenía claro desde el principio, pero he llegado a pensar que quizás para algunas personas lo sea, y no soy nadie para decirles que están equivocadas porque yo no piense igual que ellos.

—En eso tienes toda la razón —respondió la chica volviendo a mirar al niño que se había sentado en el suelo y arrastraba los pies amontonando las piedras— Pero también es cierto que algo efímero como el trabajo no puede ser el eje en el que giren todas tus decisiones vitales. Cuando tú no estés, el trabajo seguirá estando, lo ocupará otra persona, y a lo mejor para esa

persona, ese trabajo no es el que le da sentido a su vida, puede que sea otro trabajo o puede que ninguno.

Samuel no quería discutir con la chica pero tampoco quería dar su brazo a torcer.

—Puede que no te de sentido a la vida pero al menos dignifica.

Las carcajadas de la chica lo sorprendieron a él y al niño que se giró para mirarla extrañado.

—Entonces, según tú, una persona sin trabajo es una persona que no tiene dignidad.

—Yo no he dicho eso —protestó Samuel

—Si lo has dicho, otra cosa es que no te hayas dado cuenta de las implicaciones de lo que acabas de decir. Te puedo asegurar que he conocido a personas sin trabajo llegar a ser más dignas que otros que tenían los mejores trabajos del mundo. No Samuel —añadió negando con la cabeza— ni el trabajo dignifica ni da sentido a la vida, otra cosa es que haya personas que se engañen a sí mismas convenciéndose de que es así, ese no es el verdadero sentido de la vida.

—¿Y cuál es entonces? —preguntó Samuel abriéndose de brazos.

La chica lo miró con suspicacia.

—No, no. Recuerda nuestro trato. Te lo diré el último día, siempre y cuando tú sigas diciéndole a la gente lo que piensas.

Samuel negó con la cabeza.

—Si sigo haciendo eso con la única persona con la que voy a poder hablar vas a ser tú.

—No lo creo —respondió la chica restándole importancia con un gesto de la mano— Estoy segura de que Amanda volverá a hablarte de nuevo, y el resto también. Otra cosa es que no les guste escucharte, pero hablaran contigo, eso tenlo por seguro.

El niño se levantó de golpe y comenzó a andar en dirección contraria a la puerta de entrada al cementerio.

La chica se levantó y fue tras él. Antes de alejarse se volvió hacia Samuel.

—¿Vas a volver mañana? —le preguntó con una sonrisa anhelante.

Samuel asintió con la cabeza.

La chica sonrió y fue tras el niño que ya se perdía por una de las esquinas.

Samuel esperó unos minutos sentado en el banco. No era aquello lo que había esperado. Él ya sabía que el trabajo no era lo que le daba sentido a la vida. No había ido allí para hablar de eso. Sin embargo, ya no tenía ese

sentimiento de culpa que lo había acompañado durante el viaje. Tal y como le había dicho la chica, Amanda volvería a hablarle tarde o temprano, no tendría más remedio si seguía trabajando en la misma empresa. Pero no era esa la razón de que se sintiera mejor, el hablar de ello con la chica le había hecho sentirse mejor, simplemente, el haber hablado.

Se levantó del banco y anduvo unos pasos hacia el lugar por donde el niño y la chica habían desaparecido, los vio a ambos a lo lejos. Ella estaba de cuclillas junto al niño que estaba sentado en el suelo y le hablaba mientras el acariciaba la cabeza. El niño la miraba con atención y de improviso se levantó de un salto y salió corriendo. La chica fue tras él y los perdió de vista al girar una de las esquinas.

Los niños no pueden estar quietos mucho tiempo, pensó Samuel rememorando la infancia con sus hijos.

Miró el reloj. Era más temprano que el día anterior. Si se daba prisa igual podía alcanzar a su mujer y hablar con ella. La echaba de menos.

VII

Llegó a su casa después de sufrir de nuevo la inclinada rampa del garaje y el preocupante martirio del ascensor. Abrió la puerta y se alegró al ver que solo tenía que usar una llave para abrir, eso quería decir que su mujer estaba en casa.

Cerró la puerta y dejó las llaves junto con todo lo que llevaba en los bolsillos en el cajón del aparador de la entrada.

—¡Hola! —gritó esperando la respuesta de su mujer.

—¡Hola! —Escuchó como respuesta—. Estoy en el baño.

Sonrió al oír la voz de su mujer. Colgó la chaqueta en el perchero y se cambió los zapatos por unas zapatillas más cómodas de andar por casa. Avanzó por el pasillo y llegó hasta su habitación. Desde la puerta de la entrada podía ver a su mujer colocándose uno de los pendientes. Se sintió un poco triste al darse cuenta que se estaba arreglando y se disponía a marcharse.

Amaba a su mujer. Tenía tres años más que él y, aún así, cualquiera que la viera pensaría que tenía diez años menos de su verdadera edad. Observó a través del espejo su rostro ovalado y siempre risueño. Tenía el pelo corto y rizado y aunque a ella no le gustaba, a él le encantaba aquel pelo rebelde y alborotado que la hacía diferente al resto.

Sara se percató de que la estaba observando por el espejo y le sonrió.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó colocándose ahora el otro pendiente.

—Bien, normal, como siempre. ¿Y tú en casa?

—Bien, normal, como siempre —le respondió riéndose de aquella gracia que llevaban años repitiéndose mutuamente.

—¿Vas a salir? —preguntó Samuel mientras se quitaba la camisa.

—Sí —respondió ella saliendo del baño y dándole un sencillo beso en los labios— He quedado con Marta y Alicia para preparar lo de todos los santos.

Samuel la observó mientras rebuscaba en el armario en busca de una chaqueta que no desentonara con el conjunto que había escogido.

—¿Otra vez vas a ir a la iglesia? —Samuel no pretendía que la pregunta fuese acusatoria pero se dio cuenta de que había sonado peor de lo que él esperaba.

Para Sara tampoco pasó desapercibido el tono de la pregunta que la hizo detenerse en su búsqueda.

—Sí —dijo en tono seco— ¿Acaso te molesta? —preguntó mirándolo fijamente.

—No, lo siento —se apremió a responder Samuel —es solo que... ¡Bah!, no importa.

Hizo un gesto quitándole importancia con la mano

—¿Es solo que, qué? —preguntó Sara cruzándose de brazos.

Samuel no iba a responderle y quiso dejarlo pasar, pero de nuevo pensó en la chica y en lo que debía hacer para poder conseguir la respuesta al sentido de la vida. Cuidó mucho el tono de sus palabras y luego habló.

—Es solo que, no entiendo muy bien el porqué de tu interés por la iglesia.

—¿Y por qué no podría tener interés en la iglesia? ¿Te perjudica en algo?

La actitud de Sara había cambiado y ahora lo observaba cruzada de brazos y esperando una respuesta con el ceño fruncido.

—No es nada importante. Simplemente me sorprende que siendo una persona como lo eres tú, inteligente y con sentido crítico, ayudes a una organización que ni siquiera os acepta como miembros.

—Ya sé lo que pasa —respondió ella volviendo a buscar entre los abrigos del armario con rabia— lo que pasa es que no te gusta que te deje solo y quisieras que me ocupase más tiempo de ti.

La respuesta sorprendió a Samuel, en ningún momento había pensado en ello. Simplemente buscaba una respuesta sincera por aquel interés por la iglesia, con todo lo que ella la había criticado a lo largo de su vida. No tenía celos de la iglesia, nada más lejos de la realidad, simplemente le sorprendía que día sí y día también, regresara para ayudar a una organización que no se ajustaba a las propias ideas de ella.

—Eso no es cierto —respondió Samuel sin amilanarse— lo que pasa es que no te entiendo. No comulgas, y nunca mejor dicho, con muchas de las ideas que la iglesia promulga, criticas sus acciones en muchas decisiones y aspectos de la vida y, sin embargo, allí estas. Simplemente me gustaría saber el porqué.

Sara sacó al fin el abrigo que buscaba y se lo puso mientras miraba a Samuel.

—Olvídalo —continuó Samuel—. Disfruta con tus amigas y pásatelo bien. No he dicho nada. No quiero que pienses que soy uno de esos machistas que solo quieren que su mujer este siempre a su lado haciéndole la comida y

cuidando de él. Eso ya lo sabes.

Sara pareció relajarse ante estas últimas palabras. En realidad nunca había tenido que darle explicaciones de nada a Samuel. Por suerte, siempre había podido hacer lo que a ella le parecía y nunca había tenido ninguna queja por su parte. Suspiró largamente y luego lo miró con dulzura.

—Lo siento. No he querido decir eso. Es que me da la sensación de que quieres hacerme sentir culpable de que me vaya y te deje solo, pero tú también lo haces.

—Sabes que nunca querría hacerte sentir culpable por nada —respondió Samuel un tanto intrigado por aquella respuesta y maldiciéndose a sí mismo por haber aplicado el consejo de la chica con aquella mujer a la que no tenía nada que reprocharle en su vida.

—Sí, lo sé —dijo ella— Y por eso no debí hablarte de esa manera, pero cuando hablamos de estas cosas siempre tiendo a ponerme a la defensiva.

—Yo también lo siento, pero... —Samuel dudó por un instante.

—¿Pero qué? —preguntó ella ladeando la cabeza

—¿Qué encuentras en la iglesia que no encuentras en... otro sitio?

Sara lo miró largo rato sin decir nada. La pregunta no encerraba segundas intenciones y por primera vez en mucho tiempo veía a Samuel interesándose por algo más allá de horarios y próximos eventos. Meditó la respuesta para que se ajustara lo más posible a lo que ella sentía.

—Supongo que en esos momentos soy yo misma y no dependo de nada ni de nadie para encontrarme.

—Pero tú no eres religiosa, es decir, estas a favor del aborto, tenemos amigos homosexuales que son rechazados por la iglesia y nadie más que tú, ha criticado el hecho de que la mujer sufre discriminación por su parte.

—Todo eso es cierto, pero creo que todo lo que hago no lo hago por la iglesia, lo hago por mí misma. Organizo los encuentros, hablo con amigas, ocupo mi cabeza con detalles o ideas, me mantengo ocupada. Me mantengo ocupada en mí día a día y lleno todos esos huecos que tengo.

—Sabes que yo querría estar contigo siempre, pero mi trabajo —comentó Samuel.

—No tienes que darme explicaciones —lo interrumpió Sara—. Esa parte ya está superada. Tú tienes que trabajar y yo no. Algo tendré que hacer sino, me volveré loca encerrada entre estas cuatro paredes.

Otra vez el tono acusador, pensó Samuel.

—No creas que yo me lo paso bien trabajando todos los días de sol a sol

—dijo Samuel con resignación— Solo creo que quizás ahora que los chicos no están, quizás yo podría salir antes del trabajo y podríamos hacer más cosas juntos.

Sara esbozó una media sonrisa.

—Eso crees. ¿Quizás podrías salir antes del trabajo? —miró el reloj en un gesto acusatorio que contradecía sus palabras.

—Hoy tal vez no, pero si supiera que vas a estar aquí, podría hacer algo para salir antes y disfrutar de más tiempo juntos.

—Tú sabes que eso no es cierto —dijo Sara condescendiente— quizás algún día podrías hacerlo, pero sería la excepción a la regla y yo no puedo esperar aquí de brazos cruzados a ver si tengo suerte de que hoy mi maridito pueda venir a por mí y me saque a pasear.

—Vuelves a usar el tono machista que sabes que no es cierto— le reprendió Samuel.

Sara emitió un largo suspiro y se acercó a Samuel. Lo cogió de las manos y lo obligó a que se sentara junto a ella en el pequeño sillón situado a los pies de la cama.

—Mira Samuel yo te quiero y sé que tú me quieres a mí, pero... —tomó aire y lo dejó salir lentamente— pero todo ha cambiado. Ya no somos aquellos adolescentes que salían juntos a todas partes y no sabían hacer nada el uno sin el otro. Hemos tenido dos hijos y han pasado más de treinta años desde que nos conocimos. Hemos vivido de todo, momentos felices, amargos, tristes, alegres, divertidos, y muchos otros más. Nos queremos, eso es cierto, pero es un amor diferente, un amor basado en muchas otras cosas distintas a las del principio, la pasión, los hijos, e incluso las riñas y las peleas ya son obsoletas.

«Nos respetamos. Hemos aprendido a vivir el uno con el otro, ya no nos afectan nuestras manías, y aunque suene triste, es cierto, ya ni nos ilusionan nuestras virtudes. Digamos que somos simplemente el punto de apoyo del que no queremos prescindir, pero que en realidad ya no es necesario.

Comenzó a acariciarle el pelo mirándolo con ternura.

—Todo ha sido maravilloso y lo seguirá siendo, pero yo necesito buscar algo diferente que ocupe mis días y me mantenga viva. Ya sé que puedo parecer una hipócrita, y a veces cuando hablo con mis amigas me reprendo a mi misma de lo cínica que puedo llegar a ser, pero debes entender que no me queda otra cosa.

Sara se quedó mirándolo, intentando averiguar si la había entendido.

—Entiendo lo que quieres decir y tienes razón —dijo al fin Samuel.

Sara sonrió y le acarició la cara dulcemente. Luego le dio un beso en la mejilla y se levantó del sillón.

—Te he dejado la cena en el frigorífico. Espero que esta vez te la comas —dijo señalándolo con el dedo en tono acusatorio pero sonriendo al mismo tiempo.

Samuel le correspondió con otra sonrisa.

—No tenía hambre —fue la simple respuesta a la acusación de Sara.

—No me importa. Tranquilo. ¡Pero esta vez te lo comes todo! —continuo en un tono irónico y volviéndolo a señalar con un dedo.

Samuel ensanchó aún más su sonrisa y asintió con la cabeza.

—Hasta luego cielo —se despidió Sara.

Samuel vio como desapareció por la puerta y esperó sentado hasta que escuchó los golpes de las llaves de Sara cerrando la puerta.

¿Qué acababa de suceder? ¿Cómo unas simples preguntas sobre algo tan simple como por qué haces esto, habían desencadenado aquella respuesta de Sara? Lo quería, sí. Eso estaba claro, pero acababa de decirle que vivían juntos por rutina, casi por pereza.

No, eso no era cierto, no estaba siendo justo con la situación ni con Sara. ¿Qué esperaba él de Sara? No tenía derecho a decirle que lo esperara cada día hasta que volviera para poder hacer algo, bastante había sacrificado su vida como para exigirle que hiciera nada más.

Sara simplemente había constatado aquello que Samuel no quería ver. Eran felices, como lo eran las parejas que llevaban toda una vida juntos. Al menos Sara parecía feliz. Llenaba los huecos con la religión porque todos los demás huecos ya estaban cubiertos con todo lo que había pasado a lo largo de su vida.

Se conocieron siendo jóvenes, ninguno de ellos había terminado sus estudios y pasaron tres años hasta que dispusieron de libertad absoluta, con todo el tiempo del mundo para ellos solos, aunque en honor a la verdad, tampoco aquella fase duró mucho tiempo.

Samuel encontró trabajo muy pronto y Sara poco después. Pasaron seis años más hasta que decidieron cometer la locura de comprar aquel ático en el que ahora vivían.

Un hecho transformaría la vida de ambos cuando llevaban cuatro años casados, el nacimiento del pequeño *Samy*, aquello lo cambió todo. Sara hervía de ilusión por la llegada de nuestro primer hijo y quiso disfrutar de él todo el

tiempo que le fuera posible. Después de analizarlo desde todos los puntos de vista, Sara tomó la decisión de dejar de trabajar. Con los ahorros y apretándose el cinturón podrían permitírselo. Y ahí empezó la nueva vida.

Al principio no hubo problemas. Cada uno aceptó el rol impuesto y nadie se quejaba de lo que le tocaba hacer pero, como casi todo en la vida, el tiempo pasaba e iba borrando de la memoria las razones que le llevaron a escoger aquel camino que tan claramente se había tomado.

Samuel lo recordaba perfectamente, *Samy* había cumplido los tres años y cada vez Sara estaba más desesperada y agobiada de estar día tras día encerrada en casa. Sara necesitaba algo nuevo, la propuesta estaba clara, debía volver a trabajar y salir de nuevo, recuperar su anterior vida y empezar de nuevo a disfrutar de la sensación de libertad y realización que da el hecho de salir y esparcirte, desconectando de los problemas rutinarios.

Así debía haber sucedido si no hubiera pasado lo que nadie esperaba, la llegada de Rebeca. Fue algo inesperado por ambos y dio al traste con todo lo que ya estaba decidido. Sara no quería dejarla sola y le pareció injusto para *Reb* que ella no tuviera la misma oportunidad de crecer con su madre como había tenido *Samy*.

Fue ella la que tomó la decisión. No volvería a trabajar.

Samuel reconoció que en aquel momento había sido injusto. No insistió en que Sara trabajase y dejó que sacrificara su vida en pos de cuidar de sus hijos, para él era una tranquilidad el hecho de saber que tanto *Samy* como *Reb* estaban con su madre y no en ningún otro sitio donde no podían saber como estaban, si eran felices, si los trataban bien o si cuidaban de ellos con el cariño y el amor de una madre.

Samuel siguió trabajando y llegó un momento en que el tema de que Sara volviera a trabajar dejó de plantearse en casa.

Pasaron los años y cada vez el dinero escaseaba más y más. La situación era agobiante y ninguno de ellos tenía el suficiente valor de decirles nada a sus respectivos padres y pedirles ayuda. Ninguno de ellos les hubiera ayudado. Los padres de Samuel subsistían con la pensión de invalidez de su padre y apenas llegaban a pagar sus deudas. Los padres de Sara, algo más solventes, hubieran estado día tras día echándoles en cara lo mala que había sido su decisión de comprar aquel ático tan ostentoso y que ahora, eran ellos los que debían hacerse cargo de los errores de sus hijos, además de que Samuel albergaba serias dudas de que los hubiesen ayudado.

Todo cambió con la llamada telefónica que recibió Samuel a finales de

verano cuando su antiguo jefe lo propuso para ocupar su cargo de director general en Bapecá.

Samuel no aceptó de inmediato, lo habló con Sara y cuando vieron la salida de sus agobios económicos en la propuesta, no vieron la trampa que aquella opción les estaba tendiendo.

Las responsabilidades de Samuel se multiplicaron exponencialmente, así como el tiempo que debía dedicar a su nuevo trabajo. Así con todo, Samuel aceptó el trabajo y las preocupaciones económicas desaparecieron, pero al igual que las preocupaciones, Samuel desapareció también con ellas.

En ningún momento Samuel dejó de lado sus obligaciones como padre y como marido, al contrario, cuando volvía a casa se ocupaba de todo aquello que podía. Llevaba a sus hijos donde hiciera falta y ayudaba a su mujer en todo lo que podía para quitarle trabajo, pero ya no era lo mismo. Cada uno cumplía con su parte del trato y los años fueron pasando rápidamente, casi sin darse cuenta, así como sus vidas en común.

Cuando *Samy* se fue de casa y *Reb* demostró que podía valerse por sí misma, Sara aprovechó la ocasión para llenar el poco tiempo libre que le quedaba. Lo que realmente dolió a Samuel era que su primera opción para llenar esos huecos no había sido él. Había conocido tiempo atrás a varias madres del colegio de sus hijos con las que logró mantener la relación con el paso de los años y al final decidió usarlas a ellas, en vez de a Samuel, para completar su vida. Esas amigas y lo que representaban, la iglesia, ocupó la parte que Samuel esperaba recuperar algún día.

Y así había trascurrido el tiempo hasta ese mismo día en el que Samuel había decidido preguntarle por qué llenaba su tiempo con la iglesia y no buscaba algo diferente y más coherente con sus creencias.

«En esos momentos era ella misma y no dependía de nada ni de nadie para encontrarse». Esa había sido su respuesta.

Samuel lo había entendido. Era el momento y el lugar donde ella volvía a ser persona por sí misma, en el fondo le daba igual lo que estaba haciendo, lo estaba haciendo ella sola y no tenía a nadie a su lado que la obligase a ser lo que no quería ser. Ya no tenía a sus hijos, a Samuel, ni a sus padres, que le dijeran qué debía hacer o qué debía decir. Era persona y lo era por sí misma.

Samuel se sintió dolido, pero en el fondo le alegraba saber que su mujer ahora volvía a ser un poco más feliz que antes. Treinta años de sacrificio eran más que suficientes para demostrar todo el amor que les había concedido. No debía demostrar nada a nadie. Los hechos hablaban por sí solos. ¿Qué persona

en su sano juicio sacrifica media vida por los demás?

La noche había caído ya y la habitación se encontraba a oscuras cuando Samuel despertó de sus pensamientos. Llevaba más de una hora sentado en aquel sillón que acababa de compartir con Sara. ¿Qué más podía pedir?

Se sonrió a sí mismo por su sarcasmo.

Luego se sintió vacío, como si le hubieran arrancado la última esperanza a la que se aferraba, esa pequeña luz al final del túnel que esperaba alcanzar cuando dejase de trabajar. Supo que aunque Sara lo quería, aunque él quería a Sara por encima de todo lo demás, ambos se habían perdido mutuamente y ya solo les quedaba compartir el resto de sus vidas sin más. Pasando los meses, los años y las vivencias, como el que ve una película aburrida sin poder evitarlo pues, no puedes levantarte del sofá.

Era curioso lo que había desencadenado el hablar con sinceridad. Si no hubiera hablado como le había pedido la chica que hiciera, habría seguido engañándose a sí mismo por muchos años más. ¿Cómo se podía estar tan ciego? «*No hay mas ciego que el que no quiere ver*» decía su madre.

Tampoco estaba tan mal. Él tenía a Sara y Sara lo tenía a él. Compañeros, amigos, confidentes, amantes, lo habían sido todo el uno para el otro y así seguiría siendo. Pero faltaba algo, alguna chispa que Samuel no sabía decir qué era. ¿Quién sabe? Quizás lo acababa averiguando al final de la semana.

Esa noche Samuel sí cenó. Puso el lavavajillas, pero no se preocupó de esperar a Sara para poder hablar con ella. Pasase lo que pasase, ella estaría ahí siempre al igual que él lo estaría para ella. Debía relajarse con ella. En realidad ya no era tan importante e imprescindible en su vida como él creía.

En contra de lo que era costumbre, después de cenar se fumó otro cigarrillo. En esa semana no paraba de fumar y por primera vez en su vida no se lo reprochó.

Durmió tranquilo y al día siguiente se despertó con más ánimo.

MIERCOLES

VIII

29 de octubre de 2018

Samuel llegó al trabajo a la hora de siempre. Ya se había tomado su café y aparcó el coche en el lugar de costumbre. Alonso ya estaba en la conserjería y lo saludó con el consabido, buenos días.

—Parece que hoy está usted más contento de lo habitual —le dijo Alonso al percibir aquella nueva energía en su jefe.

—Puede ser Alonso, esta noche he dormido bien y supongo que conforme se va uno haciendo mayor le dan igual cada vez más cosas.

—¡Vaya! —exclamó Alonso a la vez que emitía un silbido— además viene místico esta mañana.

Samuel le rió la gracia.

—Será eso Alonso. Me estoy volviendo budista.

—Pues llévese cuidado con esas sectas, que con ellas se acaba perdiendo hasta el poco pelo que le queda a uno.

Samuel se despidió con la mano y entró en su despacho. Parecía una tontería pero en el fondo era cierto. Se encontraba más relajado desde que había hablado con Sara y había entendido el lugar que ocupaban cada uno de ellos en su relación y cada vez estaba más cómodo aplicando el consejo que le había dado aquella chica del cementerio. Mi “*Psicoloca*”, se dijo para sí.

No podía negar que tenía un poco de miedo imaginando como vendría Amanda a su despacho a pedirle explicaciones, pero tampoco era menos cierto que lo estaba deseando para poder decirle lo que realmente pensaba. Con respeto y educación claro estaba, nunca sin levantar la voz.

Miró el informe que tenía encima de la mesa y recordó que debía decirle a Amanda que rectificara la dotación de personal de aquellos dos experimentos. Bueno, esperaría a que ella volviera, sabía que volvería.

La mañana fue pasando con tranquilidad y de vez en cuando salía fuera a fumarse algún que otro cigarrillo extra que según él, se merecía. El sentimiento de culpa de que lo vieran allí fumando había desaparecido por completo.

Era ya casi la hora de comer cuando llamaron a la puerta del despacho.

—Adelante —dijo Samuel sin levantar la vista del último correo que le acababan de enviar.

—Buenos días Samuel.

Samuel levantó la cabeza y sin saber decir el porqué, no se sorprendió de ver a Anthony dirigirse con paso decidido hacia su mesa y sentarse en una de las sillas sin tan siquiera pedir permiso para hacerlo.

—Buenos días Tony.

—Me gustaría hablar contigo de una cosa —pidió sin más preámbulo.

Samuel sonrió para sus adentros. Pues claro que quería hablar con él. Anthony llevaba el mismo tiempo que Amanda en la empresa y, aunque al principio, Samuel lo había tenido por un amigo leal, con el paso del tiempo se había dado cuenta de que en realidad era el lacayo preferido de Amanda y que ésta lo utilizaba, sin que Tony se percatara de ello, como avanzadilla para reconocer el terreno que luego Amanda pisaría.

«De modo que Amanda no se ha atrevido a volver al campo de batalla». Pensó Samuel. Bien, esperemos a ver qué lección le ha hecho aprender Amanda para hacerme cambiar de opinión.

—Samuel —comenzó Tony —sabes que te aprecio y que llevamos muchos años trabajando juntos.

Samuel tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa cuando escuchó a Tony emplear ese tono paternalista. «Esa táctica es nueva Amanda», volvió a decirse a sí mismo.

—Cuando uno ocupa un cargo de alto nivel y responsabilidad —continuaba Tony— debe saber decirle a cada uno en qué lugar se encuentra. Y aunque nos duela, debemos ejercer una autoridad sobre todos, y no podemos pretender llevarnos bien con todo el mundo. Hay de decirles a los demás lo que deben hacer, pues ese es tu deber. Si estas más preocupado de lo que pensarán de ti y en quedar bien, no estarás haciendo bien tu trabajo.

A Samuel se le abrían cada vez más los ojos conforme Tony iba hilvanando su discurso. Era evidente que lo que estaba haciendo era repetir como un papagayo lo que Amanda le había indicado, pues esa respuesta, era la respuesta que Amanda hubiera dicho, si la conversación con ella hubiera continuado en el punto en el que ellos la habían dejado el día anterior.

Samuel tuvo paciencia. Intentó no mostrar ningún indicio que diera a entender a Tony que sabía perfectamente lo que estaba pensando, mientras escuchaba aquella retahíla de frases hechas cargadas de compañerismo.

Tony siguió durante unos minutos más hablando sobre la importancia de

ejercer el poder sobre los subordinados, sin dejar interferir los sentimientos en lo que debía ser el mejor futuro y rendimiento de la empresa.

—Las personas están aquí para trabajar y poder obtener los mejores resultados para la empresa —continuó— y de esta manera mejorar el futuro de la misma y de las demás personas que trabajamos para conseguir este fin.

Samuel se quedó mirándolo sin decir nada. Lo observaba fijamente como si meditara en profundidad todo lo que le había dicho Tony.

Pasaron unos minutos en los que Samuel notó como Tony se impacientaba. No era normal que no le comentara de inmediato nada acerca de lo que le acababa de comentar. En un gesto que denotaba su nerviosismo, Tony miró repetidas veces la hora de su reloj y al final comenzó a dar ligeros golpecitos con el dedo índice sobre la mesa.

Samuel disfrutó con la situación y decidió alargar un poco más la espera. Luego, como si se planteara realmente lo que acababa de escuchar, se inclinó hacia adelante cruzando las manos y apoyándolas en la mesa.

—Entonces —comenzó Samuel con lentitud, como si buscara las palabras adecuadas para poder expresarse— según tú, las personas deben dejar de lado sus vidas y cuando entran en esta empresa, obviar todo aquello que las rodea y dedicarse en cuerpo y alma a su labor.

Al principio Tony pareció desconcertado ante la afirmación, pero luego hizo un esfuerzo por aparentar seguridad. Se sacó los puños de la camisa de debajo de las mangas de su traje y se colocó en su sitio el nudo de corbata.

—En cierto sentido debe ser así —comenzó a responder titubeando—. Nosotros no podemos hacernos cargo de los problemas que puedan llegar a suponer un lastre en la obtención de resultados. *Cada palo que aguante su vela* —añadió con una sonrisa.

Samuel siguió mirándolo como si siguiera recapacitando, con extrema seriedad, las respuestas y los argumentos de Tony.

—Hay una cosa que no consigo entender Tony —hizo una pausa reclinándose en su sillón para luego mirarlo fríamente a la cara— Si en esta empresa trabajan personas, con todo lo que ello implica, ¿Cómo podemos decirles que dejen de ser personas cuando entren aquí y pedirles que por favor se olviden de sus vidas durante ocho horas, para que trabajen sin pensar en nada más, única, y exclusivamente, en la empresa?

Tony se encontraba cada vez más incómodo y se notaba en el hecho de que no paraba de removerse en su asiento buscando alguna postura cómoda que parecía no encontrar.

—No podemos hacernos cargo de todas las vicisitudes de las vidas de los demás. Tenemos una responsabilidad y en tu caso esa responsabilidad está clara. Debes obtener lo mejor para la empresa, y por ello debes obtener el mejor rendimiento de tus empleados.

Tony no se daba cuenta pero conforme iba pronunciando las palabras, la ira y la rabia de Samuel crecía la velocidad de un tren a punto de descarrilar. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no dar un golpe en la mesa y mandar directamente a Tony a la mierda.

Pensó en el consejo de la chica del cementerio y suspiró varias veces antes de contestar a Tony.

Tony debió malinterpretar aquella situación, pues pensó que había dado en el clavo y había hecho pensar a Samuel en que él tenía razón y que iba a hacerle caso.

Una estúpida sonrisa apareció en el rostro de Tony y ésta se ensanchó aun más cuando escuchó a Samuel decir sus primeras palabras.

—Sabes Tony, creo que tienes razón —dijo Samuel ladeando la cabeza mientras cogía el bolígrafo de encima de la mesa y lo apretaba con fuerza.

Tony se mostró ufano y se abrochó el botón de su americana dispuesto a marcharse con el trabajo bien hecho, sin embargo, se quedó paralizado al escuchar las siguientes palabras de Samuel.

—Pero creo que te equivocas

Tony hizo el amago de decir algo pero Samuel lo detuvo levantando la palma de su mano indicándole que se mantuviera callado.

—Te voy a decir varias cosas y espero que te queden muy claras. En primer lugar te voy a hacer caso. No voy a decirte lo que quieres oír, puesto que tú mismo me has dicho que no debo ser condescendiente y que debo decir las cosas, por mucho que nos duela, y más aún, por el bien de la empresa. Y eso, lo voy a empezar a aplicar ahora mismo.

«No tienes ningún derecho a hablarme así, es más, no te lo permito. Cuando hablas en plural de nuestro deber te equivocas. Tú no tienes ningún deber para con nada ni con nadie de esta empresa, bueno.... —Samuel pareció reflexionar un momento— Si, lo tienes. Conmigo. No vuelvas a decirme bajo ningún concepto cómo debo hacer mi trabajo ni cómo debo aplicar mis ideas para esta empresa. Tú, por lo que yo sé, no perteneces a ninguna junta ejecutiva ni tienes participación en esta empresa, eres un empleado, como todos los demás, y ejerces tu forma de llevar tu trabajo bajo unas directrices —hizo una pausa y se señaló a sí mismo— las mías.

«Mi consejo Tony es que hagas bien tu trabajo, cumplas con tus objetivos y punto. No vuelvas a venir a mi despacho siendo el mensajero de nadie y la próxima vez que te vea, y tengas algo que comentarme, me lo dices por tu propia iniciativa y no después de haber hablado con nadie.

—Yo no... —comenzó a protestar Tony

—¿Tú no, qué? —preguntó Samuel elevando el tono de voz lo justo para que Tony se callara de golpe.

«¿A qué demonios viene que te presentes aquí con esas ideas y esos absurdos consejos? ¿Acaso he tenido alguna conversación contigo que indujera a que vinieras a hablar conmigo de cómo debo dirigir esta empresa? ¿Te has levantado hoy con una revelación, una epifanía, y has venido a compartirla conmigo?

Tony se quedó envarado en la silla sin saber qué decir. Estaba claro que todo aquello le había pillado de improviso. Ni en sus más terribles pesadillas se hubiera imaginado aquellas respuestas por parte de su siempre comedido y diplomático jefe.

—Voy a aplicar tu consejo y por lo tanto te voy a hacer caso. Debes estar contento —dijo Samuel con sorna— “*Zapatero a tus zapatos*”. No vuelvas a entrar a mi despacho a hablarme de nadie ni de nada que no sea referido a tu cometido en esta empresa. Si tienes algún problema con esta situación, te sugiero que la presentes de manera formal, o sea, por escrito, y dirigida a mí persona, y siguiendo el protocolo establecido, si no te gusta me respuesta, que ya te adelanto será muy similar a la que te estoy dando ahora, mandas la queja, o propuesta, o sugerencia, o cómo quieras llamarlo, a instancias superiores. ¿Te ha quedado claro?

Tony asintió con la cabeza sin decir nada.

—No te he oído Tony —insistió Samuel.

—Sí —dijo Tony en apenas un susurro.

—Bien, si no tienes nada más que decir puedes marcharte y seguir trabajando.

Samuel hizo un gesto con su mano en dirección a la puerta de salida.

Con lentitud Tony se levantó de la silla. Parecía meditar en qué momento la situación se le había escapado de las manos. Frunció el entrecejo como si hiciera un esfuerzo por comprender qué acababa de suceder en aquella oficina.

Abrió la puerta y como si se encontrara en estado de shock la cerró tras él.

Samuel se permitió en ese instante relajarse del todo. Soltó el bolígrafo que había estado a punto de partir en dos, y estiró las piernas por debajo de la

mesa hundiéndose en el sillón.

Estaba claro que había declarado abiertamente la guerra a sus propios empleados, pero ya estaba harto de toda aquella situación. Llevaba años y años peleando por cambiar aquellos *bocetos* de personas que carecían de escrúpulos o sentimientos, capaces de juzgar todo y a todos por una idea, y que destilaban soberbia por todos los poros de su cuerpo.

Pasaron dos horas en las que Samuel no se movió de su asiento. Dos horas en las que una idea se abrió paso en su cabeza y cada vez cobraba más importancia. Con pulso decidido descolgó el auricular y marcó un número de teléfono. Después de una hora hablando colgó. Por primera vez en años sintió que un gran alivio lo invadía por completo.

IX

Samuel aparcó en el mismo sitio, a la entrada del cementerio. Esta vez entró con paso decidido y sin albergar los temores o las reticencias que había albergado la primera vez que lo había visitado.

Levantó la mano y saludó a la única persona que se encontraba en la garita. La persona le devolvió el saludo y Samuel se percató del gesto torcido con el que lo había mirado.

Buscó con anhelo a la chica y la encontró en el mismo banco alejado. Miró a lo lejos y vio, consternado, que había mucha más gente que el día anterior. Ahora comprendía el gesto de preocupación del que estaba en la garita. Con seguridad estaría saturado de trabajo, y que visitaran el cementerio más personas, ajenas a las propias de un entierro, solo supondría un inconveniente añadido a su labor, ya de por sí estresante y, por qué no decirlo, perturbadora.

Volvió a santiguarse y se acercó hasta la chica.

Conforme se acercaba comprobó que el niño de apenas tres años, estaba de nuevo con ella, pero esta vez no estaba solo. Una mujer joven y muy guapa estaba sentada con él en el suelo y ambos jugaban con las piedrecitas.

A una distancia prudente la chica los observaba con una tierna sonrisa dibujada en el rostro.

La chica escuchó las pisadas de Samuel en el suelo de piedras y se giró para mirarlo.

Levantó la mano para saludarlo y Samuel respondió al gesto imitándola mientras llegaba hasta el banco.

—Buenas tardes —dijo Samuel al mismo tiempo que tomaba asiento junto a ella.

—Buenas tardes —respondió la chica observándolo con detenimiento— ¿Te noto diferente? —Preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Ha pasado algo?

—Pues sí —respondió Samuel ufano— Estoy contento —Señaló a la mujer que estaba sentada con el niño— Hoy vienes con refuerzos.

—Sí. Es su madre.

—¿Y aún así has venido?

—Nunca se sabe si puede suceder algo. Así ella está más tranquila.

Samuel asintió convencido.

—¿Me vas a contar el motivo de esta nueva sonrisa?

Samuel comenzó a relatarle todo lo sucedido ese día en el trabajo. Al contrario que en el día anterior, no tuvo ninguna reticencia ante lo que había dicho o hecho. Una nueva sensación de seguridad lo arropaba y en ningún momento dudó de no haber hecho lo correcto.

La chica le mostró una media sonrisa algo difuminada, el brillo de alegría no le llegaba hasta los ojos. Aquello desconcertó a Samuel.

—¿Qué pasa? ¿No he hecho bien? —preguntó Samuel en tono apagado después de comprobar que la reacción de la chica no era la esperada.

—No. No es eso. Has actuado tal y como te ha pedido tu compañero de trabajo. No has sido condescendiente y has dicho todo aquello que pensabas con respeto y sin buscar la ofensa o el ataque pero...

—¿Pero...?

La chica se removió algo inquieta en el banco.

—Es con respecto a la llamada. Simplemente me ha sorprendido.

Samuel suspiró.

—Ese tema no me preocupa. En realidad no he venido aquí para hablar de eso.

—¿No? —Preguntó la chica.

—No. En realidad me gustaría contarte lo que me pasó anoche, en casa. Tuve una conversación con mi mujer que me mostró algo que yo no había pensado que pudiera estar sucediendo.

La chica permaneció en silencio, a la espera.

Samuel se tomó unos minutos para aclararse sus ideas y luego le relató la conversación que había mantenido con Sara. Al terminar de contarlo, Samuel sintió cómo su alegría se disipaba dejando paso a una tristeza que empujaba con fuerza y lo oprimía sin casi dejarlo respirar.

La chica se percató del cambio que Samuel había experimentado en su ánimo, y trató de hablar de forma que restara importancia a lo sucedido.

—No debes preocuparte. En mi opinión, es normal.

—¿Normal? —preguntó Samuel en tono caustico.

—A muchas parejas les sucede. Después de ¿Cuánto? ¿Cuarenta años juntos?

—Treinta y seis.

—Treinta y seis años —repitió ella—. Lo lógico es que la llama del principio se apague y solo queden los rescoldos de lo que fue un fuego

abrasador. Aunque no lo creas, tienes suerte.

—Vaya, ahora resulta que incluso debería alegrarme —espetó Samuel cruzándose de brazos.

—Pues en cierto sentido, así es. La mayoría de parejas no duran tanto tiempo juntas, esa es una señal de que, lo que lo inicio todo, y sobre lo que se fue construyendo, era fuerte y sólido. Si después de treinta y seis años, seguís estando juntos, y reconocéis querer seguir estándolo, podéis daros por satisfechos.

—Supongo que tienes razón. Pero, no entiendo por qué debe sustituir todo lo que podríamos hacer juntos, por algo que no le ha importado nada a lo largo de todos estos años —Samuel emitió un bufido—. La iglesia, la religión. ¿Puede realmente darle sentido a su vida la religión? Quiero decir ¿No sería mejor retomar lo que teníamos y volver a disfrutar juntos?

—Yo no creo que la religión le dé sentido a su vida en estos momentos, ni en estos, ni antes, ni tan siquiera en un futuro. La religión no te da el sentido de la vida.

—Lo dices con mucho convencimiento, sería mejor que hablaras tú con mi mujer.

La chica sonrió.

—En mi opinión, en el caso de tu mujer, y para el resto de las personas, confunden lo que podría, y digo, podría ser, un apoyo en la vida, con el sentido de la vida. La religión puede ser un punto de apoyo para superar determinados problemas. Hay personas que buscan ansiosamente respuestas al porqué de su existencia y encuentran algunas respuestas, ya sean ciertas o no, en la religión.

—Pero esas respuestas son falsas —replicó Samuel convencido.

—Pudiera ser —respondió la chica en voz baja, comedida— pero es una respuesta al fin y al cabo. Y eso es lo único que buscan. Alguien que las guíe, que les diga cómo comportarse y hacia donde deben dirigir sus vidas.

—Pero no puede ser igual para todos.

—Exacto —respondió la chica— y por eso no es la respuesta al sentido de la vida. Sabes —continuó la chica como si recordara algo de repente— hace mucho tiempo alguien, no me preguntes quien, dijo que todos, independientemente de en lo que creyéramos, iríamos directamente al infierno.

La chica vio la sorpresa reflejada en el rostro de Samuel y prosiguió con la explicación.

—Independientemente de la religión que profeses, tú siempre serás un infiel para el resto de las religiones. Por lo tanto, si para el resto de las

religiones eres un infiel, iras directamente al infierno, y como nadie profesa todas las religiones al mismo tiempo, siempre serás considerado un infiel por alguna de ellas y según sus preceptos, iras directamente al infierno.

Samuel sonrió ante aquella idea.

—Es gracioso —dijo la chica— pero no deja de ser cierto en el fondo. Por lo tanto, si crees que te vas a salvar de algo, sea lo que sea, profesando una religión, no va a ser así.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no me parece un argumento serio.

—Y no lo es —respondió la chica— pero no deja de ser paradójico. La religión es útil, no lo puedo negar. No se sienten cómodos con lo que les rodea, ni ahora, ni hace miles de años, y por eso buscan alguna respuesta a sus preguntas, o mejor dicho, a sus inquietudes. Otras sin embargo, confunden espiritualidad con religión, ritos, reglas, mandamientos, preceptos, el bien, el mal, los pecados, las normas. Todo esto les hace la vida más fácil, y al final vivirán bajo ellas, esperando una recompensa no confirmada.

—A veces es bueno tener unas reglas, algo que te indique como actuar y como ser, en general.

—Sí, es cierto, pero para ello ya está el sentido común y la propia humanidad. No es necesario que haya ningún ser supremo que te diga lo que está bien o lo que está mal, en principio, deberías saberlo por ti mismo, pero por desgracia esto no es así, y cada vez hay más gente que se esconde en la religión para tapar todas esas carencias de humanidad que no podemos o, en algunos casos, no queremos reconocer, por los motivos que sean, miedo, remordimientos, culpa.

—Entonces, ¿Qué busca mi mujer en todo eso? ¿Tiene ahora sentido su vida?

—Busca un refugio, un lugar donde no tenga que pensar y donde se sienta protegida. Un lugar donde pudiera existir algo de sosiego en la vida y una espiritualidad que la reconforte de todo lo que la pueda preocupar.

—Y yo no le valgo para eso.

—No, porque tú eres como ella, no eres divino, no tienes poderes sobrenaturales ni un conocimiento superior que la pueda convencer y dirigir hacia la verdad.

—La religión nos ayuda a superar los problemas que no tendríamos si no existiera la religión —añadió Samuel con sorna.

—Sí, pero es un tema serio y por lo tanto hay que respetarlo. Tú tampoco puedes decir que estás en lo cierto sin ningún ápice de duda. ¿Y si existe Dios

realmente? ¿Y si al final acabas en el infierno sufriendo eternamente? Es una elección muy respetable y debe ser asumida y comprendida por aquellos que no la compartimos, si no fuera así, nos convertiríamos en lo que ellos mismos son. Aunque en las religiones se profese el amor al prójimo, la bondad, la caridad, en el fondo, todos sentimos una animadversión hacia aquellos que no comparten los mismos ideales o ideas. Los excluimos, los dejamos de lado por no pensar como nosotros, e incluso llegan a organizar guerras para destruir aquello que se opone a su fe.

—Pues precisamente por eso no comprendo a mi mujer, ella no rechaza a los homosexuales, no reprime a las mujeres por el mero hecho de ser mujeres. No entiendo qué hace con ellos.

—Ya te he dicho que ella no cree en todo eso, simplemente lo utiliza como refugio, como un escondite donde no debe pensar ni preocuparse por ser de una u otra manera. Y aunque muchos no lo sepan, es ese el motivo por el que realmente existen las religiones.

La mujer que estaba con el niño lo levantó en brazos y lo alzó por encima de su cabeza. El niño comenzó a reírse. Era un sonido maravilloso, una risa franca y pura que llenaba de gozo el ambiente que los rodeaba.

—¿Crees que ella necesita la religión para ser feliz en estos momentos? —preguntó la chica señalando a la mujer con el niño en brazos.

—No, claro que no.

—¿Tú tienes hijos, Samuel?

La pregunta pilló por sorpresa a Samuel. En realidad no había hablado con ella de casi nada de su vida, y allí estaba haciendo terapia con una perfecta desconocida.

—Sí —asintió Samuel— tengo dos. Pero ya son mayores.

—Lo dices como si eso fuera algo malo. Que los hijos crezcan y sean felices es una satisfacción para los padres.

—No me malinterpretes. Estoy muy orgulloso de ellos. Ambos han sabido encauzar sus vidas y ninguno de ellos me ha dado problemas, quiero decir, problemas graves. Son buenas personas, respetuosas y educadas, y ambos tienen las ideas claras de lo que quieren hacer con sus vidas.

Samuel se dio cuenta de que la chica ya no lo miraba a él. Tenía los ojos puestos en la madre y el niño que con paso tranquilo se estaban alejando de ellos. La mujer se dio la vuelta y miró a la chica. No dijo nada, ni le hizo ninguna señal, pero la chica se levantó.

—No vemos mañana, Samuel.

Se despidió con un leve gesto de su mano y se encaminó detrás de la madre que seguía sosteniendo al niño en brazos y lo levantaba de vez en cuando para provocar sus carcajadas.

Samuel observó a las tres personas mientras se alejaban. Al contrario de lo que pensaba, conversar con aquella chica no lo había tranquilizado, más bien al contrario. Ahora parecía albergar más dudas que antes.

Según la chica debía aceptar las acciones y el comportamiento de su mujer, pues así debía ser, él ya no era imprescindible. Y en el trabajo, ya no estaba tan seguro como antes, de que estuviera haciendo lo correcto.

Una sensación de apatía lo cubrió por completo. Se sintió vacío, triste, inútil. Se quedó un buen rato observando las hileras de nichos del cementerio. Por el rabillo del ojo observó cómo la gente, que había estado enterrando a algún familiar querido, se marchaba con paso lento del cementerio. Escuchó los lamentos de algunas de aquellas personas y el corazón se le encogió todavía más.

No quiso levantarse hasta que no pasó un buen rato desde que las personas hubieran abandonado el cementerio. Pensó en su mujer, en su trabajo, en la conversación sobre la religión. Le dio vueltas y más vueltas a las cosas hasta que al final ya no pudo concentrarse en ninguna idea en concreto. Todo se entremezclaba y las dudas de volver a aquel lugar volvieron a asaltarle.

Era curioso como las personas podían pasar de la más elevada euforia a la más insondable tristeza.

Sin ganas y haciendo un enorme esfuerzo, se levantó del banco y se encaminó, cabizbajo, a su casa.

X

Cuando llegó a su casa, la oscuridad con la que fue recibido le indicó que su mujer no se encontraba en ella. Otra vez, pensó, pero se dio cuenta de que aquello ya no le afectaba, no después de todo lo que había hablado con la chica del cementerio. Era normal, su mujer buscaba una nueva vida, una diferente a la que había vivido los últimos cuarenta años. No podía reprochárselo, había sido una esposa y una madre ejemplar, se había sacrificado por sus hijos y por él y siempre había mantenido una actitud enérgica y positiva ante aquella vida que, sin Samuel saberlo, la consumía por dentro minuto a minuto.

Encendió la luz de la cocina y de nuevo encontró un papel encima de la mesa escrito con la pulcra y redondeada letra de su mujer; “Hoy volveré tarde, no me esperes. El sábado tenemos la celebración, así que, si no te apetece, puedes tomarte el día para hacer lo que quieras, prometo compensártelo. Besos. Te quiero”.

El sábado.

Arrugó el papel en sus manos y lo tiró a la bolsa de basura. Le daba igual. Tampoco podía decir que le hubiera dado importancia a esas fechas señaladas, pero, por primera vez, sintió una punzada de algo que no supo definir lo que era. ¿Rabia?, ¿Frustración? ¿Abandono?

Nunca había celebrado su cumpleaños por todo lo alto como solían hacer sus amigos y sus hijos. Para él su cumpleaños era un día en el que podía permitirse algunas licencias; salir a cenar por ahí, siempre que al día siguiente no hubiera que trabajar, o simplemente, obligarse a ver de nuevo alguna de esas películas que le encantaban y que llevaba meses o años sin poder disfrutar.

Su familia nunca lo había entendido, le decían que debía celebrar una fiesta e invitar a sus amigos para celebrarlo.

¿Invitar a sus amigos? ¿Qué amigos? Era cierto que se llevaba bien con casi todo el mundo, o al menos lo procuraba, pero ¿tenía amigos en realidad? Se detuvo unos instantes a pensar en aquello y le vinieron algunos nombres a la cabeza, sin embargo, al mismo tiempo que pensaba en cada uno de ellos, le

sobrevenía una conversación, unas palabras o algún hecho, que lo eliminaba de la lista de supuestas amistades que pudieran considerarse leales o inquebrantables.

Emitió un largo suspiro y se cambió de ropa en su habitación poniéndose algo más cómodo. Un chándal y unas zapatillas de andar por casa.

No sabía qué hacer. No tenía hambre, y su estado de ánimo no le permitía ver la televisión o disfrutar alguna de aquellas películas que tanto le gustaban.

Sin poder evitarlo rememoró la conversación con la chica del cementerio y sonrió unos instantes al recordar la parte en la que habían hablado de los hijos.

¿Cuánto tiempo llevaba sin hablar con ellos? Intentó hacer memoria pero no pudo recordarlo.

La de vivencias, buenas y malas, que habían vivido con sus hijos. Peleas, alegrías, amor, frustraciones, decepciones, orgullo. No había una sensación que no hubiera experimentado con ellos. Desde que nacieron, fueron lo más importante para él y para su mujer, hasta el punto de sacrificar sus propias vidas en beneficio de ellos. No podía echarles en cara que hubieran destrozado sus vidas, tal y como ellos la vivían.

«Los hijos no te cambian la vida... te la destrozan».

Recordaba aquellas palabras que surgieron en una conversación con uno de aquellos amigos que él podía considerar leales. Un amigo con el que, pasase el tiempo que pasase, al reencontrarse, volvían a hablar como si los meses, o incluso los años, no hubiesen transcurrido entre ellos.

Al principio su amigo había puesto el grito en el cielo alegando que la palabra *destrozar* era muy grave para definir aquella nueva situación, pero luego Samuel había intentado explicar que cuando decía destrozar no se refería a nada negativo, simplemente quería constatar el hecho irrefutable de que la vida, tal y como la conocías antes de tener hijos, desaparecía por completo; adiós a las salidas nocturnas, adiós a las cenas románticas, a viajes largos sin preocupaciones, a noches en vela viendo películas o series, a quedar con los amigos o, simplemente, adiós a las tardes ociosas sin nada que hacer tumbado en un sillón leyendo un libro.

La nueva vida no era peor ni mejor que la anterior, era diferente. Tus obligaciones, tus responsabilidades, tus anhelos, tus deseos, cambiaban, siendo sustituidas sin remedio, por la existencia de aquel nuevo miembro de la familia.

Ya no eran válidas las excusas, debías hacer un esfuerzo y aceptar, cuanto

antes mejor, que tú y tu pareja, ya no erais el centro de vuestras vidas. Si no asumías tu nueva situación, con todos los cambios y sus consecuencias, aquel rencor y aquel deseo de volver a tu estado anterior, acabaría por destruir tu relación de pareja y tu nueva vida. ¡Cuántas parejas no habían podido resistir aquel brusco giro en sus vidas y habían terminado rompiendo su relación!

Lo irónico de aquella situación era que, con el tiempo, cada uno por su lado, volvían a tener una nueva pareja, una nueva vida, para volver de nuevo al punto final y plantearse, tarde o temprano, tener hijos con su nueva pareja.

Samuel y Sara aceptaron muy pronto que todo lo anterior no volvería jamás, o por lo menos, no en un corto espacio de tiempo. Nadie los había obligado a tener hijos y por ende, la responsabilidad de criarlos y de darles lo mejor de lo mejor, era exclusivamente de ellos.

Aceptaron tanto las noches en vela sufriendo cuando se ponían enfermos, como también las alegrías cuando conseguían aquel regalo que tanto deseaban, o ganaban, el que cada semana era, sin duda, el partido más importante de su vida.

Era cierto que se te hinchaba el corazón de orgullo personal cuando los veías sonreír pensando que el responsable de esa alegría habías sido tú y se te encogía el alma cuando los veías llorar por cualquier cosa, por muy insignificante que a ti te pudiera parecer.

Se levantó de la esquina de la cama y se sentó en el lateral más cercano a la mesita de noche. Puso la mano en el auricular del teléfono y pareció dudar por unos instantes ¿quizás solo los molestaría? Pero yo soy su padre, quien sino tiene más derecho a llamarlos y ver cómo les va la vida.

Marcó con decisión el número de teléfono de su hijo *Samy* y esperó pacientemente los sucesivos tonos de llamada. Por fin escuchó la voz de su hijo.

—¿Sí?

—¡Hola! —respondió Samuel en tono alegre

—¡Hombre papá! —la voz de *Samy* mostraba verdadera alegría— ¿Otra vez utilizando el fijo? ¿Por qué no me llamas por el móvil?

—Es que estoy en casa y como tu madre no está pues he decidido llamarte para ver cómo te van las cosas. Ya que tú no te dignas a hacer una llamada.

Samy sonrió a través del auricular.

—Es que estoy muy liado. No paro de aquí para allá buscando la exclusiva que me de la fama mundial.

—Y seguro que llegará.

—¿Querías algo en concreto?

—No hijo. Solo ver como estabas. Luego llamaré a tu hermana para saber de ella. Aunque no te lo creas, ella tampoco se deja ver.

—Me lo imagino.

Samuel escuchó algunas palabras en voz baja, como si *Samy* hubiera tapado el auricular y hablara con otra persona.

—¿Sigues ahí? —preguntó Samuel temeroso de que la comunicación se hubiese cortado, aunque en el fondo empezó a sentir que ya había molestado lo suficiente.

—No, no papá —respondió *Samy*— es que tengo una sorpresa para ti

—¿Una sorpresa? —preguntó Samuel algo más tranquilo.

—Sí, bueno. Ahora te la doy. ¿Por allí estáis todos bien? ¿Y la mamá?

—Por aquí estamos todos muy bien hijo. La mamá, ya sabes, en la iglesia, con sus amigas, de juerga.

—Bueno, eso está bien, que se entretenga un poco. Ahora que ya no estamos nosotros para darle la lata, tiene más tiempo libre para disfrutar.

—¿Y tú, estás bien hijo?

—Si papá. Yo estoy muy bien y Rebeca también.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con ella? —preguntó Samuel extrañado. Sus hijos se llevaban muy bien, pero si no hablaban con sus padres, menos aún entre ellos.

—Sí, he hablado con ella ¿Quieres hablar tú con ella?

—Pues sí, claro. Ya te he dicho que luego la llamaré.

—¡Hola papá!

La voz de su hija le sorprendió.

—¡Hola cariño! —Dijo Samuel con alegría— ¿Cómo es que estás con tu hermano?

—Pues ya ves, me ha convencido para que viniera.

—¿Y eso?

—Bueno, el sábado hay una actuación de tributo a Queen aquí en Madrid y *Samy* nos ha conseguido entradas gracias a sus contactos en el periódico — luego en voz baja añadió— parece ser que poco a poco va avanzando en su carrera.

Samuel escuchó el grito de protesta de *Samy* y la exclamación de Rebeca posterior.

—¡Oye, No me pegues! —escuchó Samuel por el auricular.

Samuel sonrió y al mismo tiempo sus ojos se llenaron de lágrimas. Le

hacía muy feliz escuchar a sus dos hijos y ver que el trabajo con ellos había dado sus frutos, pero por otro lado se sentía solo, como si lo hubieran apartado de sus vidas.

—Oye papá, lo siento mucho, pero el sábado no vamos a poder ir a tu cumpleaños.

—No te preocupes hija. No pasa nada.

¿Era aquello cierto? ¿No pasaba nada?

—Al fin y al cabo —prosiguió Rebeca— no te gusta celebrarlo. Seguro que estas navidades lo celebramos por todo lo alto.

—Pues claro que sí —respondió Samuel con un nudo que le atenazaba la garganta.

—Oye, te paso a *Samy* para que se despida.

—Vale hija. Lleva mucho cuidado por ahí.

—Sí papá —respondió Rebeca en tono condescendiente—. Nos vemos. Un beso

—Un beso hi...

La voz de su hijo interrumpió su despedida.

—Bueno papá te dejo, vamos a salir un rato por ahí.

—Muy bien *Samy*. Cuídate mucho y cuida de tu hermana.

—Buff —bufó *Samy*— seguro que es ella la que tendrá que cuidar de mí.

Samuel sonrió mientras una lágrima le recorría la mejilla. Se la quitó, molesto consigo mismo, con la palma de su mano.

—Muchos besos. Os qui..

Pero la señal del teléfono ya se había cortado.

Lentamente dejó el auricular en su sitio y se reprendió a sí mismo por aquellas lágrimas. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se había puesto a llorar? ¿Eran lágrimas de alegría? No, eso estaba claro. No quería reconocerlo pero eran lagrimas por saber que ya no era aquel ser imprescindible en sus vidas y con los poderes de un superhéroe, capaz de hacer cualquier cosa para ellos. Era triste pero debía aceptar que ya no les hacía falta. «*Es ley de vida*» hubiera dicho su madre. Sí, es cierto, pero era una mierda de ley. El hecho de que ya no fuera necesario para sus hijos, no les daba derecho a tratarlo de aquella manera, ni a él ni a ningún padre.

Un padre sería capaz de dar su vida por un hijo, pero no así un hijo por un padre. La naturaleza les otorgaba aquel maravilloso don del egoísmo. Su padre estaba allí siempre, para lo que les hiciera falta, les otorgaba seguridad, cobijo, protección, pero el sentimiento era unidireccional, no viajaba en

ambos sentidos. Los hijos consideraban que sus padres tenían la obligación de hacer todo aquello, pero no a la inversa. Al contrario, los hijos exigían la legítima libertad de poder hacer lo que ellos quisieran con sus vidas, de tomar sus propias decisiones, aún cuando el consejo del padre fuera todo lo contrario. No era raro, él había hecho lo mismo con su madre y su padre. ¿Acaso no se habían comprado aquel piso en contra de todo lo que le habían aconsejado? Sí, pero había salido bien y ellos estaban equivocados.

Se sintió culpable, no debía haber pensado de esa manera, sus padres solo querían lo mejor para él, al igual que él solo quería lo mejor para sus hijos, sin embargo no pudo deshacer aquella horrible sensación de reproche ante sus hijos.

Agitó la cabeza y desplazó aquellas ideas de su mente. En cierto modo sí tenía cosas que hacer, aquella llamada de teléfono era muy importante y si quería que todo saliera bien debía planificar hasta el más mínimo detalle.

Se fue a su despacho y metódicamente fue anotando todas las acciones y los posibles contratiempos, pasó algo más de una hora delante de aquel trozo de papel. Cuando hubo terminado y consideró que todo estaba bien atado, arrugó la hoja y la tiró a la papelera.

Miró su reloj. Eran casi las diez y su mujer aún no había vuelto. Decidió no esperarla, si ella podía vivir su vida, él también, además, se notaba la cabeza cargada y los ojos hinchados por la concentración y el llanto.

Apagó la luz del despacho. Se dio una larga ducha que lo calmó. Se metió en la cama y con una sensación agrídulce en el corazón se quedó dormido.

JUEVES

XI

30 de octubre de 2018

Samuel aparcó el coche donde acostumbraba y se dirigió con paso decidido hasta la puerta principal del laboratorio, subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta de cristal adentrándose en el silencioso edificio. Únicamente la luz de la consejería le indicaba que no estaba solo en aquel vasto complejo.

—¡Buenos días! —exclamó Samuel ante la puerta de Alonso.

—¡Buenos días jefe! —respondió Alonso levantando la cabeza del ordenador.

—¿Sabes si ha llegado John? —preguntó Samuel mientras se acercaba a la mesa de Alonso.

—Todavía no —respondió mirando su reloj—. Sabe que usted es el primero en llegar y... —hizo una pausa antes de continuar— el primero en marcharse.

Samuel entrecerró los ojos ante aquella inusual acusación.

—¿Por qué dices eso?

—Ah, no lo digo yo, lo dicen los demás. Parece ser que últimamente no se queda tanto tiempo como el que ellos creen que debería.

—¡Que se jodan! —exclamó Samuel sin pensarlo.

—¡Vaya! —Exclamó Alonso—. Porque lo tengo delante de mí y lo acabo de escuchar con estos oídos que dios me dio, sino no me lo hubiera creído.

—Lo siento —se disculpó Samuel— es que estoy cansado de tantas tonterías.

—A mí no me tiene que dar ninguna explicación y, dicho sea de paso, a ellos tampoco.

Samuel suspiró

—Gracias Alonso. Oye, cambiando de tema. Tienes una copia del informe de John sobre la concesión del servicio de cafetería.

—Pues... —Alonso meditó durante unos segundos— Sí, creo que en el archivador de la derecha hay una copia. ¿Es que no tiene ninguna en su oficina?

—Pues creo recordar que John me dijo que me la iba a entregar pero no la he recibido.

—Pues sírvase usted mismo —dijo Alonso señalando el archivador—. Busque en la letra C, seguro que está en esa carpeta.

Samuel rebuscó durante unos minutos en el archivador hasta que encontró lo que buscaba. Una sonrisa de triunfo se dibujó en su rostro y, como si hubiera encontrado el santo grial, se lo guardó bajo el brazo.

—No sé por qué, pero me da, que esa sonrisa no encierra nada bueno.

Samuel lo miró y le guiñó un ojo en señal de complicidad.

—Voy a mi despacho. Hazme el favor de decirle a John que venga a verme en cuanto llegue. Necesito hablar con él.

Samuel se dio la vuelta para marcharse pero pareció pensárselo mejor.

—Alonso, hazme otro favor. Redacta una citación para todos los jefes de sección para mañana a las diez. Haz una copia para ellos y otra para que te la firmen como acuse de recibo.

Alonso abrió los ojos sorprendido.

—¿Es necesario? —Preguntó un tanto incrédulo—, lo habitual es hacerlo por vía telemática.

—Sí, pero esta vez no quiero excusas de que no lo he recibido o no he visto el correo. Cítalos a todos con el único punto del orden del día de información general, nada más. En cuanto la tengas pásamela que te la firme y la distribuyes.

—Como usted quiera jefe. Yo solo soy un mandado.

Samuel sonrió y se dirigió a su despacho.

Depositó la carpeta encima de su mesa y ni tuvo que abrirla para saber su contenido. Luego se dedicó a redactar varios escritos y el resto del tiempo lo dedicó a ordenar y organizar el disco duro de su ordenador. Cuando casi había terminado sonaron unos pequeños golpes en su puerta,

Cuando esta se abrió John asomó la cabeza y pidió permiso para poder entrar.

—Pasa, pasa —dijo Samuel en tono distendido.

John era un hombre mayor, de hecho, debía estar jubilado ya a estas alturas. Era de estatura baja pero de complexión fuerte. Tenía el pelo canoso y rizado, y la cara cubierta de marcas propias de un acné juvenil sin tratar. Lo que diferenciaba a John del resto, era su tono de voz autoritario y el uso, para decir cualquier cosa, de palabras precisas y grandilocuentes, que transmitían al resto una seguridad y confianza intimidante.

—Me ha comunicado Alonso que querías verme —dijo John mientras tomaba asiento.

—Sí —respondió Samuel al mismo tiempo que abría la carpeta que había sacado antes del archivador—. He estado estudiando el pliego de condiciones de la cafetería.

Samuel hizo una pausa esperando alguna reacción de John y pudo comprobar con satisfacción un ligero aire de sorpresa, sin embargo, lo disimuló bastante bien.

Samuel reprimió una sonrisa.

—¿Hay algún problema?

—Bueno... —dijo Samuel fingiendo analizar los datos— Me ha llamado la atención el hecho de que no sea Peter, el actual propietario, el adjudicatario, y según tu criterio deba pasar a manos de una empresa llamada —se inclinó hacia delante para leer el nombre— Consumibles S.L.

John guardó silencio por unos momentos.

—Si analizas los datos te darás cuenta de que los precios y el servicio que ofrece esta empresa, son significativamente mejores que los actuales. En mi opinión supera con creces lo que actualmente nos ofrece Peter.

Samuel lo miró durante largo rato. John, que esperaba una respuesta aquiescente comenzó a impacientarse.

—Sí, parece cierto —dijo al fin Samuel— pero... —hizo una pausa sin dejar de mirar a John— Los cálculos aplicativos del baremo no son correctos.

John enarcó las cejas, sorprendido.

—No entiendo a que te refieres.

—Según el pliego de cargos que se nos remitió desde la central, se debe otorgar una puntuación anual por la experiencia en el sector y, específicamente, se le debe añadir otra puntuación adicional por los servicios prestados en el mismo lugar al que se concursa y... —miró de nuevo el papel — he de decir que no han sido computados.

John pareció dudar al principio pero luego echó mano de su experiencia para dar las oportunas explicaciones.

—Como bien sabrás Samuel, esas puntuaciones son optativas, y no son obligatorias en su adjudicación, si no se consideran necesarias para la elección del nuevo servicio. En mi experta opinión, la empresa Consumibles S.L. ofrece mejores garantías de servicio que Peter. Si no hubiera sido de esta manera y hubiera dudas al respecto, habría aplicado el baremo adicional, claro está, pero no es el caso.

—Ya —respondió Samuel escuetamente— pero resulta que yo si tengo mis dudas.

Aquella apreciación sí pareció descolocar a John.

Desde hacía seis años John era el encargado de la compra del material y por ende del control de los gastos de la empresa en lo que la adquisición de material inventariable o fungible se refería. En muchos aspectos, Samuel no había estado de acuerdo con algunas de aquellas decisiones, pero no era justo poner en tela de juicio a su gerente económico día sí y día también, y en la mayoría de los casos había decidido correr un tupido velo de ignorancia.

Podía pasarse por alto el hecho de que el papel de oficina costara un poco más caro de lo habitual, si el aumento de calidad estaba justificado, o que la adquisición de equipo informático o de laboratorio, supusiera un mayor coste si a la larga salía más económico al comprar una mayor cantidad, pero aquello era diferente. No estaba en juego el ahorro de dinero, ni la calidad de los materiales; estaba en juego el trabajo de una persona responsable de una

familia, que lo iba a perder todo si John no aplicaba aquellos legítimos puntos que Peter debía tener por el hecho de llevar casi quince años ofreciendo sus servicios en Bapeca.

Samuel se veía en la obligación moral de no dejar pasar aquella situación por alto.

—Verás John —comenzó Samuel— Peter lleva quince años con nosotros, es cierto que algunas cosas podrían mejorar y que quizás los precios podrían ser más competitivos, pero eso no lo es todo. Una empresa como Consumibles S.L. puede ofrecer mejores precios, eso es cierto, pero la experiencia, en términos generales con Peter, ha sido inmejorable. Nos conoce y nosotros a él. No tiene problemas en abrir en determinadas fechas, y si nos tiene que hacer algún que otro favor nos lo hace. La diferencia de precio y servicio es perfectamente asumible por Bapeca, y tú lo sabes. Creo que deberíamos aplicar esa puntuación adicional al baremo para la que estamos capacitados, y permitir que Peter tenga la licencia por otros diez años. Aunque en realidad serían seis, pues es lo que le queda de tiempo para retirarse.

John escuchaba pacientemente sin decir nada, pero debajo de aquel silencio Samuel se daba cuenta de que el cerebro de John trabajaba a marchas forzadas. Se lo notaba en el rápido movimiento de sus dedos sobre la mesa y en la mandíbula tensa que se esforzaba por disimular.

—Sí, tú lo has dicho —respondió John en tono grave— le quedan seis años para retirarse y de nuevo tendríamos que sacar a concurso la adjudicación de la cantina, con lo cual, la compensación de gastos, no nos es positiva, y por lo tanto, es una muy mala elección a largo plazo.

—No creo que fuese necesario —respondió Samuel reclinándose en su sillón— El hijo de Peter continuaría con nosotros y de esa manera no tendríamos que licitar nada.

—El dueño de la empresa es Peter y no su hijo —adujo John.

—¿En serio? —respondió Samuel aparentando sorpresa. Luego pasó varias hojas de la carpeta buscando un dato hasta que lo encontró— No es así. Mira —señaló con el dedo un párrafo de la hoja que tenía delante—. La empresa pertenece a ambos. Peter e hijo. Que según creo se llama igual que su padre.

—En mi opinión, y así quiero expresártelo, considero que no es una buena elección. La relación coste beneficio no es rentable a largo plazo.

Samuel cerró la carpeta que contenía la información y fijó su mirada en John.

—Bien, hagamos una cosa. Mañana tendremos una reunión general aquí, en mi despacho.

John miró a Samuel extrañado.

—Ya te llegará la citación esta misma mañana —aclaró Samuel ante la sorpresa de John—. Como te decía, quiero que busques información sobre la empresa Consumibles S.L. y me pases un informe sobre ella para así poder tomar una mejor decisión.

—Muy bien —dijo John levantándose de la silla— No sé si tendré tiempo suficiente de aquí a mañana, pero lo intentaré. Así te darás cuenta de que la opción de Peter no es evaluable.

—Espero que tengas razón —respondió Samuel escéptico.

John se quedó mirando a Samuel con recelo. ¿Sabría algo de todo aquello? No, no era posible. Llevaba años sin entrometerse en sus decisiones ¿Por qué lo iba a hacer ahora? Se abrochó el botón central de su americana y se despidió con un leve gesto de cabeza.

Cuando John cerró la puerta, Samuel siguió con la mirada fija en ella. ¿De verdad tendría valor de llevar a cabo aquello que John se proponía? ¿Tan pocos escrúpulos podía tener una persona? ¿En que se estaba transformando todo, simplemente en poder y dinero?

Dejó de lado aquellos pensamientos y siguió modificando y analizando su disco duro. Debía tenerlo todo preparado para mañana y la cantidad de datos era abrumadora.

XII

Samuel llegó al cementerio antes de lo que él esperaba. Había salido antes del trabajo sin importarle lo más mínimo lo que pensarán de él. Ya sabía por Alonso que los demás habían empezado a murmurar sobre su relajado horario, pero le daba lo mismo. Allá ellos. Total, si no era por aquello, sería por lo otro, y nunca haría las cosas según su criterio. Durante el trayecto de camino al cementerio, había pensado en las decenas o cientos de veces que había tenido que dar su brazo a torcer para contentar las peticiones de uno y de otro, para luego terminar siendo criticado y vilipendiado, hubiera hecho lo que hubiera hecho.

Si le pedían blanco y él decía negro, aunque luego dijera blanco, entonces le decían gris, era como si no pudieran estar de acuerdo con nada de lo que él decidiera, siendo ese y no otro, el verdadero motivo de sus controversias y no la mejor o peor marcha de la empresa.

Estaba arrepentido. Arrepentido de haber dejado pasar por alto las cosas durante tanto tiempo, y no haber establecido, desde el principio, que él era el jefe y que las cosas debían hacerse como él las planteaba. Ya asumiría él las responsabilidades que podrían ocasionar, pero, en el fondo, Anthony tenía razón. Nunca quería llevarse mal con nadie e intentaba que todo el mundo estuviera contento con su gestión, aunque, pensándolo desde un punto de vista personal, ese era su trabajo; Intentar mantener un equilibrio entre todos para que las cosas funcionaran lo mejor posible. Nunca se podía contentar a todo el mundo, pero siempre se podía alcanzar el término medio que dejaría casi satisfechos a todos los trabajadores.

Estaba claro que se había equivocado. La actitud defensiva de todos ellos no cesaría nunca y debía hacerle frente como lo había hecho durante esa semana, con sinceridad, pero sobre todo atendiendo a sus propias ideas y principios, sin dejarse llevar por el «*qué dirán*» ni por la intención de contentar a todo el mundo.

Entró en el cementerio y de nuevo lo invadió aquella sensación de paz que ahora le resultaba tan reconfortante. Caminó con confianza, pues ya no tenía aquella sensación incómoda en el estómago de estar molestando a nadie.

Saludó a la persona de la entrada y de nuevo dejó de lado la sensación de que lo observaba como si fuese un bicho raro. ¿Y qué si pensaba eso de él? No lo conocía, no podía juzgarlo. Estaba allí porque quería y si le parecía raro a alguien que una persona fuera, día sí y día también, al cementerio ese era su problema y no el suyo.

Alcanzó a ver a la chica sentada como de costumbre en el banco más alejado de la entrada y se dirigió hacia ella mientras buscaba algún indicio de con quien estaría aquella tarde, para su sorpresa no vio a nadie a su alrededor, luego pensó que la chica se sentaba a esperar y les otorgaba a sus acompañantes aquella soledad tan necesaria para conversar con los seres queridos.

—Buenas tardes —dijo Samuel sonriendo y esperando con anhelo ser correspondido.

Allí estaba aquella sonrisa que hacía brillar los ojos de la chica cada vez que lo veía y que tanta confianza le infundía.

—Buenas tardes Samuel —respondió la chica sin dejar de mirarlo.

—¿Hoy estás sola? —preguntó Samuel buscando con la mirada alguna persona a su alrededor.

—Hoy he venido sola —respondió la chica— No tengo que acompañar a nadie y he venido a disfrutar de la soledad.

Samuel se mostró indeciso. Quizás la chica quisiera estar sola aquel día y él no hacía otra cosa sino molestarla.

La chica pareció intuir lo que pensaba.

—No te preocupes. En realidad, he venido para poder hablar contigo. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

Samuel se sentó a su lado y permaneció unos minutos en silencio. Nunca sabía por dónde empezar. Por suerte la chica siempre le allanaba el camino.

—Cuéntame. ¿Qué tal te ha ido desde ayer?

—Bien —respondió Samuel encendiéndose un cigarrillo. Ahora fumaba mucho más que antes, pero por extraño que le pudiera parecer, no sentía ningún remordimiento al respecto.

—Anoche hablé con mis hijos —comentó recordando la conversación con sus dos hijos de la tarde anterior y reconociendo que aquel era el tema del que quería hablar con ella.

—¿No te ha pasado nada interesante en el trabajo?

Samuel negó con la cabeza. Aquella parte de su vida parecía encauzada y no tenía la más mínima duda de que estaba haciendo lo correcto.

—En el trabajo todo va bien. Eso ya no me preocupa.

—¡Vaya! —Exclamó la chica ampliando su sonrisa— Me alegro. Hace unos días no hubieses dicho lo mismo.

—Sí —asintió Samuel— eso es cierto. Pero me estoy dando cuenta de que hay otras cosas más importantes.

—¿Como cuáles? —preguntó la chica sin mirarlo directamente. De vez en cuando levantaba el rostro hacia el cielo y parecía disfrutar de aquel tibio calor que le proporcionaba el sol de finales de octubre.

Samuel no sabía cómo enfocar el tema y al final optó por lo más sencillo. Una pregunta directa.

—¿Son los hijos lo que le da sentido a nuestras vidas?

La chica giró la cabeza para mirarlo mejor.

—¿Crees tú eso?

Samuel pareció meditar su respuesta por unos instantes. De camino al cementerio había encontrado razones para entender que así era, pero del mismo modo había encontrado razones para negarlo. Y así se lo dijo a la chica.

—Por un lado creo que podría ser la respuesta pero, si lo analizo desde fuera, no lo tengo tan claro.

—Si una respuesta te genera dudas, quiere decir que esa no es la respuesta correcta o al menos no es la respuesta completa.

—Entonces, puedo decir, según tú, que los hijos no son el sentido de la vida.

—Tú eres hijo, Samuel —dijo la chica mirando al frente— ¿Crees que tú le has dado sentido a la vida de tus padres?

De nuevo la pregunta le hizo ver las cosas desde una perspectiva diferente. Él siempre había analizado la cuestión desde el punto de vista de sus hijos, o desde el punto de vista de los hijos de todos los demás, pero no lo había analizado en sentido contrario. Nunca se le hubiera ocurrido analizar la respuesta desde su posición como hijo.

—No —fue la rotunda respuesta de Samuel—. Mis padres no han sido felices en ningún momento de sus vidas, al menos desde que los conozco. Mi madre murió hace ya diez años y mi padre sigue con su vida sin parecer importarle lo que hago o cómo me va. Va a cumplir ochenta años y se comporta igual que hace diez y hace veinte. Igual que cuando yo estaba presente en sus vidas e igual que cuando yo no estaba.

—No me refiero a eso —contestó la chica— me refiero al hecho de que si

tú, con tu presencia, les has dado alguna vez sentido a la vida de tus padres.

Samuel volvió a mirarla enarcando las cejas.

«Tú —dijo la chica señalándolo— con tu forma de ser, con tu existencia, con tus acciones y tus hechos, ¿Les has dado algún sentido a la vida de tus padres?»

Otra vuelta de tuerca a sus pensamientos. Aquella chica no dejaba de sorprenderlo ¿Cómo alguien tan joven podía albergar unas ideas tan opuestas a lo que la gente común piensa?

—Pues. Visto desde esa perspectiva diría que no. En cualquier caso, lo que yo les daba a mis padres eran preocupaciones, responsabilidades, desasosiego, inquietudes y un largo etcétera de sin sabores en su día a día.

—Igual que el trabajo o igual que si tuvieras una mascota a la que tuvieras que cuidar.

—Hombre —dijo Samuel con una media sonrisa— yo no lo compararía con una mascota.

—Pues si lo analizas fríamente es casi lo mismo, con la única diferencia de que los seres humanos tenemos el instinto de protección algo más desarrollado que el resto de animales, aunque únicamente sea por el lenguaje y la necesidad de transmitir conocimientos ajenos al simple hecho de sobrevivir. Ética, moral, derechos humanos, convivencia, respeto ante lo ajeno o lo diferente, y poco más.

—Mucha gente pondría el grito en el cielo si te oyera decir esas palabras —dijo Samuel algo más serio

—Es comprensible. Para casi todas la madres y algunos padres, los hijos se tornan en lo único importante en sus vidas, dejan de lado todo lo demás y defienden con uñas y dientes a sus hijos, todo gira en torno a ellos, sin importarles lo más mínimo su propia persona pero, si buscas el sentido de la vida, éste debe ser propio, interno a ti, y no depositarlo en otra persona, aunque esa persona sea tu hijo y sea lo que más quieres en esta vida, eso se corrobora en la certidumbre de que, para muchas personas, cuando sus hijos se alejan o abandonan el hogar, su vidas pierden su razón de ser y, por lo tanto, tienden a decir que son sus hijos los que le daban sentido a sus vidas.

—¿Y no están en lo cierto? —preguntó Samuel.

—Evidentemente no es así —respondió la chica— ¿Qué sucede con las parejas que no tienen hijos? ¿Qué sucede con aquellos padres que pierden a sus hijos? ¿Sus vidas ya no tiene sentido? ¿Sus vidas no tenían sentido hasta que no tuvieron a sus hijos? No es lógico por tanto pensar que son los hijos el

verdadero sentido de la vida.

—Los sacerdotes no pueden tener hijos —comentó Samuel apoyando la idea de la chica.

—Cierto, y sin embargo se erigen en docentes de la vida misma e incluso te dan consejos de cómo criar a un hijo o de cómo educarlo. ¿Qué sentido tiene que una persona que no puede tener hijos, por voluntad propia, o que nunca ha compartido la vida con otra persona, te de consejos de cómo llevar adelante una relación o de cómo educar a un hijo? Únicamente la experiencia nos capacita para hablar sobre ello, y en este caso, ellos mismos se han negado esa experiencia.

—Pero para ellos la religión les da el sentido a sus vidas.

—No te confundas, no es la religión, son las respuestas, acertadas o no, lo que los mantiene, es un apoyo, un consuelo, independientemente de que las respuestas sean correctas o no lo sean. Esto ya lo hemos hablado.

—Pero entonces, ¿no tiene por qué haber un sentido de la vida? ¿Puede ser que hubiera diferentes sentidos de la vida para cada persona o incluso diferentes sentidos de la vida dependiendo del momento en el que te encuentres?

—Eso es hacer trampa Samuel —dijo la chica con una tímida sonrisa— No puede ser que ahora me sirva una cosa y luego me sirva otra. No niego que tenga lógica —comentó la chica con rapidez al ver que Samuel iba a protestar — pero el sentido de la vida debe ser único y válido para todos, de no ser así la pregunta no sería ¿cuál es el sentido de la vida? sino ¿cuáles son los sentidos de la vida? y lo que para unos es válido, para otros no lo es. No Samuel, debe haber algo que le dé sentido a todo y a todos, al mismo tiempo.

—¿Y eso es lo que tú me vas a decir? —pregunto Samuel con sorna.

—Sí —respondió la chica sonriéndole— pero te lo diré mañana. Ese era el trato.

Ambos permanecieron en silencio durante un buen rato. Al contrario de lo que Samuel podía esperar, no se sentía incómodo en aquella situación y, por primera vez en mucho tiempo, no sentía la necesidad de llenar aquel vacío con palabras.

Se encendió su tercer cigarrillo y la chica se levantó de su lado.

—Debo marcharme —le dijo con aquella dulce sonrisa— mañana nos vemos.

Samuel la observó mientras se adentraba por los pasillos del cementerio y no dijo nada. Miró a ambos lados sin saber qué hacer y pasaron unos minutos

mientras se acababa el cigarrillo. Luego una idea se le cruzó por la cabeza y se levantó decidido.

Volvió al camino principal de la entrada y caminó adentrándose en él. Contó tres hileras a su izquierda y luego giró en aquella dirección. Pasó por el lado de algunas personas que estaban allí cambiando las flores o simplemente sentadas frente a algún nicho, y comenzó a buscar con la mirada en la tercera fila de las lápidas. Era lo único que recordaba de aquel día. Tercer pasillo y tercera fila de nichos.

Cada vez llevaba el paso más lento hasta que por fin dio con lo que buscaba. Allí estaba. La lápida de su madre.

Suspiró largamente mientras la observaba. Quiso decir algo pero no pudo. Se miró a sí mismo y se sintió ridículo. No tenía nada que decirle. Enfadado por algún motivo que no quería reconocer, se giró y desanduvo el camino hasta la salida del cementerio. Un nudo le oprimía el estómago e hizo un esfuerzo por no hacerle caso.

Subió al coche y se encaminó hacia su casa. Con suerte su mujer aun no se habría marchado.

XIII

En cuanto abrió la puerta de su casa supo que Sara estaba en ella. La luz del largo pasillo estaba encendida y a lo lejos escuchaba la voz de su mujer hablando con alguien.

Se vació los bolsillos en el cajón del recibidor y se puso unas cómodas zapatillas de andar por casa.

«Sí claro», escuchaba a lo lejos.

¿Con quién estaría hablando? No eran horas para que alguien estuviera en su casa y a ella no le entusiasmaban las visitas inesperadas. Luego sonrió al darse cuenta de que lo más probable era que estuviera hablando por teléfono.

Efectivamente, cuando entró en la habitación de matrimonio la vio hablando con alguien por teléfono, sentada en la misma esquina de la cama en la que él se había sentado para llamar a sus hijos el día anterior.

—¿Quién es? —le preguntó Samuel en apenas un susurro.

—Es mi madre —dijo ella articulando las palabras sin emitir ningún sonido.

Samuel asintió y empezó a cambiarse de ropa.

—Claro mamá, sin problemas —escuchó que decía su mujer— el domingo. Sí.

El domingo, pensó Samuel. ¿Qué pasaría el domingo? No quiso darle vueltas, ya se lo comentaría Sara. Terminó de ponerse el batín y en ese mismo instante su mujer colgó el teléfono.

—No me lo puedo creer —dijo preocupada mientras miraba su reloj— llevo casi una hora hablando con ella por teléfono, y es que cuando mi madre se pone a hablar no hay quien la pare.

Samuel sonrió. La relación de Sara con su familia era poco menos que inverosímil. No soportaba a sus padres, y casi no se hablaba con su hermana, sin embargo, siempre les hablaba con naturalidad, casi con aprecio, diría él.

Los padres de Sara no podían ser más egoístas. Desde pequeña siempre le habían echado en cara hasta el más mínimo detalle de lo que hacían por ella. Ropa, cremas, calzado, gastos diarios, comida, y cualquier cosa que se les ocurriera, se la restregaban por las narices, haciendo que se sintiera culpable

por el mero hecho de haber nacido.

Ambos padres de Sara trabajaban, y cuando Sara cumplió los doce años la dejaron a cargo, tanto de la casa, como de una hermana pequeña de seis años para que la cuidara. Todo ello por ahorrarse el dinero que le pagaban a una mujer que se ocupaba de ambas. Era evidente que en aquella época no podía resultar extraño, pero dadas las circunstancias, no era lo más adecuado.

Sara se levantaba por las mañanas y se ocupaba de arreglar las camas, preparar el desayuno, vestir a su hermana pequeña y llevarla al colegio. Después de terminar las clases en el instituto Sara se encargaba de recogerla, preparar la comida, la suya, la de su hermana y la de sus padres. Ponía la mesa, se ocupaba de que su hermana comiera y luego recogía y preparaba la mesa para sus padres.

Los padres de Sara llegaban a casa sobre las cinco de la tarde, a mesa puesta, y aun así, ella se encargaba de prepararles los cafés y de terminar de fregar los platos.

Por la tarde se dedicaba a hacer los deberes del día siguiente y por la noche caía rendida antes de las diez pues, a la mañana siguiente sus padres debían volver al trabajo y todo volvía a repetirse.

Eso sí, su madre le preparaba los ingredientes de la comida del día siguiente y la interrogaba de todos los pormenores del día, para averiguar si había hecho todo lo que se esperaba de ella.

Un gran disgusto se instalaba en su casa si en alguna ocasión a Sara se le olvidaba o no le daba tiempo de limpiar algún rincón de su casa, y es que en eso su madre era exigente a más no poder, y todos los días se debía barrer, pasar la mopa y limpiar los baños.

La vida de Sara era un bucle cerrado. Un día tras otro, se repetía la misma rutina y, para una niña de doce años, aquello era una muerte en vida.

Cuando Sara se hizo mayor comenzaron los esperados problemas emocionales, hasta que un día se le ocurrió protestar por aquella vida que ella no había elegido, la respuesta de su madre no pudo ser más egoísta y lapidaria.

«Yo traigo las lentejas y tú las cocinas»

Cierto era que la vida de sus padres no era muy cómoda, trabajaban ambos de vendedores ambulantes, oficio heredado de los padres de su padre, sus abuelos, y comenzaba a las cinco de la mañana y terminaba a las cinco de la tarde, pero tal y como Sara pensaba, ella no era la culpable de aquella elección de vida de sus padres.

¿Qué responsabilidad tenía ella de aquel horario, de aquella elección y más aún, de tener una hermana pequeña de seis años que había venido al mundo por decisión de sus padres?

Así, la vida de Sara había sido un infierno, sin infancia, sin adolescencia, sin amigas, solo con obligaciones, deberes, estudios y el cuidado de su hermana que, dicho sea de paso, tampoco es que colaborara mucho con ella, pero ¿qué culpa tenía la pobre chiquilla? Solo tenía seis años cuando el infierno de Sara comenzó y no era consciente de casi nada de lo que la rodeaba.

Otra cosa muy distinta fue cuando ambas crecieron y la vida se complicó aún más si cabe. Salvo los tres años que Sara estuvo en un colegio mayor estudiando la carrera de económicas, el resto del tiempo lo pasó cuidando de la casa, de sus padres y de su hermana.

Su hermana, como cualquier adolescente, pasaba de todo lo que la rodeaba y cuando ayudaba a su hermana lo hacía de prisa, corriendo y sin llevar a cabo las cosas con el esmero y cuidado que la madre de Sara exigía, por lo que Sara, para evitar conflictos, rehacía y mejoraba las tareas mal acabadas de su hermana, para evitar que su madre la tomara con ella.

Cuando Sara terminó los estudios comenzó a prepararse las oposiciones, pero aquello era misión imposible. Para agregar más ingredientes amargos a aquella vida, su abuela se trasladó a vivir con ellos, aunque en realidad debía decir, con ella, pues sus padres seguían con aquel horario y su hermana estudiaba y salía con las amigas como si aquello no fuera con ella.

Muchas veces su hermana pequeña le reprochaba sus quejas y su actitud alegando que no era para tanto, que si no trabajaba, bien podía ocuparse de la casa y de la abuela, pero claro, una cosa era ocuparse temporalmente de una situación eventual y pasajera y otra cosa era llevar más de quince años haciendo todo aquello, sin una sola palabra de ánimo ni de aliento, sin recibir una palmadita en la espalda y ni tan siquiera las gracias por la comida del día a día y por mantener la casa limpia y arreglada.

Las personas tienden a juzgar las situaciones sin tener presente el tiempo que llevan sucediendo. Es imposible hacer ver a nadie cómo te sientes por algo, si esa persona no lo ha vivido antes y durante el mismo tiempo.

Luego Samuel la conoció. Tal y como ella le iba hablando, entendía todos los problemas psicológicos que presentaba de autoestima y de relaciones sociales, a decir verdad, se sorprendió de lo estable que se encontraba dada la situación.

Samuel se enamoró de ella en cuanto la conoció. Pasaron toda la noche hablando en las fiestas de su pueblo y a los cuatro días Samuel la llamó para quedar con ella y así comenzó todo.

No fue una sorpresa para Samuel enterarse de que Sara no les había dicho nada a sus padres, pues se temía lo peor, pero una noche que Sara estaba enferma y sin que Samuel pudiera resistirlo, se presentó en su casa para hacerle una visita y de esa manera, conocer a sus padres.

La acogida fue fría, aunque educada. Samuel estuvo con ella aquella tarde y sus padres terminaron por acostumbrarse a su presencia.

A los seis años de noviazgo, y no después de salvar numerosos obstáculos en su relación y con la relación con sus padres, decidieron casarse e irse a vivir juntos al ático donde llevaban viviendo hasta el día de hoy.

Alguna que otra vez, Samuel había intentado hablar con los padres de Sara, pero resultaba imposible hacerles ver que aquello que habían hecho con su hija era imperdonable, aun así, seguían en sus trece de que habían sido los mejores padres del mundo.

A Samuel se le tensaban todas los músculos del cuerpo cuando recibía consejos o frases de cómo se debía criar a los hijos de parte de su suegra o de cómo educar a sus hijos por parte de su suegro, hasta que un día no pudo más y les soltó todo lo que llevaba años reprimiendo.

—Pero ¿Qué estás diciendo? ¿Qué criar a un hijo es lo más difícil del mundo? ¿Pero cuando has criado tú a alguien? Dejaste a Sara cuando solo tenía dos meses al cuidado de otra persona, su abuela, la cual te mandó a la mierda cuando Sara cumplió los ocho años y luego tuviste a una mujer para cuidarlas. Además, te ibas cuando estaban durmiendo y volvías cuando ya solo faltaban tres horas para que tuvieran que acostarse. Cuando hablas de criar o cuidar a una persona, ¿A qué te refieres? Porque yo no lo entiendo.

Desde aquel día la madre y el padre de Sara evitaban hablar de la educación que ambos les daban a sus hijos, y tanto Samuel como Sara lo agradecieron.

Aun así, insistían en que sus hijas debían de estar muy agradecidas con ellos, pues no les había faltado de nada y además, debíamos ir a visitarlos regularmente y llevarles a los nietos para que los vieran y disfrutaran de ellos siempre que quisieran, así como en fiestas de santos, cumpleaños o días señalados, navidad, reyes, etcétera, etcétera.

Para Samuel lo más incomprensible era que, después de tantos palos, insultos encubiertos y desprecios, seguía tratándolos con amabilidad y dulzura.

Más incluso que a él mismo cuando reñían. Él no lo entendía, para Sara era más fácil perdonar a sus egoístas padres que a su marido con el que podía pasarse días enteros sin hablar por algún problema, o como era la mayoría de los casos, por no haber hecho lo que ella esperara que hiciera.

Por suerte, el tiempo pasaba y, poco a poco, la cordura se impuso en su casa y cuando surgían problemas se hablaban y cuando algo no salía como se esperaba, se discutía, y se intentaba pedir perdón o aclarar los malentendidos para que no volviera a suceder. Lo hacía por ellos mismos y también por sus hijos, que se sentían violentos cuando papá y mamá se peleaban y con su sexto sentido, propio de los niños, intuían que algo no iba bien y preguntaban qué le pasaba a mamá o por qué estaba triste papá.

Cuando sus padres querían algo y Sara quería dárselo, Samuel no protestaba, solo quería ver feliz a su mujer y por lo tanto, ponía buena cara ante cualquier situación y se mordía la lengua una y mil veces cuando estaba con sus suegros o con su cuñada y su marido.

Y allí estaba ella, hablando con su madre y comentando algo referente al domingo.

—¿Qué pasa el domingo? —preguntó Samuel mientras se colocaba de nuevo las zapatillas.

—Mi madre quiere que vayamos el día de todos los santos a comer y le he dicho que sí.

Samuel sabía que no debía decir nada, simplemente debía agachar la cabeza y asentir, pero esta vez no pudo hacerlo.

—¿Por qué le has dicho que sí?

—Pues, no sé. Siempre vamos el día de todo los santos a comer, así me ahorro tener que cocinar.

—¡Ya!, pero no crees que va siendo hora de decirles que no

—¿Es que no quieres ir? Si no quieres ir me lo dices y se lo digo.

Samuel suspiró lentamente para coger fuerzas.

—Pues mira sí. No vamos a ir y sabes porqué

Sara se quedó paralizada mientras se arreglaba el pelo en el espejo. Miró a Samuel esperando la respuesta.

—Porque estoy cansado de tener que aguantar el mal rollo que tenemos después de cada vez que vamos. Tu padre siempre dice algo hiriente y tu madre te va a echar en cara que ha comprado langostinos para comer, que si fuera por ella comeríamos sopa de arroz y un trozo de pan.

Sara sabía que Samuel tenía razón, pero eran sus padres y no quería que a

estas alturas, se tambalearan los débiles cimientos sobre los que se sostenía la relación con ellos y con su hermana.

—También va a ir Silvia, mi hermana, con George.

—¡Pues peor me lo pones! —exclamó Samuel abriendo los brazos—. Acaso se puede hablar con ellos, siempre están a la defensiva, digas lo que digas o diga lo que diga, siempre tienen que llevar la razón ellos y yo ya estoy cansado.

Silvia la hermana de Sara había madurado bastante, el hecho de haber tenido dos hijos y de darse cuenta, hasta cierto punto, por lo que había tenido que pasar su hermana la habían hecho tratarla de otra manera, pero era solo en ocasiones puntuales. La mayoría de las veces se aliaba con su marido George, una persona que no sabía discutir con otra persona. Si no estabas de acuerdo con algo de lo que decía, lo consideraba como un insulto hacia su persona y sus ideas. Todo se lo tomaba como un ataque personal. En esos casos, que eran los que más, se pasaba el resto de la comida refunfuñando y respondiendo a cualquier persona con monosílabos. George era incapaz de darse cuenta de que si no estabas de acuerdo con sus ideas, o con sus planteamientos, no era ningún ataque personal, simplemente era eso, un simple e inofensivo desacuerdo.

—Entonces, ¿qué les digo? ¿No vamos?

Samuel suspiró resignado e intentó serenarse. Sara no tenía la culpa de la personalidad de su familia.

—Yo por mi parte no iría, no me apetece pasarlo mal y que luego tengamos que pasarlo mal en casa, rememorando todas las *patadas* e indirectas que nos han ido dando y planteándonos lo que tendríamos que haber dicho y que no hemos dicho simplemente por no crear más problemas.

—Pues dile lo que piensas y ya está.

—Como si eso fuera tan fácil —Samuel se sentó en la cama e intentó convencer a su mujer— Cuando ellos dicen algo hiriente u ofensivo nosotros no tenemos derecho a enfadarnos o a molestarnos, sin embargo, si le replicas y les dices algo ofensivo o hiriente, en respuesta a lo que ellos sí han podido decirte a la cara, entonces el malo soy yo. No es justo y lo sabes

—Ya pero...

—Sí, ya sé lo que me vas a decir —la interrumpió Samuel antes de que prosiguiera— pero no es una excusa. Tus padres serán ya mayores, pero no son tontos ni tienen demencia senil. Que no se den cuenta de que están diciendo palabras que hacen daño, no es problema mío. Alguien debería

decirles que eso no está bien.

—Ya sabes que no lo entienden de esa manera, ellos piensan que no están diciendo nada malo.

—Pero si lo hacen, y por lo menos podrían mostrar un mínimo de respeto por los sentimientos de los demás. Vale que no entiendan que a una persona le siente mal lo que le has dicho, pero respeta el malestar de esa persona y no lo digas o, al menos, discúlpate si la has ofendido si no era esa tu intención. Es que parece que si no dicen lo que les pasa por la cabeza, no se sienten a gusto, como si tú no te dieras cuenta de lo imbécil que eres, si no te lo dicen ellos

Sara miraba a Samuel sorprendida. Nunca antes le había hablado de esa manera y después de tantos años, se la hacía muy difícil el porqué de esa reacción ahora, a estas alturas de sus vidas.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo en el trabajo?

Samuel pensó en contárselo todo, hablarle de lo de la chica del cementerio, de lo que había hecho en el trabajo, de las decisiones que últimamente estaba tomando, pero la miró a los ojos y pensó que aquello solo la preocuparía más. Era cierto que la chica le había dicho que dijera la verdad, pero si algo había aprendido era que, decir la verdad, solo te ocasionaba problemas si no estabas dispuesto a asumir las consecuencias de hacerlo.

Hizo un intento por dejar el tema aparcado y buscó un cambio de rumbo en la conversación.

—Sabes que ayer hablé con los chicos —comentó sin responder a la pregunta de Sara.

—¡Ah sí! —el rostro de Sara se iluminó— ¿Cuándo? ¿Cómo están? ¿Hablaste con los dos?

Las preguntas salían disparadas sin que Samuel tuviera tiempo de responder a ninguna de ellas. Sara se sentó a su lado en la cama expectante ante las respuestas.

—Sí, están los dos muy bien. De hecho están juntos.

Sara lo miró extrañada.

—Reb y Samy van a ir juntos al concierto en homenaje a Queen de este fin de semana.

—Es cierto —respondió Sara pensativa— lo he visto anunciado por televisión. Estaría genial que nosotros fuéramos también.

—Sí —respondió Samuel a media voz.

—Pero claro, no podemos, este fin de semana es la fiesta mayor y estamos

muy ocupados.

—Sí —respondió Samuel de nuevo mordiéndose la lengua.

—Pero... ¿estaban bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Los llamé yo a ellos y estaban juntos. Hablé con los dos y siguen felices y comiendo perdices.

—Eso es bueno —comentó Sara dándole una palmada a Samuel en la rodilla y levantándose de la cama.

Sara miró su reloj y se llevó las manos a la cabeza.

—Tengo que irme. Ya hablaremos de lo de mis padres.

Samuel ya sabía lo que significaba eso. Irían y no había nada más que discutir.

—No te acuestes muy tarde cielo —le dijo mientras le daba un suave beso en la mejilla— aunque igual vengo yo antes de que te hayas acostado, esta todo casi terminado y solo vamos a perfilar algunas cosillas.

Samuel observó cómo desaparecía por la puerta de su habitación y se quedó allí sentado mirándose las zapatillas.

Pasaron varios minutos en los que Samuel no se movió de la cama. Seguía pensando en todo lo que acababa de hablar con su mujer y sintió que la rabia aumentaba por segundos.

¿Por qué no se tomaban en serio sus ideas? ¿Por qué su mujer o sus hijos no pensaban un poco más en él y lo trataban con mayor respeto ante sus opiniones? No los culpaba. Él los había acostumbrado a eso. Él que nunca se quejaba. Él, que siempre estaba dispuesto a hacer todo lo que los demás le pedían. Él, que no soportaba estar enfadado con nadie y que siempre buscaba llevarse bien con todos, pero, ¿si él podía hacer eso por los demás, porque los demás no lo hacían por él? ¿Estaba siendo egoísta? ¿Se comportaba como un niño mal criado que simplemente busca un poco de cariño de sus padres?

Estaba cansado. Cansado de ser siempre el que daba su brazo a torcer, cansado de buscar reparar las malas situaciones o aliviar las tensiones entre sus amigos, sus trabajadores o entre sus familiares. Si alguien se enfadaba, ahí estaba Samuel para gastar una broma y relajar el ambiente, si las personas querían algo, allí estaba Samuel intentando dárselo, aún a costa de su propio bienestar.

Llevaba meses hablando con su cuñada y su cuñado como si no pasara nada e incluso su propio cuñado lo había bloqueado en el whatsapp. ¿Quién coño tiene valor suficiente de bloquear a una persona que es de tu propia familia en el whasapp y luego seguir comiendo contigo y hablar como si no

pasara nada?

Recordó las decenas de veces que se había dicho a sí mismo que ya no volvería a quedar con ellos nunca más. Lo que más daño hizo a Samuel, el punto de inflexión en la relación con el mundo, fue la vez que estuvo ingresado en el hospital y nadie fue a verlo. Nadie, salvo su madre y Sara, lo visitaron. A Sara la llevaba su padre en el coche y éste ni siquiera se dignaba en bajar para ver cómo se encontraba. Su hija Rebeca era pequeña y no podía quedarse sola en casa y su suegra no quiso quedarse con el bebé para que Sara pudiera pasar la noche con Samuel en el hospital.

No quería dejar solo a su suegro, decía.

Cierto era que no tenía nada grave, al menos no para el resto, una infección de orina, nada más. Pero para Samuel significó mucho, el hecho de que nadie fuera a verlo al hospital. Únicamente su padre, la persona que menos hubiera pensado, fue el único que pasó las noches con él. Aquello le dolió en lo más profundo.

De nuevo pensó que quizás era un egoísta, pero lo borró de inmediato de su cabeza. Ya estaba bien. Él siempre había mostrado su predisposición a ayudar fuese lo que fuese y cuando llegaba el momento de ver una simple recompensa, allí se quedaba. Solo, como en esos momentos, con sus ideas y sus palabras.

Samuel, el que nunca estaba triste, nunca tenía necesidad de nada, nunca le faltaba de nada, siempre estaba bien. Puede que fuese cierto, pero una cosa no quitaba a la otra, que una persona muestre siempre una actitud positiva, no significa que no necesite ser apreciado y valorado de vez en cuando.

Su padre. Pensó en su padre. Aquel hombre egoísta y derrochador que había hecho de la vida de su madre un infierno. ¿Por qué no lo quería? ¿Por qué no lo trataba con el mismo cariño que él trataba a sus hijos? ¿Tan mal hijo había sido?

Se levantó de la cama y se fue al comedor. Volvió a sentarse en el sofá y se dispuso a encender la tele, pero algo en su cabeza se lo impidió. ¿Y si podía conseguir ahora las respuestas a esas preguntas? Descolgó el teléfono y marcó el número de la casa de su padre.

XIV

Sonaron varios timbres antes de que el teléfono se descolgara. Una voz ronca contestó por el auricular.

—¿Sí?

Su padre siempre contestaba al teléfono de la misma manera. ¿Sí?

—Hola papá soy yo.

—Hola —el tono había cambiado y una profunda decepción impregnaba aquella simple palabra.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

—Sí —respondió como si estuviera hastiado de hablar— ¿y por ahí va todo bien?

—Sí. Aquí estamos. Pasando días.

—Eso es bueno. ¿Querías algo?

¿Quería algo? Pensó Samuel. En realidad quería muchas cosas, pero no sabía ni por dónde empezar. ¿Cómo le podía plantear alguna pregunta a aquella persona a la que él llamaba padre? Un padre que aunque nunca lo había tratado mal, siempre lo había hecho sentir inferior y una persona de poco valor.

—Solo quería saber cómo estabas, llevamos mucho tiempo sin hablar.

—Pues que quieres que te cuente, todo sigue igual.

Un silencio incomodo se instaló entre ellos, ¿Bajo qué circunstancias se podía dar un silencio incómodo cuando un padre hablaba con su hijo?

Samuel no sabía cómo enfocar aquella situación. ¿Que debía decir? ¿Cómo plantearle a un padre que dijese los motivos por los que no estaba contento con su hijo? No se planteaba el hecho de que lo quisiera o no, eso no lo podía poner en duda, sería algo muy duro de asimilar, pero sí, el hecho del porqué no le demostraba la más mínima muestra o indicio de quererlo, aunque fuese a su manera.

—Oye papá, ¿por qué me hablas en un tono tan frío?

La pregunta resultaba ridícula, pero no sabía cómo llegar al fondo de su inquietud.

—¿Tono frío? ¿Qué tono quieres que use?

—Bueno papá, siempre que hablamos me da la sensación de que no quieres hablar conmigo, de que...bueno, de que te molesto si te digo alguna cosa.

—¡Que va, no me molestas!

De nuevo el silencio, aquel silencio que parecía decir muchas más palabras hirientes que unas simples frases entrecortadas.

—Es que siempre tengo esa sensación. ¿No te gusta que te llame?

—No entiendo lo que me dices Sam. Yo estoy bien.

—Si papá... tú estás bien... pero yo no.

—¿Y qué te pasa ahora? —preguntó con evidente hastío.

—¿Ahora? Parece que solo escuchas quejas cuando te llamo, no recuerdo haberme quejado nunca.

—Bueno, ahora ya no te quejas, pero antes no parabas.

—¿Antes? ¿Antes, cuándo?

—Pues cuando eras pequeño. Oye mira déjalo. No me apetece hablar de todo esto. ¿Los críos están bien?

—Si papá. Todos estamos bien.

—¿Samy sigue estudiando o ya está trabajando?

—No papá, está trabajando temporalmente en un periódico de la ciudad.

—Más le valiera ponerse a hacer algo de provecho y dejarse de tantas tonterías, pero claro, después de todo, tampoco me extraña.

—¿Por qué dices eso papá? Samy está haciendo lo que tiene que hacer.

—Pero si tiene ya, ¿cuántos? ¿Treinta años?

—No papá, tiene veintitrés años.

—A su edad yo ya llevaba media vida trabajando.

—Bueno, yo empecé a trabajar también a los veintitrés y no me ha ido mal.

Su padre no dijo nada y Samuel percibió algo acusatorio en ese silencio, algo que nunca antes había sentido.

—¿Es eso? —preguntó Samuel sin poder creérselo.

Silencio.

—¿Es porque estudie durante tanto tiempo? Mamá me animaba siempre a que estudiara para que en el futuro fuera un hombre de provecho.

—Mamá siempre hacía cosas muy raras

—¿Cosas muy raras? —Samuel sentía como crecía poco a poco una rabia interior, una rabia que sabía, le iba a resultar muy difícil controlar— No creo que sea raro que una madre quiera que un hijo estudie para luego poder ganarse la vida.

—¿Y de qué te ha servido? Tanto estudiar, tanto estudiar, para luego sentarte en una silla y pasar las horas muertas delante de un ordenador. Eso no es trabajar.

—¿No, papá? ¿Y que es trabajar?

—Pues lo normal. Trabajar es sudar, es levantarte todos los días con el sol y acostarte cuando todos están dormidos después de haber hecho algo productivo, algo que se pueda ver y no todo eso que haces tú y tus hijos. Eso no es un trabajo.

—No papá, claro que no —respondió Samuel en tono irónico— lo normal es levantarte por las mañanas y descargar camiones para luego volver a llenarlos, rompiéndote la espalda día tras día para que te paguen una miseria y luego te lo puedas gastar en Dios sabe qué.

—Mira tus primos —prosiguió el padre de Samuel sin hacer caso de la última acusación de su hijo— A los quince años ya estaba llevando dinero a casa, ayudaban a su familia esforzándose y aportando algo.

—Claro papá, lo más importante era el dinero, el dinero para poder gastártelo en algo que solo tú sabes— Samuel no se daba por vencido e insistía en aquel miserable detalle de su vida que los había hecho pasar tantas penurias, a él y a su madre.

—Lo que yo hiciera con mi dinero no es asunto tuyo ni de nadie.

—¿Aun sigues haciéndolo verdad? ¿Aun sigues gastando dinero y sacando préstamo tras préstamo arruinándote cada año más para satisfacer tus necesidades que, dicho sea de paso, nadie conoce y nunca te has dignado en explicar? ¿No eras consciente de que tus actos afectaban tanto a la mamá como a mí?

—¿A ti? ¿En qué sentido? ¿Te ha faltado alguna vez algo? Siempre has podido tener todo lo que querías, si necesitabas libros, ropa o zapatos allí lo tenías. Caprichos, juguetes, un ordenador...

—No me refiero a eso papá. Yo les compro a mis hijos todo lo que necesitan y procuro ayudarlos siempre, pero a diferencia de ti, yo no les guardo rencor por ello. No pienso que no estoy en la obligación de darles todas esas cosas, ni los culpo por ello. Aunque no trabajen. Es mi obligación como padre y jamás se lo echaría en cara.

—Ni yo tampoco.

—Acabas de hacerlo papá —Samuel suspiró, rendido, frotándose los ojos con la mano libre— No te das cuenta pero siempre lo has hecho de esta manera. Me culpabas a mí y a la mamá de no tener dinero para tus cosas.

—A tu madre le daba igual todo eso, ella solo tenía ojos para ti y para su familia. Nunca se ha preocupado por otra cosa.

—¿Y cómo querías que se preocupara por un hombre que se iba sin despedirse, volvía cuando le daba la gana, nunca ayudaba en casa y al final de cada mes, aumentaba la deuda con el banco?

—¡Eso es mentira! —Exclamó el padre de Samuel con la respiración agitada —Yo tenía mis gastos y no tengo que seguir dando explicaciones por eso. Me estoy poniendo nervioso y no quiero que me hables así.

—No quieres que te hable así, porque no te gusta escuchar lo que te digo.

—No, no me gusta y no eres nadie para decirme nada.

—¿No soy nadie papá? Soy tu hijo.

Samuel escuchó un bufido a través del teléfono.

—Mi hijo. Mi hijo. Tú nunca te has preocupado de nada, siempre lo tenías todo hecho, todo arreglado. Siempre tenías a la mamá para que te hiciera todas las cosas.

—¿Y que querías que hiciera?

—Que fueras un hombre, que te valieras por ti solo, como tus primos. Esos sí que se han hecho hombres y saben cómo llevar sus casas. Sus mujeres no le dicen lo que tienen que hacer y trabajan la gota gorda para llevar el pan a sus casas. Seguro que nadie le pregunta en que se van a gastar ese dinero, ni les reprochan lo que hacen o lo que dicen.

Samuel apretaba tan fuerte el auricular del teléfono que los nudillos estaban blancos.

—¿Es eso papá? ¿No he sido un machote que se fuera por ahí buscando pelea o trabajando en la construcción? ¿No he sido el hombretón que tú querías para compartir contigo esos momentos de macho ibérico?

—Pero que ibas a compartir, si te pasabas todas las tardes tocando el piano y estudiando libros y libros. Si con diez años ya te tuvimos que poner gafas. Mírame a mí. Tengo casi ochenta años y aun veo como cuando era niño.

Samuel aflojó la presión e hizo un esfuerzo por relajarse. No podía sacar nada bueno de todo aquello. Se dio cuenta de que en el fondo ya lo sabía, ya sabía que había decepcionado a su padre al ser un niño mimado y empollón, que solo dedicaba el tiempo a estudiar y leer libros en vez de trabajar o salir de juerga con sus amigos del barrio a fumar, beber o simplemente a perder el tiempo viendo pasar a las chicas para soltarles piropos.

La verdad dolía. Cuando estaba latente en el fondo de su alma, apenas la percibía, pero el oír aquellas palabras en la voz dura, seca e insensible de su

padre lo destrozaba por dentro. Lo que más le dolía incluso no eran las palabras que acababa de escuchar, era el hecho de que su padre, no se diera cuenta de que lo estaba hiriendo, de que le estaba infringiendo más dolor que si le hubiera abofeteado la cara. Optó por hablarle con alguna frase coloquial, algo sin sentido y que no pareciera tener relación con lo que acababan de hablar. Estaba seguro de que su padre colgaría el teléfono y al cabo de tres minutos se habría olvidado de aquella conversación.

—Sabes qué —dijo Samuel—, déjalo. Al final todo se arregla.

—Eso es verdad.

—Bueno papá. Te tengo que dejar. Voy a ver si ceno algo antes de irme a dormir.

—Muy bien. Pues ya nos veremos.

—Venga, nos vemos papá.

Escuchó durante más de un minuto el zumbido de la línea telefónica.

—Te quiero papá —dijo en apenas un susurro a la señal de marcado del teléfono— Te quiero aunque tú nunca me lo hayas dicho. Te quiero aunque no me dieras cariño, ni besos, ni te sintieras orgulloso cada vez que alcanzaba algún logro que simplemente no entendías. Te quiero a pesar de haber hecho de la mamá una desgraciada y de que nunca le demostraras que la querías, y ¿sabes una cosa papá? Me odio a mí mismo, por sentir que te quiero, a pesar de todo esto.

VIERNES

XV

31 de octubre de 2018

Samuel llegó temprano al improvisado parking del laboratorio. No se había levantado antes, ni había apretado el acelerador de su coche, no al menos de manera consciente, pero allí estaba llegando al mismo tiempo que Alonso y viendo por primera vez el laboratorio lóbrego, apagado y vacío, como nunca antes lo había visto.

Alonso lo saludó con extrañeza desde la puerta principal que estaba abriendo y Samuel le respondió con un gesto de su mano.

Salió del coche y se dirigió a su encuentro.

—Hoy hemos madrugado —comentó Alonso sin dejar de empujar la puerta para colocarla en su soporte y mantenerla abierta.

—Sí, eso parece —respondió Samuel— ni siquiera me he dado cuenta de lo temprano que era.

Alonso le sonrió.

—No será que está preocupado por la reunión de hoy. No suelen ser muy agradables.

Samuel le devolvió la sonrisa. Por extraño que pareciese no estaba nervioso. Era cierto que, hasta ese momento, aquellas reuniones siempre le habían reportado noches en vela y una actitud defensiva ante todos los trabajadores, e incluso ante su familia. Pero aquel día era diferente, no estaba nada preocupado por aquella reunión. Era como si una sensación de vacío se hubiera apoderado de él y nada de todo aquello le importara lo más mínimo.

—Pues ahora que lo comentas, cuando venga Oliver le dices que quiero hablar con él y lo mandas al despacho.

Alonso asintió con la cabeza.

Subieron las escaleras en silencio y Samuel se detuvo unos instantes antes de entrar en el edificio. Ahora que lo pensaba, nunca le había gustado aquel sitio. Era frío e impersonal, carente de humanidad.

Alonso lo esperó con la puerta abierta y al percatarse de la situación, Samuel se adentró en el edificio.

Ambos se dirigieron a sus despachos en silencio. La quietud que reinaba

en el lugar no invitaba a decir nada.

Samuel abrió la puerta y se quedó en el rellano como si dudara de entrar o no en el que había sido su lugar de trabajo durante quince años. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué sentía aquella indiferencia ante todo lo que le rodeaba? Quizás hubiera sido la conversación con su padre, o quizás era que, aquél día, conocería el verdadero sentido de la vida, tal y como le había prometido, aquella misteriosa chica del cementerio.

Tomó aire y atravesó el umbral de su despacho y comenzó a preparar la reunión.

Samuel no se daba cuenta, pero no dejaba de echar vistazos a su reloj. Ya casi lo tenía todo preparado para la reunión pero Oliver aún no había llegado y eso le preocupaba. Nada podía salir mal y Oliver era una pieza muy importante en todo aquello.

Cuando ya se disponía a levantar el teléfono y llamar a Alonso para que avisara a Oliver unos golpes indecisos en la puerta lo detuvieron.

La puerta se abrió y Oliver asomó la cabeza.

Samuel le sonrió y amablemente lo invitó a entrar.

Oliver era el empleado más joven de los laboratorios, apenas llevaba un año trabajando con ellos y todavía se comportaba indeciso y cauto cuando hablaba con sus compañeros y sobre todo con él.

Samuel le indicó que se sentara y comenzó a hablar con él de temas que nada tenían que ver con el desarrollo de su trabajo en la empresa. Le preguntó por la familia, por sus inquietudes, por sus esperanzas, por todo aquello que poco a poco hiciera que se relajara el ambiente. Luego, de improviso le dijo lo que quería que hiciera. Al principio Oliver parecía confuso, pero Samuel lo convenció de que era de vital importancia que lo hiciera. No sin reticencias, Oliver aceptó ¿Qué otra cosa podía hacer? Era su jefe y si le pedía que hiciera aquello no podía decirle que no, además, no era nada ilegal, todo lo contrario.

Justo en el instante en el que su conversación acabó, llamaron a la puerta. Uno a uno y sin pausa fueron llegando todos los miembros de su junta de personal. Los diferentes jefes de departamento fueron tomando asiento. Como era habitual se fueron formando corrillos y todos hablaban en voz baja, seguramente preguntándose la naturaleza de aquella reunión. Había algunos que llegaban con el semblante serio y otros tenían un aire despreocupado y tranquilo.

La última en llegar fue Amanda, que tomó asiento junto a Anthony.

Una vez que Samuel comprobó que todos estaban en su sitio abandonó la

silla de su despacho y se colocó en su lugar encabezando la mesa de reuniones. Amanda estaba sentada a su izquierda, junto a Anthony, y John a su derecha.

—Buenos días —comentó Samuel abriendo una pequeña carpeta que tenía delante— gracias por asistir a esta reunión.

Samuel le hizo un gesto a Oliver para que comenzara a ejercer su función de secretario, tomando nota de todo lo que se hablara en aquella reunión.

—Para empezar quiero pedir disculpas por lo escueto de la orden del día pero, de esta manera, se podrán tratar todos los temas sin que nadie pueda alegar que no estaban en el mismo.

—Me alegro de que así sea —comentó Amanda con una sonrisa fría— al menos se nos da la oportunidad de poder tratar temas importantes.

Samuel hizo caso omiso de aquellas incisivas palabras y comenzó la reunión siguiendo el orden que llevaba preestablecido en sus notas.

—En primer lugar quisiera tratar el tema de la distribución de los trabajos y de los presupuestos.

Buscó entre sus papeles hasta que encontró aquel que le interesaba.

—Tal y como comenté en anteriores reuniones, sobre todo con Amanda, la jefa de recursos humanos aquí presente, se presentan dos casos cuya distribución de personal no es la adecuada, desde mi punto de vista.

Samuel se quedó mirándola fijamente.

—¿Se han llevado a cabo los cambios que te indiqué? —preguntó.

Amanda se irguió en su asiento y levantó su mano en dirección a Oliver.

Aquel gesto era conocido por todos y venía a indicar que lo que a continuación se dijera no debía constar en acta.

Oliver miró a Samuel que asintió con un leve gesto de cabeza.

—Tal y como te indiqué en aquella reunión, no estoy de acuerdo con tu criterio y por lo tanto considero que se debería respetar mi propuesta, tal y como la he especificado.

Samuel se inclinó hacia delante en su asiento.

—Amanda, tú y yo sabemos que eso no es posible y que no depende de nosotros tomar esa decisión. Los efectivos y los presupuestos vienen impuestos desde arriba, y nosotros podemos sugerir los cambios oportunos, pero no modificar a nuestro antojo lo que queramos.

—¿A nuestro antojo? —Protestó Amanda— Nosotros somos los que conocemos mejor la empresa, bueno, en este caso yo. Yo soy la que conoce las necesidades de nuestra empresa y creo que se debería protestar y ejercer

nuestra autoridad en este caso para mejorar la eficiencia de los trabajadores.

—Veras Amanda, esta no es ni tu empresa ni la mía, nosotros debemos ejercer y poner en marcha las indicaciones de los que realmente son dueños de la empresa. Si discrepamos, podemos hacérselo saber, pero no imponer nuestro criterio a aquellos que están por encima de nosotros.

—Claro, es cierto —respondió Amanda entre dientes— o quizás es que no tenemos el suficiente valor para enfrentarnos a unos jefes que aparecen de uvas a peras por aquí y nos dicen lo que tenemos que hacer sin conocer la realidad de la empresa.

—Amanda, sabes que nos denegaran estas peticiones y que no conseguiremos nada protestando como tú propones. Lo máximo que podemos hacer es sugerir estos cambios para el futuro, con argumentos razonables y esperar que sean atendidos por el consejo de presidencia.

Amanda soltó un bufido.

—Sí, claro. Como si nos fueran a hacer caso.

—Pues si no nos hacen caso, debemos hacer todo lo que podamos con los recursos que nos dan.

—Lo siento pero no estoy de acuerdo.

—¿Quiere eso decir que no vas a llevar a cabo los cambios que te he propuesto y que vienen impuestos de arriba?

Amanda pareció dudar por un momento pero luego levantó el mentón y habló con seguridad mirando a Oliver para asegurarse de que no transcribiera nada de todo aquello.

—No. Si no estás de acuerdo con esos cambios, la planificación la presentarás tú con las indicaciones que te han dado desde arriba.

—Bien —respondió Samuel ojeando de nuevo sus papeles—. Sigamos entonces con otro asunto. He recibido quejas por parte de la jefa de recursos humanos sobre la puntualidad de algunos de nuestros empleados —dirigió su mirada hacia David que pareció palidecer de golpe.

«Según estas quejas —continuó Samuel— hay algunos trabajadores que se retrasan en su hora de entrada y que permanecen más tiempo del debido en la cafetería o incluso salen del trabajo antes. ¿Es eso cierto, Amanda?»

La pregunta pilló por sorpresa a Amanda que abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí...bueno, —balbuceó Amanda— es cierto. No debemos permitir que esto suceda.

—Pero, ¿Ha afectado estas situaciones al rendimiento de los trabajadores?»

—preguntó Samuel, quien tuvo que reprimir una sonrisa ante la cara de apuro que presentaba Amanda.

—No, no en exceso, pero no es correcto ese comportamiento.

—¿Podrías decirnos quiénes son esos trabajadores?

Un silencio tenso se adueño de la sala de reuniones. Estaba claro que Amanda no se esperaba aquello. Paseó la mirada por todos los miembros de la sala consciente de que, dijese lo que dijese, su situación personal con todos ellos se iba a ver resentida.

—Pues ahora no lo recuerdo —consiguió decir al fin en un hilo de voz— son muchos en esta empresa.

—No te preocupes —dijo Samuel buscando entre sus notas— Esta David, el jefe de diseño, Marta y Carmen, las limpiadores y Alonso, el ordenanza. ¿Me equivoco?

Amanda siguió en silencio.

—Bien, tal y como me has propuesto, he tenido en cuenta todo lo que me has dicho sobre ellos, pero a mi parecer creo que resultaría de lo más adecuado que fueses tú misma, la jefa de recursos humanos, la que llamaras al orden a estas personas.

—No creo que sea el momento adecuado para hacerlo —replicó Amanda— Además, las limpiadoras y el ordenanza no se encuentran en estos momentos aquí.

—Pero si David, el jefe de la sección grafica de la empresa —le indicó Samuel señalando a David con la mano.

Amanda agachó la mirada para luego hacer un vano intento de decir algo en voz baja.

—No creo que sea adecuado el tiempo de permanencia de David en la cantina y además llega tarde sistemáticamente cada día.

—¿Has oído lo que ha dicho? —le preguntó Samuel a David— ¿Tienes algo que decir al respecto?

David estaba perplejo, miraba a uno y otro con la boca abierta. Samuel lo miraba fijamente y David creyó percibir un ligero asentimiento de cabeza, un imperceptible gesto que lo animaba, sin palabras, a ser valiente y responder a Amanda.

David se irguió en su asiento y carraspeó antes de responder.

—Soy consciente de que de vez en cuando llego tarde a la oficina pero no por ello mi trabajo se ve resentido. Cumplo a la perfección con todos mi cometidos y llevo a cabo programas e ilustraciones de más, que mejoran la

imagen de la empresa.

Todos permanecieron en silencio y nadie se atrevía a levantar la cabeza.

—De eso estamos seguros David —comentó Samuel— pero creo que para nuestra jefa de recursos humanos esa explicación no es suficiente, deberías explicar las causas que te obligan a llegar tarde o, a permanecer más tiempo del supuestamente debido en la cantina.

David se removió inquieto en su asiento, no quería hablar de eso. Eran motivos personales y a nadie le importaban, no obstante, Samuel tenía razón, si llegaba tarde, aunque su trabajo no se viese mermado, en algún momento debía explicar las causas que lo propiciaban.

—Pues... —comenzó a decir indeciso— la principal razón por la que llego tarde es porque en algunas ocasiones mi mujer tiene que incorporarse antes al trabajo y tenemos dos niños pequeños que hay que dejar con alguien, la guardería abre temprano pero aún así me faltan unos minutos para poder llegar a tiempo.

David permaneció en silencio y juntó las manos sobre la mesa.

—¿Y lo de la cantina? —insistió Samuel

David volvió a carraspear, incómodo, para aclararse la voz.

—Son unos minutos de más, solo en ese momento consigo relajarme un poco, ya sabes —David había abandonado la formalidad y parecía hablar directamente con Samuel, de tú a tú como si no hubiera nadie más en la sala, de esa forma le resultaba más fácil explicarse— los críos cansan mucho, el estrés, las noches sin dormir de vez en cuando, que si pillan un resfriado, que si lloran, que si... —David hizo una pausa— Ya no tienes tiempo para ti mismo y en esos pequeños instantes de soledad en la cantina me reinicio, me cargo un poco las pilas y recojo suficientes fuerzas para subir y seguir con mi trabajo.

—Y eso es excusa —protestó Amanda que parecía haber recuperado algo de su firmeza— Todos tenemos problemas y no por eso debemos excusarnos en ellos para faltar a nuestras obligaciones.

David se quedó callado sin levantar la vista de la mesa.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —preguntó Samuel sin hacer caso de las palabras de Amanda.

—Tres y cinco años —respondió David con un ligero brillo de orgullo en sus ojos.

—Sí —suspiró Samuel— recuerdo cuando los míos tenían esas edades. Era muy duro. Pero te puedo asegurar que se pasa, aunque luego es peor —

añadió con una sonrisa a la que David correspondió.

—Eso me dice todo el mundo —respondió David.

—Aprovecha todo lo que puedas ahora y disfruta de ellos. Luego te cambiaran por los amigos y las videoconsolas y sin saber cómo, te transformarás en el gigante egoísta que no los entiende, no les dejas vivir, no les das libertad y los echaras tanto de menos que te dolerá.

Samuel había dicho esto último con la mirada perdida en algún punto de la pared, sin dirigirse a nadie en concreto. Luego pareció recuperarse y volvió su mirada hacia Amanda.

—¿Tú no tienes hijos verdad Amanda?

—No. Pero hay mucha gente que los tiene y no por ello los ponen como excusa para faltar a su trabajo o perder el tiempo. Los hijos siempre han estado ahí y siempre estarán, no es excusa. Simplemente es cuestión de organizarse mejor y llevar a cabo las cosas con orden y estructura.

Samuel se rió al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Si hay algo que he aprendido en esta vida es que nunca, jamás, nadie puede entender lo que es tener hijos hasta que no los tiene. Puedes intentar decirle a alguien lo que se siente o cómo te cambia la vida, pero nadie puede acercarse lo más mínimo a comprenderlo, si no es teniendo un hijo. Sufriendo las responsabilidades que ello conlleva, las preocupaciones, o las noches en vela, tal y como ha explicado David.

Luego fijó su mirada en David.

—No tienes que disculparte por lo que haces David, es lógico y comprensible. Tu trabajo es excelente y tu trato personal es envidiable —observó de soslayo a Amanda con una mirada elocuente—. Pero claro, esto no quita el hecho de que Amanda lleva parte de razón. Luego volveremos al punto del cómo deberíamos tratar eso.

Miró de nuevo su carpeta y leyó el siguiente punto del orden del día que quería tratar en aquella extraña reunión que él mismo había convocado.

—John —dijo buscándolo con la mirada—, ¿Has solucionado el tema de la cafetería?

John lo miró como si no entendiera de lo que estaba hablando.

—Vamos a ver —continuó Samuel con un deje de paciencia en su timbre de voz— para que todos sepáis de lo que estamos hablando, debo informaros que la concesión de la cafetería termina este año y por ello John, y yo mismo, sacamos a concurso la designación. Según John, el actual propietario no obtiene la misma puntuación que el otro competidor, el cual parece ser que

podría quedarse con la cafetería de la empresa. ¿No es así, John?

—Correcto —comenzó a explicar John en ese tono de suficiencia que lo caracterizaba— los parámetros son claros. Los precios y los servicios que ofrece el nuevo candidato son mucho más ventajosos para la empresa que los del actual propietario. Huelga decir que esto es una condición necesaria y suficiente para que la designación varíe.

Samuel lo miraba con una sonrisa enigmática dibujada en el rostro.

—Sí John, eso está muy bien, pero podrías explicar a todos los presentes el porqué no se le asigna al actual propietario la puntuación que se merece por antigüedad.

—Es evidente Samuel —comentó John—. Esa puntuación solo se puede otorgar en caso de un supuesto empate en los criterios anteriores. Y este no es el caso.

—Podiera ser —respondió Samuel adelantándose en la silla— pero el otorgar o no esa puntuación, es una opción que se puede aplicar sin necesidad de empate. Las bases son muy claras al respecto y dice que los designadores, en este caso nosotros, podrán, y recalco aquí la palabra, podrán, otorgar esta puntuación a su criterio, sin necesidad de que se cumpla la cláusula anterior, o sea, la del empate que tú mencionas.

—Sí, es cierto y por mi parte no lo considero oportuno.

—Tú no —respondió Samuel señalándole con el dedo— pero yo, sí.

—Es evidente que eso nos lleva a un problema coyuntural que debemos solventar —aseveró John.

Samuel volvió a reírse y no pudo evitar hacer un comentario.

—¡Qué bien hablas John! —exclamó entre risas provocando que el resto de los componentes de la mesa lo secundaran, a excepción de Amanda y de Anthony.

—Bueno, eso nos llevaba a tener que indagar aún más en la empresa a la que tú quieres adjudicar, ¿Has investigado a esa empresa tal y como te solicite?

John se removió incómodo en su silla.

—Sí, lo he hecho, y no he encontrado nada que pudiera ser considerado fuera de lo normal en este tipo de empresas de servicios.

—Puede ser que en la empresa no haya nada que llame la atención, pero sí en la constitución y sede de la misma.

Samuel se quedó mirando a John esperando que dijera algo referente a su último comentario, pero en contra de lo que esperaba, John permaneció en

silencio.

Samuel suspiró. En el fondo se notaba que no le gustaba lo que estaba haciendo.

—Vamos a ver John. La empresa a la que tú quieres adjudicar la cafetería tiene su sede aquí, en esta misma ciudad.

—Eso no es nada raro —comentó John a la defensiva— El propietario actual del servicio también la tiene.

—Sí, es cierto, pero si indagas en su sede y constitución, no te lleva a una entidad física, te lleva a una sociedad empresarial, cuya sede ya no se encuentra en la ciudad.

—No sé dónde quieres ir a parar. Es lo más habitual para poder pagar menos impuestos. Espero que tengas algo más porque si no es así no voy a cambiar de opinión.

Samuel notó como se le tensaban los músculos. La rabia comenzó a apoderarse de él e hizo un esfuerzo por mantenerla a raya. ¿Cómo se podía ser tan cínico e hipócrita? ¿Cómo podía llegar a pensar que los demás eran tan poco inteligentes que no llegarían a ninguna conclusión? ¿Cómo se podía menospreciar a una persona de esa manera?

Apretó los dientes y supo que ya no quería seguir con eso. Era evidente que John no iba a recular y aprovechar la oportunidad que él mismo le había brindado.

Miró a John fijamente a los ojos y lo soltó de golpe.

—La empresa a la que quieres otorgar la licencia es tuya John, es cierto que está a nombre de tu hermano y que tú solo figuras como tesorero en la estructura, pero en el fondo es de tu propiedad, tu hermano no vive aquí y por lo que yo sé, trabaja como taxista.

Todos permanecieron en silencio. John miraba fijamente a Samuel sin decir nada.

Samuel hizo un esfuerzo por controlarse y por controlar la situación. Lo que acababa de decir era muy grave pero el silencio de John y su mirada gacha le otorgaban la razón.

—Me gustaría seguir con la reunión —Samuel cerró con dureza la carpeta que tenía sobre la mesa y entrelazó los dedos de sus manos.

—Llevo quince años trabajando en esta empresa. Han sido años buenos y años malos, pero tengo que decir que han sido más momentos malos, que buenos. He intentado por todos los medios hacer lo mejor posible mi trabajo, he dejado libertad de movimientos en muchas ocasiones confiando en las

capacidades y en la buena fe de mis trabajadores. Es evidente que me he equivocado. Lo peor de toda esta situación es el darte cuenta de que, para sobrevivir entre lobos, debes convertirte en uno de ellos, y yo personalmente, ni quiero ni puedo hacerlo, es por esto —levantó una hoja de papel y se la mostró a los presentes— que desde este momento dejo de ser el director general de la empresa. He presentado mi dimisión.

XVI

Todos los presentes miraban perplejos y en silencio la hoja que Samuel les mostraba. Cada rostro reflejaba una emoción diferente. Había algunos que no eran capaces de cerrar la boca, otros no podían abrir más los ojos y algunos, los que menos, no podían ocultar una media sonrisa torcida.

—Bien, como último acto de esta reunión, daré las instrucciones oportunas de cuáles son los pasos a seguir a continuación, tal y como dictan las normas de organización interna por las que se rige nuestra empresa.

Todos se miraron entre sí buscando a alguien que supiera que iba a suceder a partir de ese momento, pero nadie parecía tener una respuesta.

—Antes de finalizar la reunión os debo comunicar lo siguiente. Hasta que no se lleve a cabo el nombramiento de mi sucesor será Amanda, la jefa de recursos humanos, la que ocupe mi lugar. Es una situación temporal, sin embargo, al haber una situación de vacío, debo ser yo mismo el que la sustituya hasta la remisión oficial de mi despido por parte de la cúpula de la empresa, lo cual debería ser cuestión de horas, como máximo un día.

Todos se miraban entre sí sin saber que decir. Samuel miró a Amanda y observó en ella una mezcla de miedo y satisfacción personal. Sintió lastima por ella pero se sobrepuso y continuó con su estrategia.

—Tal y como dictan las normas, se debe llevar a cabo una reunión extraordinaria donde se produzca, por así decirlo, un traspaso de poderes y, como director ejecutivo hasta la finalización de la reunión, la convoco para acto seguido a la finalización de esta, con los temas a tratar similares a los tratados en la última reunión.

Samuel miró a Oliver que asintió a la petición implícita de su antiguo jefe con un gesto de cabeza.

—Bien, procedamos.

Samuel se levantó de su silla y con un somero gesto de su mano le indicó a Amanda que ocupara su sitio.

Amanda pareció dudar al principio pero luego miró a Anthony y a John se levantó de su silla ocupando la presidencia de la mesa de reuniones sin poder disimular su satisfacción.

Samuel ocupó el sitio de Amanda y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla sin dejar de mirarla.

Al principio Amanda se mostró indecisa pero luego se irguió en su sillón y levantando la cabeza con dignidad dio lugar al inicio de la sesión.

—Bueno, debemos comenzar —su voz no era firme y un ligero temblor acompañaba sus palabras. Samuel no sabía si era por miedo o por simple orgullo reprimido.

—Agradezco la oportunidad de Samuel y quisiera decir...

—No hace falta que digas nada —la interrumpió Samuel—, solo he seguido el protocolo establecido para estos casos, te ruego des comienzo a la sesión y sigas los puntos del orden del día establecidos.

Aquellas directas y duras palabras paralizaron a Amanda. El tono de voz de Samuel había cambiado; su timbre amable y templado, junto con su porte sosegado había desaparecido por completo. Mostraba una actitud desafiante, casi amenazadora. Un nudo comenzó a formarse en el estómago de Amanda, por primera vez en mucho tiempo tenía miedo, miedo de Samuel.

—Bien, pues comencemos. Se supone que esta reunión debe ser de información general, por lo que no existe un orden del día establecido, sugiero...

—Eso no es así Amanda —la volvió a interrumpir Samuel—. Según las normas, en esta situación se deben reconsiderar las decisiones adoptadas en la última sesión anterior, y esa circunstancia ya impone de por sí, un orden del día. Lo primero que deberíamos tratar es la relación de presupuestos y designación de personal del presente semestre, tal y como hemos hablado anteriormente.

Amanda lo miró como si no comprendiera lo que acababa de decir.

Samuel exhaló el aire, cansado. Como quien explica por décima vez lo mismo, a un niño que no consigue entender una simple regla de tres.

—Vamos a ver Amanda, lo que te estoy diciendo es que debes considerar enviar a la central la relación de puestos de trabajo y personal, con la asignación presupuestaria que tú misma, hace unos minutos, has presentado.

Amanda reflexionó durante unos segundos pero poco a poco sus ojos se fueron abriendo ante el entendimiento de lo que aquello implicaba. Ella había elaborado unos informes de recursos y de asignación de personal muy diferentes a los que la dirección de la empresa le había recomendado, pero claro, la situación había cambiado, ahora era ella la que debía defenderlos ante los directivos y eso la paralizaba. Las palabras de Samuel la sacaron de

sus pensamientos.

—Yo por mi parte estoy de acuerdo en que se deberían enviar los ajustes presupuestados y la relación de personal que anteriormente ha mostrado Amanda como jefa de recursos humanos, sería lo más lógico y coherente.

—Sí, claro —respondió Amanda en apenas un susurro, pero luego advirtió las posibles consecuencias y negó rotundamente— No, eso no.

—¿No? —Preguntó Samuel entrecerrando los ojos—. ¿Cómo que no?

Amanda miraba a todos sin poder disimular su nerviosismo.

—Creo que esos informes deben ser revisados de nuevo y se deben reconsiderar algunos aspectos de los mismos, antes de ser enviados a la central.

—¿Que quieres decir con eso Amanda? —Esta vez fue Anthony el que protestó—. Esos informes los has elaborado tú misma, tú has defendido esas cifras, y tú misma nos has dicho a todos los presentes que eran los más adecuados para la empresa.

Amanda permaneció en silencio y miraba con los dientes apretados a Anthony.

—He cambiando de parecer —acertó a decir Amanda.

—No lo entiendo —se apresuró a decir Anthony

—Yo te lo voy a explicar —dijo Samuel sin dejar de mirar a Amanda—, el problema aquí es que Amanda es una cínica y una hipócrita.

—¡No te permito!... —protestó Amanda

—¿¡Qué no me permites!?! —Exclamó Samuel levantando su voz por encima de la de Amanda —¿¡No me permites decir la verdad!?! ¿¡No me permites decirte lo que todos piensan y decirte a la cara aquello que todos saben, incluida tú misma!?! Sinceramente no entiendo los motivos que te llevaron a hacer unos ajustes contrarios a la empresa, no entiendo que te negaras a enmendar los cambios que yo te había sugerido, no se cuales son las razones que te impulsaron a hacer justo lo contrario de lo que todos te pedían, podría ser una cierta rebeldía, quizás soberbia, quizás una actitud defensiva constante ante todo aquello que yo te decía, pero lo que sí sé es que, con lo que estás diciendo y haciendo ahora, demuestras que no eres una persona que hicieras las cosas por el bien de la empresa, lo hacías por el mero hecho de contradecir y rebelarte contra todo y contra todos. ¿Qué pasa Amanda? Ahora que debes ser tú la que hable con los jefes ya no tienes valor, ya no te atreves a discutir con ellos lo que tú piensas que es lo mejor para la empresa. Yo, como jefe provisional de recursos humanos presento los informes que tú me

has dado y por ende, solo tienes dos opciones, o los aceptas o los rechazas, y deberás elaborar en ese caso los nuevos ajustes. ¿Qué decides Amanda?

Amanda no respondía, permanecía en silencio con los puños tan apretados que los nudillos se mostraban tan blancos como el papel de las paredes.

—¿Amanda? —preguntó Anthony con un hilo de voz tenso.

—No se presentaran esos ajustes. Se revisaran...

Anthony dio un golpe en la mesa que los hizo saltar a todos en sus asientos.

—¿Cómo que no?! ¡Son tus informes! —exclamó a voz en grito.

—Ruego te relajes Anthony —susurró Amanda.

—¡Y una mierda que me relaje! —explotó Anthony.

Samuel levantó una mano pidiendo calma.

—Tranquilo Anthony, yo te lo explicaré. Lo que pasa aquí, no es que no estés conforme con los ajustes de Amanda, lo que te hace sentirte así es el hecho de descubrir que has sido utilizado. Te molesta el hecho de descubrir que eres un veleta que no piensa por sí mismo y que no tiene una opinión personal sobre ningún asunto.

Anthony miraba a Samuel con los ojos como platos.

—Acéptalo Anthony, eres una de esas personas sin criterio propio que te dejas llevar por la arrogancia y las buenas palabras de los demás. No piensas por ti mismo, no analizas las cosas desde tu propio punto de vista y ahora resulta que todo era una mentira. Eras un simple *perrito faldero* que iba detrás de los pasos de tu ama sin protestar, lo tuyo se podría definir como «fidelidad perruna», el perro siempre vuelve, aunque le peguen, lo traten con desprecio, o no le den cariño, ni amor. Es una cuestión de supervivencia, y no te engañes, no estás enfadado con Amanda, estas enfadado contigo mismo por descubrir lo idiota que has sido durante todo este tiempo.

Anthony sostuvo la mirada de Samuel durante un tiempo, hasta que comprendió que Samuel tenía razón, entonces se dejó caer rendido sobre el respaldo de su silla. ¿Que podía decir? No tenía palabras, no tenía ideas, no tenía ninguna respuesta plausible que contraviniera los argumentos esgrimidos por Samuel. Decidió rendirse, decidió cerrar los ojos y dejar de mirar. Apartó la mirada y se quedó mirando un punto lejano de la pared, hundido, avergonzado y sin energías.

—Siguiendo punto del día —dijo Samuel con una mirada severa dirigida a Amanda— las consecuencias de la actitud laboral de los trabajadores. Según tengo entendido, se debería llevar a cabo una toma de medidas ante la situación de David, las limpiadoras y Alonso. ¿Qué decisión tomas, Amanda?

Amanda estaba noqueada. Ordenaba los papeles que tenía delante sin atreverse a levantar la mirada.

—¿Y bien Amanda? ¿Qué medidas propones?

Amanda tomó aliento y comenzó a hablar aparentando una seguridad que a todas luces no poseía.

—Se deben tomar medidas disciplinarias, no se puede consentir esta forma de comportamiento en el trabajo.

—¡Bravo Amanda! —Exclamó Samuel con una palmada al aire que hizo dar un respingo a todos los presentes— ¿Qué propones?

—Se vigilaran las ausencias y los retrasos imponiéndose medidas correctoras para todos aquellos que las infrinjan.

—¿Y cuál es el procedimiento Amanda? —preguntó Samuel en tono cáustico.

—Pues...en esos casos... —Amanda se calló sin saber por dónde continuar.

—¿No tienes ni idea, verdad, Amanda? —Preguntó Samuel negando con la cabeza. Era evidente que era una pregunta retórica pues continuó hablando—. Hablas con la boca llena de palabras y confianza cuando no sabes ni lo que se debe hacer en estos casos. Yo te lo voy a explicar —continuó Samuel condescendiente—. Debes llevar a cabo la realización de un informe, adjuntar pruebas a las acusaciones que dictamines. Debes llevar a cabo reuniones donde se tome declaración a los afectados y a los posibles testigos, si los hubiese. Todo esto debe ser enviado a la central, pues tú, Amanda, por si no lo sabes, no tienes potestad para llevar a cabo ninguna aplicación de medidas correctoras y, lo más importante, debes demostrar que con esas acciones, el trabajo del empleado se ve resentido y que, además, repercute negativamente en la empresa o en algunos de sus trabajadores. Todo esto sin tener en cuenta de que antes de llevar a cabo estas acciones, eres tú la responsable de ponerles freno, y se te pedirán explicaciones del porqué seguirían sucediendo, después de haber tomado cartas en el asunto, por lo que tu capacidad de dirección se vería en entredicho.

Samuel dejó un tiempo para que Amanda asimilara toda aquella información.

—Al final, si todo se resuelve, la medida puede ser el despido, o la suspensión temporal de empleo y sueldo o... —hizo una pausa significativa— una llamada de atención con apertura de expediente hacia tu persona, si se demuestra que las acusaciones, aunque ciertas, no se sustentan en un perjuicio

para el rendimiento del trabajador o de la propia empresa.

—Pero son ciertas —consiguió protestó Amanda

—Sí, pero no son determinantes para el trabajo de las personas, ni para el rendimiento de la empresa. Simplemente las habrías hecho por pura maldad, por inquina hacia esas personas que no ven el trabajo como lo ves tú. Que una persona no haga las cosas como tú creas que deben hacerse, no quiere decir que no estén bien hechas. No puedes obligar a la gente a pensar como tú, no puedes obligar a la gente a que vean la vida desde la perspectiva en la que la ves tú. Todos son diferentes. Todos no viven en tu misma realidad. Tu vida no es el ejemplo que todos o todas deberían seguir. Juzgas Amanda, juzgas sin tener conocimiento de causa, sin intentar comprender las motivaciones de las demás, y lo peor de todo, es que juzgas sin analizar las causas ni las consecuencias. Eres una soberbia, una engreída, una manipuladora —miró a Anthony aseverando sus palabras—. Te crees en posesión de la verdad absoluta y no es así, yo diría más, es todo lo contrario, no tienes ni idea de lo que es la vida, quizás sí de la tuya, pero no la generalices y la conviertas en la panacea que todos deberían seguir.

La tensión del ambiente oprimía a los asistentes y lo peor de todo es que aquello aún no había terminado. Aún quedaba un tema por tratar, quizás el tema más espinoso de todos.

Samuel no les dio respiro a ninguno de los presentes. Estaba haciendo lo correcto, lo sabía, era cierto que se estaba comportando igual que aquellos a los que detestaba, pero ya nada tenía importancia. Debía hacerlo, se lo debía a los compañeros que habían tenido que soportar durante años a aquellas malas personas y, sobre todo, se lo debía a él mismo. Si no decía todo aquello, lo llevaría durante muchos años dentro y la vida sería imposible de sobrellevar.

—John, creo que ahora debemos tratar tu situación. Lo demás no creo que se arregle, porque no creo que nadie pueda cambiar su forma de ser porque una persona le diga las cosas, pero tu caso es distinto. En esta ocasión, lo que veo es que no te importa nada el daño que puedas hacer por el mero hecho de conseguir beneficios, en este caso, tu motivación es por puro y simple beneficio económico.

John no dijo nada.

—¿En serio eres capaz de dejar en la calle a una persona, independientemente de que la conozcas o no, por el mero hecho de ganar más dinero? ¿Eres capaz de engañar y mentir a la cara, incluso a mí mismo, por el hecho de conseguir mejorar tus ganancias? Peter lleva con nosotros años, es

una buena persona, y su hijo podría seguir viviendo del trabajo de su padre, y a ti parece no importarte lo más mínimo. Tengo una pregunta John; ¿No tienes remordimientos? ¿No te sientes en ningún momento culpable de arruinarle la vida a una persona por el mero hecho de ganar más dinero?

—La situación coyuntural era la adecuada. Simplemente vi una oportunidad y la aproveché.

—¡Déjate de chorradas John! No hay excusa posible para tus acciones y te voy a decir una cosa, cuando hablas, cuando dices todas esas palabras grandilocuentes, no te creas que los demás somos unos becerros que te decimos que sí a todo por el mero hecho de que cuentes con que no te entendemos. No es cierto. No insultes la inteligencia de los demás pensando de esa manera. Es más, mi madre, para esto tenía una frase muy apropiada. «No hay mayor confianza que la que otorga la ignorancia» Y tú, John, destilas confianza en todas las frases que dices.

Unos tímidos golpecitos rompieron la tensión de la sala de reuniones. Lentamente, la puerta se abrió y Alonso asomó la cabeza con timidez.

—Disculpad la interrupción, pero he recibido unas notificaciones por fax y he creído necesarias traerlas a la reunión. Me han parecido importantes.

Samuel miró a Amanda y con aquello le indicó que debía ser ella la que diera permiso a Alonso para que pudiera entregarlas.

—Sí... claro... Alonso, pasa. —le pidió Amanda.

Alonso entró en la sala y al poco de entrar se detuvo extrañado al comprobar que era Amanda la que ocupaba el sitio que debía corresponder a Samuel. Miró a su jefe y este le indicó con la mano que le diera los papeles a Amanda. Con más reticencia de la habitual Alonso le entregó los papeles a ella.

—Gracias por todo y disculpad la intromisión —Alonso se despidió de los presentes no sin antes detener su mirada interrogativa en Samuel. Éste, simplemente, le sonrió con tranquilidad.

Amanda recogió los folios que le había entregado Alonso y comenzó a hojearlos. Conforme sus ojos paseaban por las hojas su semblante iba cambiando. Al finalizar, una palidez extrema la había cubierto la cara por completo.

Nadie se atrevió a decir nada y finalmente fue David el que, con un carraspeo, pareció devolver a Amanda a la realidad en la que se encontraba.

—Hemos de dar por finalizada la reunión —dijo en apenas un susurro—. Desde estos momentos, John, Anthony y... —hizo una pausa para poder

continuar y tragó saliva, pues un nudo le atenazaba la garganta— y yo misma, hemos sido despedidos de nuestros cargos de la empresa.

Miró a Samuel totalmente abatida, su mirada de antes, altanera y soberbia, había desaparecido por completo.

—Samuel, tu dimisión ha sido aceptada, y hasta la convocatoria de la junta general de accionistas, prevista para el lunes, será David el nuevo director ejecutivo. Se levanta la sesión.

Amanda dejó caer los papeles en la mesa y con una lentitud extrema se levantó del asiento. Con paso dubitativo salió de la sala. Los demás la fueron imitando y lo único que se podía oír desde el pasillo eran las airadas protestas de Anthony hacia Amanda y el resto de compañeros.

XVII

Samuel le dio una calada a su cigarrillo. Aspiró profundamente y retuvo el humo todo el tiempo que pudo. A su lado Alonso lo imitaba.

Ya había pasado la hora de comer y se encontraban solos en la puerta principal de los laboratorios Bapeca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alonso sin mirar directamente a Samuel a la cara.

—Ahora nada Alonso, ya no queda nada por hacer.

—Y bien que la ha hecho —respondió con una sonrisa—. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer lo que ha hecho?

—Pues veras —respondió Samuel—, simplemente estaba hasta los cojones de todo esto.

Alonso rió con ganas.

—Aún no me explico cómo has sido capaz. Podía haber salido todo al revés.

—Bueno, no te puedo negar que tuve mis dudas, pero conté con la inestimable ayuda de Oliver. Si él no hubiera transcrito el acta sin respetar mis indicaciones de que no dejara de copiar íntegramente todo lo que se decía, no podría habérsela enviado a los jefes, y no habría tenido pruebas de nada de lo que sucedía en esta empresa.

—Pero usted dimitió hace dos días, según tengo entendido.

—De tu Alonso, de tu, que ya no soy tu jefe.

—Para mí siempre será mi jefe, no porque lo diga un papel o lo ponga en una placa, lo será porque se lo ha ganado.

Samuel miró a Alonso.

—Gracias, aprecio tus palabras y me reconfortan.

De nuevo permanecieron en silencio durante unos minutos.

—Y su familia, ¿Qué opina de todo esto?

—No lo sé Alonso y si te digo la verdad, ni me importa. Creo que ha llegado el momento de ser un poso egoísta, ¿no crees?

—Pero entonces ninguno de ellos sabe nada —afirmó Alonso sorprendido. Samuel negó con la cabeza.

—¿Crees que si se lo hubiera dicho me hubieran dejado hacerlo?

—Probablemente no. Es un cambio muy brusco. Entiéndame jefe, ¿de qué van a vivir ahora? Según tengo entendido era usted el único que trabajaba de todos ellos.

—Mis hijos ya son mayores Alonso. Los dos están bien encaminados y yo —hizo una pausa cuidando sus palabras— yo ya no podía más. Si me hubiese quedado aquí, hubiera sufrido una muerte en vida, rodeado de tanta mala gente y teniendo que soportar todas sus peleas y caras largas durante seis años más. Todo tiene un límite.

—Todo eso está muy bien, pero ¿ya me dirá de que van a comer?

Samuel sonrió con picardía.

—Sabes que soy director general de la empresa desde hace quince años ¿verdad?

Alonso asintió.

—Pero no sabes que una de mis retribuciones no es en dinero —Samuel afirmaba más que preguntaba

Alonso esperó a que se explicara.

—Cada año desde que soy director la empresa, al final de cada uno de ellos se distribuyen dividendos entre sus accionistas.

—Pero usted no es accionista de la empresa.

—No, yo no. Pero mi mujer sí lo es.

—¡Vaya! —Exclamó Alonso— no sabía que a su mujer le iban esos jueguitos de la bolsa

—Y no le van —afirmó Samuel—. Ella no sabe nada, pero, con la condición de renunciar a mi complemento de antigüedad, conseguí que la empresa tuviera la obligación de poner en una cartera de accionista a nombre de mi mujer, mil acciones anuales.

Alonso silbó sorprendido.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, lo es —corroboró Samuel— bueno, lo es ahora. Al principio cuando me lo concedieron las acciones de la empresa no valían tanto pero, gracias al tiempo y al buen hacer de sus trabajadores, esas acciones han multiplicado su valor por seis.

—No lo entiendo —prosiguió Alonso— ¿Por qué no se lo dijo a su mujer?

—Pues veras, por simple miedo —Samuel sonrió al recordar la historia—. Hace quince años no estábamos muy boyantes, económicamente hablando, y sin que nadie lo supiera cancelé mi seguro de vida.

Alonso abrió los ojos sorprendido.

—Sí, lo sé. No hace falta que me mires así. Fue una temeridad, sobre todo teniendo que conducir tantos kilómetros todos los días, pero has de reconocer que la jugada me salió bien. Analicé la empresa de arriba a abajo cuando me ofrecieron el puesto, y vi el potencial que tenía. Así que cambié el seguro por las acciones. El único factor que no podía controlar era el de mi vida. Pero mírame —abrió los brazos mostrándose ante Alonso— aquí estoy vivo y coleando.

—Y en el paro —bromeó Alonso.

—Sí, es cierto. En el paro, pero libre. Libre de todos ellos.

Alonso cambió su semblante y se puso serio.

—Eres consciente de que gente mala seguirá habiendo en todas partes. Vayas donde vayas te encontrarás con personas que solo se alimentan del sufrimiento de los demás y dedican su vida a idear el modo de fastidiar a los que les rodean.

Samuel suspiró.

—Es cierto, pero lo único que tengo que hacer es desaparecer en cuanto los vea venir.

Alonso miró su reloj.

—Es tarde. Tengo que volver adentro.

Samuel asintió con la cabeza.

—Ha sido un placer trabajar contigo Alonso. Te echaré de menos.

—Y yo a usted jefe.

Alonso alargó la mano hacia Samuel pero éste la rechazó y se fundió en un abrazo con el que había considerado su único amigo en el trabajo.

—Cuídate mucho —le dijo Samuel al soltarlo— ahora que las toxinas han dejado el cuerpo, seguro que vivirás más tranquilo.

Alonso sonrió e hizo un gesto de despedida con la mano.

Samuel se dirigió hacia su coche y Alonso abrió la puerta principal para entrar en el recito.

—Alonso —lo llamó Samuel.

Este se giró y se quedó mirando a su antiguo jefe.

—¿Tú sabes cuál es el sentido de la vida?

Alonso enarcó las cejas.

—No jefe, lo siento. Yo no soy de esos místicos que se van preguntando esto o lo otro. Bastante tengo con lo mío.

Samuel sonrió ante la respuesta de su amigo e hizo un gesto con la mano

despidiéndose. Arrancó el motor y salió de aquel parking al que nunca más regresaría.

—Pues yo voy a averiguarlo —se dijo a sí mismo en voz baja mientras enfilaba la pendiente de salida.

XVIII

Samuel aparcó en la explanada situada al final de la cuesta que llevaba hasta la puerta principal del cementerio. Era viernes y por fin averiguaría el verdadero sentido de la vida. Al contrario de lo que él esperaba, no se sentía ansioso por conocer lo que aquella chica le iba a decir. Es más, pensaba que en el fondo todo había sido un truco psicológico que la chica había utilizado para ayudarle a superar los momentos que estaba atravesando ¿Quién sabe? Igual la chica estaba estudiando psicología o algo parecido y lo había escogido a él como conejillo de indias.

Se sentía bien consigo mismo, aunque no podía quitarse esa sensación de vacío que cada vez notaba más y más en la boca del estómago. Suponía que con el tiempo desaparecería. Y más que vacío, lo consideraba miedo, un miedo a lo desconocido. ¿Qué iba a hacer ahora con su vida? ¿Cómo se lo tomaría su familia?

Sacudió la cabeza quitándose esas ideas de encima. Ya lo pensaría más adelante...cuando tuviera que hacer frente a las inquisitivas preguntas de su mujer y de sus hijos.

Entró en el cementerio y pasó de largo ante la garita donde uno de los trabajadores no dejaba de mirarlo. Lo saludó despreocupadamente mientras buscaba con la mirada a aquella chica que, pretendiéndolo o no, le había cambiado la vida. La encontró en el banco de costumbre, esta vez estaba sola, no había nadie con ella, aunque tampoco podía decir que así fuera, otras veces, la persona a la que acompañaba estaba dentro del cementerio y ella estaba allí sentada esperando, pacientemente.

—Buenas tardes —saludó Samuel con una ligera sonrisa.

—Hola Samuel.

No sabía cómo lo conseguía, pero aquella mirada tranquila y esa sonrisa plácida siempre conseguían cautivarlo...y al mismo tiempo, sin saber el motivo, lo ponía nervioso.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó la chica despreocupadamente.

—Bien. ¡Por fin es viernes! —exclamó Samuel.

La chica sonrió ante la broma.

—Hoy era un día importante. ¿La reunión ha salido como tú esperabas?

—Mejor. Lo he hecho. Lo he dejado.

Una sombra de tristeza pareció cubrir por unos instantes el rostro de la chica. Fue solo un segundo, después la chica volvió a regalarle aquella serena sonrisa.

—Si tú estás contento, supongo que será lo adecuado.

—Supongo que sí.

—Y has venido para que cumpla con mi parte del trato, ¿no es cierto?

Samuel sonrió.

—En parte sí. No voy a negar que tengo cierta curiosidad —dijo con ironía—. No todos los días se sabe cuál es el verdadero sentido de la vida.

—¿Quieres pasear?

Samuel enarcó las cejas, sorprendido. Nunca habían paseado, siempre habían estado sentados a la espera de la llegada de la persona a la que la chica acompañaba.

—¿No esperas a nadie? —preguntó Samuel

—No. Esta tarde la he reservado solo para ti.

La chica se levantó sin esperar la respuesta y Samuel se puso a su altura mientras ambos caminaban con paso tranquilo.

La chica parecía estar muy segura en aquel lugar. Respiraba como si aquel ambiente la relajara y andaba por entre los nichos y las tumbas sin que, aquel tétrico cementerio, la turbara de ninguna manera.

Pasaron varios minutos andando hasta que la chica decidió al fin comenzar a hablar. Sin embargo lo que dijo no era lo que John esperaba.

—¿Te gusta el fútbol Samuel?

Samuel se detuvo de golpe y se quedó mirándola sin saber qué decir.

La chica lo observó y le mostró su mejor sonrisa.

—Anda. Sigue caminando y responde a mi pregunta —le animó.

—Pues no soy muy *futbolero* que digamos. Es a mi hijo al que siempre le ha gustado el fútbol. De pequeño jugaba en un equipo y luego siguió estudiando hasta llegar a la facultad de periodismo y poder dedicarse a los deportes.

—¿Tendría sentido que te pusieras tú solo a jugar al fútbol?

—No mucho la verdad —respondió Samuel sin saber muy bien a donde quería llegar aquella intrigante chica.

—Si te dieran un balón y te dijeran que jugaras al fútbol, quizás podrías hacerlo durante un tiempo, pero luego carecería de sentido —dijo la chica—.

Necesitas a alguien, en este caso necesitas a muchas personas para darle algún sentido a llevar a cabo lo que te piden. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Si te soy sincero no.

—Piensa en algo que quisieras hacer, escribir, trabajar, practicar algún deporte, tomar un café, cualquier cosa. En algunas de ellas no es necesario que tengas la compañía de nadie, pero son efímeras, insustanciales, en algunos casos son meramente necesarias para subsistir, comer, dormir. Se repiten, pero no te llevan a ningún sitio.

Samuel no dijo nada y siguió caminando junto a la chica por entre todas aquellas lápidas y tumbas.

—¿Crees que algo de lo que hicieron algunas de las personas que nos rodean tuvieron algún sentido para la vida de los demás? —la chica hizo un gesto con su mano abarcando lo que les rodeaba.

Samuel reflexionó durante unos minutos antes de contestar.

—Supongo que sí. Estoy seguro que algunas de ellas hicieron algo que ayudaría a alguien o que en algún momento fueron necesarios para alguien.

—Y solo en esos momentos su vida tenía utilidad, ¿Quieres decir eso?

Samuel resopló. No sabía muy bien cómo seguir el hilo del razonamiento que pretendía explicarle la chica.

—Intentaré ponértelo más fácil —dijo la chica al ver la frustración en el rostro de Samuel.

«Todos los que están aquí, y todos los que están ahí fuera, han hecho cosas que les ha dado sentido a sus vidas en algún momento pero, era un sentido individual, efímero, finito. A lo largo de esta semana, hemos hablado de la religión, de los hijos, del trabajo, de la familia. Quiero creer que todos ellos han tenido algo de todo esto en algún momento de sus vidas, pero a destiempo, unos se ocupaban de ser felices para ellos y para sus hijos, otros ocupaban el máximo tiempo posible en el trabajo, otros se parapetaban detrás de una creencia religiosa que no les permitiera profundizar en sus problemas, otras creían que, si servían a su familia, si cuidaban de sus hijos, estaban dándole sentido a sus vidas, pero cada uno hacia una cosa diferente en ese tiempo y, además, a lo largo de sus vidas, sus preferencias, sus valoraciones, su sentido de la vida cambiaba, dependía de las circunstancias y no de uno mismo. Ese no puede ser el sentido de la vida. ¿Me comprendes?

Samuel meditó las últimas palabras de la chica y luego se atrevió a dar una opinión.

—¿Me estás diciendo que aunque cada persona tenga un sentido de la vida,

dependiendo del momento o de las circunstancias, ése no es el verdadero sentido?

—El sentido de la vida tiene que ser igual para todos. La religión no puede dar sentido para una persona que no sea religiosa, el tener hijos no puede ser el sentido de la vida para una persona que no pueda tener hijos. ¿Qué me dices de los sin techo, de los solteros, de los parados? ¿Puede una persona carecer del sentido de la vida durante un tiempo y tenerlo años después?

—Supongo que no.

—Exacto, y ¿Sabes por qué?

—Sinceramente no lo sé

—¿Qué es lo único común a todas esas personas, a todas las personas? Siempre, en todo momento de sus vidas ¿Qué es lo que hace que todos sean iguales?

Samuel no contestó. Buscó la posible respuesta en todo lo que le había dicho la chica y al cabo de un tiempo respondió.

—La vida

La chica sonrió

—Muy bien Samuel. La vida. Eso es lo único común a todos. Todos vivimos, independientemente de nuestra condición social, religión, familia. Da igual todo lo que te rodee, la vida es lo único común a todos.

—¿Por lo tanto el sentido de la vida es vivirla?

—No Samuel —dijo negando con la cabeza— la respuesta no es tan sencilla ni tan banal. No es un eslogan de anuncio publicitario. ¿Cómo le dices a una persona que viva la vida si no tiene dinero, hijos, trabajo, o simplemente está enferma?

—Como diría mi madre «Le dijo el sano al enfermo» —comentó Samuel.

La chica sonrió de nuevo y luego prosiguió.

—¿Qué hemos dicho al principio? Cualquier cosa que hagamos en la vida solo tiene sentido si es compartida, y no me refiero a compartir aquello que tenemos todos en algún momento. Me refiero a compartir aquello que es común a todos y en este caso, en la vida. Solo si compartimos nuestra vida, nuestra vida tendrá sentido, porque es lo único común a todos.

—Pero eso es imposible —protestó Samuel.

La chica asintió gravemente.

—Cierto, es imposible.

En ese momento el semblante de la chica cambió. Una tristeza profunda y etérea la rodeó. Una especie de angustia se reflejaba en sus ojos y su rostro

perdió cualquier atisbo de brillo que hubiera podido tener antes.

—¿Entonces el sentido de la vida no existe? ¿Es una ilusión, una patraña?
—pregunto Samuel.

—No Samuel. El sentido de la vida existe, pero simplemente se ha perdido. Todos somos individuales, ambiciosos, soberbios, mezquinos, es cierto que hay buenas personas, pero se refugian en algo propio e individual. Algo que solo les vale a ellos porque son incapaces de soportar la realidad mezquina de los demás.

La chica se detuvo y miró a Samuel directamente a los ojos. Aquella mirada limpia lo retuvo como si pudiera ver la verdad en aquellos profundos ojos.

—Al principio la vida tenía sentido. Todos vivían para todos y por todos. Nuestros ancestros criaban, compartían la comida, se ayudaban unos a otros, su vida tenía sentido, no por ellos solos, sino por las vidas de los demás. Pero todo aquello desapareció. Las diferencias de pensamiento, las religiones, el individualismo, la envidia, e incluso la pereza de tener que vivir las vidas de los demás y compartir sus sufrimientos y sus alegrías. Surgieron los líderes, el dinero, las propiedades. Todo se perdió.

Samuel miró al suelo abatido.

—Entonces no tiene ningún sentido vivir.

—No lo tiene si vivimos como se vive ahora Samuel. No se puede buscar ningún sentido a la vida si no es con todos. El verdadero sentido de la vida, el compartirla, el vivirlo todo en conjunto se ha perdido. Es triste pero es cierto. Imagina por un momento que volviéramos atrás, que todos viviéramos sin preocupaciones, solo las necesarias de convivir, de ayudarnos, de sentir la energía y el apoyo de todos sin que te rechazaran por ser de uno u otro lugar, por pensar diferente, por dar opiniones diferentes. Únicamente vivir para compartir. Se acabaran las guerras, las discriminaciones por raza, sexo, edad, desaparecería el hambre, las peleas, los roces por cualquier cosa. Todo esto es ahora imposible. La gente solo piensa en sí mismo y en su felicidad. Buscan ansiosamente el sentido de la vida cuando el sentido de la vida se perdió hace mucho tiempo. Solo tiene sentido aquello que compartimos y lo único que todos sin excepción podemos compartir, pues lo tenemos todos por igual en la vida, es la propia vida en sí.

Samuel miró a la chica a los ojos y se alegró al ver de nuevo aquel brillo, aquella chispa de emoción que se produce al haber podido compartir algo, una idea, un sentimiento, una emoción, con alguien que te entiende.

—No es la respuesta que esperaba, la verdad.

—¿Estas decepcionado? —preguntó la chica, sin que aquella pregunta encerrará ningún atisbo de rencor.

—No, supongo que esperaba... demasiado.

La chica sonrió.

—Pues como todos Samuel. A nadie le gusta oír una solución que en realidad no aporta nada nuevo o simplemente es imposible de llevar a cabo. A la gente le gusta que le den una pastilla, tomársela y que todo se arregle. Las dificultades, el tener que esforzarse o madurar para obtener algo no les gusta. Pero no te preocupes, tú no puedes hacer nada, ni tú ni nadie como tú. La única solución está entre todos y...dadas las circunstancias, la solución es imposible. El sentido de la vida se ha perdido y nadie, por sí solo, puede recuperarlo.

La chica miró hacia arriba, hacia el cielo azul plumizo y pareció darse cuenta con aquel gesto de que era tarde.

—Debo irme Samuel. Gracias por estos días, le han dado un poco de chispa a mi vida.

—Que no sentido —bromeó Samuel.

La chica sonrió asintiendo

—Que no sentido.

La chica levantó su mano en señal de despedida y se dio la vuelta caminando despreocupadamente por entre las tumbas que la rodeaban. Samuel la observó durante un tiempo hasta que la vio desaparecer por una esquina del cementerio. Miró al suelo y luego levantó los ojos para poder reubicarse y regresar, sin embargo, algo lo detuvo de repente. Fue como si lo hubiesen golpeado de lleno en la cara. Delante de sus ojos pudo leer en letras talladas en mármol el nombre de su madre. Se habían detenido justo delante de su tumba.

XIX

Samuel estaba paralizado, miró en todas direcciones con aire de culpabilidad como a quien sorprenden haciendo algo que no debería. Observó como a lo lejos la chica del cementerio doblaba la esquina desapareciendo de su vista.

Le costaba un gran esfuerzo mirar hacia la tumba de su madre. Llevaba más de diez años sin visitar aquel lugar. En cierto sentido la culpa no era suya. Su madre siempre le había dicho que a los cementerios no había que ir para nada, que allí no se le había perdido nada y volvió a recodar lo que le decía siempre «no me llevéis flores al cementerio, total allí no hay nadie».

No supo qué debía hacer. Pensó en su madre, la vida que había llevado, y solo pudo resumirla en dos palabras; sufrimiento y resignación.

La madre de Samuel era la tercera de una familia de diez hermanos. La educación de sus padres había sido estrictamente religiosa y, como era de esperar, la familia no paraba de aumentar con los años, además, sus hermanos mayores eran hombres y lo que se esperaba de ellos era muy diferente de lo que se esperaba de la hermana mayor.

Su padre se pasaba el día entero trabajando para poder dar de comer a todos sus hijos y pagar la inmensa columna de facturas que se amontonaban, mes tras mes, y sin descanso, en su mesa de estudio. Era profesor y por las mañanas ejercía como tal mientras por las tardes iba de casa en casa dando clases particulares. La madre se ocupaba de un hijo pequeño tras otro y, en cuanto Lucia fue lo suficientemente mayor como para ayudar en casa, la pusieron a la tarea.

Cuidaba de sus hermanos pequeños, limpiaba, planchaba, fregaba, cocinaba, tendía la ropa, llevaba a sus hermanos al colegio y un sinfín de muchas otras cosas que no le permitían tiempo para ella misma, para madurar, o para jugar como la niña de ocho años que era. Sin embargo, lo hacía sin protestar, sumisa y callada, estando únicamente pendiente de la llegada de su padre que la levantaba en brazos y la llamaba princesa. «Eres más guapa que las perlas, que el oro, que los tesoros, que el mundo entero». Le decía su padre mientras la acunaba sentada en sus rodillas.

Los años fueron pasando en una eterna rutina y cuando tenía veintinueve años su padre falleció de un infarto. Se podía decir que se quedó sola en el mundo. Sus hermanos mayores ya se habían marchado de casa y los hermanos pequeños que aún quedaban en casa, la consideraban a ella como su única madre, o más bien, como una criada, y por lo tanto le exigían más y más.

A los treinta y cuatro años conoció al que se convertiría en su marido. Era un hombre pobre que se ganaba la vida como pintor, a tiempo parcial, acompañando de aquí para allá a su hermano, pintor como él, pero trabajador y responsable. Era nueve años más joven que ella pero Lucia, la madre de Samuel, quiso ver en él al príncipe salvador que la libraría de aquella casa y de tener que cuidar a su madre. Nada más lejos de la realidad.

Cuando se casaron siguieron viviendo en la casa de sus padres y ahí empezaron las suspicacias y los rencores del resto de sus hermanos, que sospechaban que lo hacía para poder vivir del dinero de su madre y cuando llegara el fatídico final, quedarse con todo.

Lentamente y sin pausa, sus hermanos comenzaron a verter palabras maliciosas en los oídos de su madre, hasta el punto que, olvidando todo lo que ella había hecho por ellos, consiguieron que la convivencia en aquella casa fuera insoportable.

El detonante para que se marchara de allí fue el aborto que tuvo cuando estaba embarazada de gemelos de solo tres meses. Fue tal la rabia que Lucia sintió cuando su madre le espetó que le estaba robando su dinero que su cuerpo no pudo soportarlo y perdió a los gemelos.

Decidieron marcharse de aquella casa y se compraron un pequeño piso en un barrio de las afueras de la ciudad. A Lucia nunca le gusto aquel piso, pues carecía de balcón y a ella le gustaba el aire libre y sentarse tranquila en una silla, simplemente a ver pasar la gente por la calle. Pero de nuevo no protestó.

«Este es el único que nos podemos permitir» Le decía su marido.

Al año siguiente nació Samuel y justo un año después, Silvia, su hermana. Mientras que Samuel era un niño sano, alegre y extrovertido, Silvia era todo lo contrario, siempre estaba enferma, era retraída y sin ganas de vivir. Su cuerpo no le respondía y con solo nueve años una noche se fue a dormir para no volver a despertar jamás.

Aquello destrozó a su madre y Samuel comprendió, años más tarde, que aquel suceso era el que había hecho que su madre se volcará con él, cuidándolo y sobreprotegiéndolo en todo momento.

Su padre seguía con su vida secreta y su madre, que no quería ver la

verdad detrás de todas aquellas salidas sin excusas y todo aquel gasto de dinero injustificado, se dedicó, en cuerpo y alma, a cuidar de Samuel. Lo acompañaba a todos sitios, le obligó a estudiar música, pintura, ajedrez, y un sinfín de actividades, las cuales carecían del más mínimo esfuerzo físico. Era impensable que lo apuntara a fútbol, karate o natación.

«Podrías hacerte daño o romperte algún hueso» le decía.

Los años pasaron y mientras tanto sus hermanos mayores siguieron viendo en ella, a la madre que necesitaban; le pedían, e incluso exigían de todo; Que si cuidara a sus hijos, los primos de Samuel, que si darles de merendar, que si arréglame este pantalón, que si me puedes hacer de comer, que si puedes hacerme este o aquel recado.

Lucia aceptaba, al parecer, encantada.

Poco a poco el apoyo en la vida de su madre era ocuparse de los demás y con el tiempo esta actitud fue motivo de muchas peleas con su padre, que le recriminaba sacrificarse más por su familia de hermanos y sobrinos, que por la suya propia.

Los problemas con su marido se fueron agravando con los años, hasta el punto de que convivían juntos, pero hacían vidas completamente diferentes. Prácticamente no hablaban, cada uno de ellos cumplía su cometido sin intervenir en lo que hacía o dejaba de hacer el otro.

Los últimos años de su vida los dedicó a cuidar de su madre, la abuela de Samuel, pues ningún hermano quiso quedarse con ella. Era una anciana adusta y egoísta que trataba a los demás con desprecio. Lo único importante para ella era el dinero, vivía para acumular más y más y ni tan siquiera ayudaba a la hija que la cuidaba. Solo de vez en cuando y porque no tenía más remedio, aportaba algo a la casa, pero nunca fue suficiente. Para colmo sus hermanos se desentendieron de su hermana y de su madre y, aún sabiendo los apuros económicos por los que pasaba, le ayudaban con simples limosnas que lo único que conseguían era aliviar mínimamente la perpetua crisis que atravesaba.

Todo esto cambio cuando Lucia se quedó sola, ya no tenía que cuidar de su hijo, que estudiaba en la universidad y como cualquier otro adulto en ciernes, comenzaba a crear su propia vida sin contar con sus padres.

Su familia poco a poco fue dejando de necesitarla y de visitarla, pues únicamente lo hacían para visitar a la abuela de Samuel que vivía con ella y por si esto fuera poco, su marido continuaba gastando dinero sin freno y sin justificar por qué lo hacía.

Comenzó a entrar en depresión, ya no tenía ganas de comer y dejó de salir de casa. Los nietos tampoco alegraban su vida, pues se le hacía muy difícil estar con ellos. Lo único que hacía una y otra vez, era quejarse por la mala vida que había llevado, por el mal trato que le habían dispensado todas aquellas personas a las que ella había cuidado. La falta de amor, de respeto, de consideración, por parte de todos, acabó llevándola a la tumba, tal y como ella hubiera dicho.

«Entre todos la mataron y ella sola se murió»

Samuel repasó mentalmente toda esta vida de resignación y se quedó mirando fijamente la lápida de su madre. Quiso decir algo pero un gigantesco nudo le obstruía la garganta y le impedía decir cualquier cosa.

—Hola mamá —dijo al fin en apenas un susurro.

Levantó ligeramente los brazos.

—Como puedes ver te he hecho caso. No he traído flores.

No sabía decir el porqué, pero comenzó a notar un sentimiento de culpa que lo hacía sentirse avergonzado de hablar con su madre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y volvió a necesitar serenarse antes de continuar hablando.

—Lo siento mucho mamá —apretó los labios mientras tragaba una y otra vez para deshacer el nudo de su garganta y retener el llanto— Siento mucho no haberte prestado la atención que te merecías. Ahora puedo entender el dolor que se siente cuando un hijo no te considera imprescindible para seguir viviendo. Nunca fue mi intención hacerte daño. Te quería mamá, te quería mucho —Samuel hizo una pausa y agachó la mirada— aunque nunca te lo demostraba.

«Por aquí todo sigue igual. Bueno, en realidad las cosas han cambiando mucho... para que mentirte. No para los demás, *Samy* y *Reb* están bien y felices. Y Sara, bueno... Sara sigue su vida, ha escogido un camino donde ya no le hace falta nada ni nadie. La entiendo mamá. No la culpo y ahora te entiendo a ti, mamá. Te entiendo pero no puedo llegar a saber cómo lo conseguiste, ¿Cómo lo aguantaste todo durante tanto tiempo?

«Yo si he cambiado. Para empezar he dejado mi trabajo, ese trabajo que no me permitía tener ni un minuto para llamarte y preguntarte simplemente cómo estabas. Ese trabajo que fue minando y destruyendo poco a poco mi relación con Sara. Debía haberlo hecho mucho tiempo atrás, y seguro que ahora no estaría aquí, en este cementerio, disculpándome por todo lo que no llegué a hacer.

«También quiero darte las gracias. Fuiste muy valiente, la persona más valiente que he llegado a conocer en esta vida y créeme mamá, he conocido a mucha gente, pero no he conocido a nadie que merezca la pena fuera de mi familia. Y ellos merecen la pena para mí mismo, pero creo que yo no merezco la pena para ellos, ya he cumplido mi parte.

«Al igual que yo no supe apreciarte y no te demostré, con cariño ni con besos, lo mucho que te quería, los demás tampoco lo hacen. Pero no los culpo, yo no lo consideraba necesario cuando tú lo hacías y estoy seguro de que ellos tampoco lo consideran necesario. «Es ley de vida» como tú me decías una y otra vez.

«¿Por qué no te divorciaste? ¿Por qué no protestabas ni una sola vez? ¿Cómo pudiste aguantar durante tanto tiempo? Todos eran unos ingratos. Mi padre no te quería, tus hermanos te olvidaron en cuanto ya no les hiciste falta, tu hijo te abandonó. No es justo mamá. No es justo.

Samuel negaba con la cabeza mientras sentía que la rabia se hacía cada vez más y más grande.

—Debiste mandarlos a todos a la mierda, incluso a mí. Nadie debería manejar la vida de nadie a su antojo. Todas nuestras acciones repercuten en los demás y nadie parece darse cuenta de esto.

Samuel agachó la cabeza.

—Ahora lo sé mamá y lo siento. Lástima que hayan tenido que pasar diez años y el conocer a esa extraña chica, para poder darme cuenta de todo.

Samuel levantó la mirada y sonrió con tristeza.

—He conocido a una chica, una chica joven que me ha enseñado más de lo que nadie me ha enseñado en toda mi vida, se llama...

Samuel se calló de golpe. No se lo podía creer. No sabía el nombre de aquella persona que había puesto patas arriba toda su existencia. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? Una semana entera hablando con ella de todo en la vida, una semana entera cambiando por completo sus principios, y no había sido capaz de preguntarle su nombre. Para él simplemente había sido la chica del cementerio.

Miró a uno y otro lado, nervioso, intentando encontrar a la chica por algún lado.

—Volveré —le dijo a la tumba de su madre, y caminó en dirección a los bancos de la entrada donde siempre estaba sentada aquella chica sin nombre.

XX

Samuel dio vueltas y más vueltas por todo el cementerio. Miraba por todos lados impaciente por encontrarla. No había manera, la chica había desaparecido.

Se hacía tarde y pensó que quizás ya se hubiera marchado. En el cementerio no había nadie.

A lo lejos vio a una de las personas que trabajaba en el cementerio y sin pensárselo dos veces se dirigió hacia ella. Lo más probable era que, si la chica trabajaba acompañando a gente al cementerio, aquella persona supiera algo de ella, al menos su nombre.

Se acercó con paso decidido al mismo tiempo que levantaba la mano en señal de saludo.

—Buenas tardes —le dijo cuando llegó a su altura— ¿podría hacerle una pregunta?

—El hombre lo miraba intranquilo y buscó con la mirada a su compañero.

A Samuel le pareció extraña la suspicacia con la que aquel hombre lo miraba, pero no quiso darle ninguna importancia. Tenía cosas más importantes en mente que las molestias que pudiera ocasionarle al trabajador del cementerio.

—¿Ha visto usted a una mujer...? —no supo como describirla. ¿La describía físicamente? ¿La conocerían por el trabajo que hacía? No tenía ni idea de por dónde empezar. Respiró hondo antes de continuar.

—Es una chica joven, de un metro sesenta más o menos, más baja que yo. Viste de negro, pelo corto y negro también, con una piel muy blanca, como si estuviera enferma.

El hombre se lo quedó mirando como quien mira a un bicho raro.

—No he visto a nadie que se parezca a quien usted me dice. Lo siento.

El hombre se disponía a marcharse cuando Samuel lo retuvo del brazo.

—Tiene que haberla visto. He estado hablando con ella todas estas tardes, seguro que se ha fijado cuando nos ha visto.

El hombre se apartó bruscamente del brazo de Samuel y dio un paso atrás.

—Le he dicho que no he visto a nadie. A mí no me vuelva usted loco ni me

meta en sus juegucitos.

—¿Hay algún problema?

El otro trabajador del cementerio, un hombre de mayor edad y mirada más tranquila que la de su compañero, se acercaba a su amigo con paso enérgico.

—Nada, ningún problema —dijo el otro señalando a Samuel con la cabeza despectivamente— Aquí el señorito, que pregunta por una chica del cementerio —giró la cabeza y le habló a su compañero con sorna—. Con una chica con la que dice que ha estado hablando todos estos días.

El compañero le devolvió la sonrisa.

—Ah, entiendo —dijo el otro como si supiera de quién estaba hablando. Luego miró a Samuel y su mirada se suavizó.

—Mire señor. Nosotros no nos metemos con las personas que vienen al cementerio. En todos los años que llevamos trabajando, hemos visto de todo. Desde mujeres que se arreglan como si fueran a una boda simplemente para visitar a su marido muerto, hasta hombres que se pasan horas y horas delante de una lapida. Cada uno sobrelleva el luto a su manera pero, al igual que nosotros no nos metemos con esas personas, lo mínimo que pueden hacer es respetarnos a nosotros.

Samuel no salía de su asombro. Se había quedado sin palabras. Miraba a uno y otro trabajador con la boca abierta sin saber qué responder.

Intentó calmarse y utilizar el tono más amable que pudo conseguir, habida cuenta de los nervios que le recorrían todo el cuerpo.

—Vamos a ver —dijo levantando las manos pidiendo tranquilidad— Llevo varios días viniendo al cementerio ¿Ustedes me han visto?

Ambos trabajadores asintieron con la cabeza.

—He estado, todos estos días, hablando con una chica que, según me dijo, se dedicaba a acompañar a personas necesitadas de ayuda o cuidados al cementerio. Personas mayores, niños, mujeres con sus hijos. He pasado horas sentado con ella en aquellos bancos de la entrada. Es imposible que no se hayan percatado de ello.

Uno de los trabajadores, el hombre de mayor edad, suspiró con tristeza y miró a Samuel con compasión. Parecía como si ya hubiera pasado por aquello decenas de veces.

—Mire amigo mío. Le acompaño en el sentimiento. Entiendo por lo que tiene que estar pasando...pero...No debería dejarse llevar por la tristeza. ¿Era su hija?

—¿Qué? ¡No! —Exclamó Samuel—. Yo no tengo a ninguna hija muerta. Le

repito que era una chica que acababa de conocer. Estuve con ella hablando estos días y...bueno...

Samuel dudaba de decirles el motivo por el que quería hablar con ella de nuevo. En el fondo sentía vergüenza de sí mismo.

—Miren —prosiguió— quizás con esto la recuerden. El primer día estuvo acompañando a un anciano. Un hombre bajito y canoso que vestía un traje negro, otro día cuidaba de un niño pequeño y al día siguiente acompañaba a su madre en el cuidado de ese niño —Samuel abrió los brazos— tienen que haberla visto. ¡Por el amor de Dios!

Los hombres lo miraban perplejos e incapaces de decir una sola palabra. Ambos tenían la boca abierta y no dejaban de mirarse el uno al otro, con una mezcla de espanto y de sorpresa.

—Vamos a ver si nos aclaramos —dijo el que parecía ser el jefe de ambos, el de mayor edad— El primer día acompañaba a una anciano ¿Verdad? Samuel asintió.

—¿Luego acompañó a un niño y después al niño con su madre?

Samuel volvió a asentir. Estaba seguro de que con esos datos la recordarían y sabrían decirle algo sobre ella.

—Mire amigo mío. No sé a qué está jugando pero no tiene ninguna gracia —el hombre lo miraba con los labios apretados y Samuel podía ver como se le marcaba la mandíbula por la tensión.

—No sé a qué se refiere.

—Pues verá usted —le espetó el otro hombre cansado ya de aquella conversación y dando un amenazador paso al frente—. El lunes enterramos a un anciano ya mayor que había muerto de cáncer y al día siguiente todos tuvimos que sufrir el llanto de una madre que tuvo que enterrar a su hijo pequeño que no pudo soportar una operación de corazón. Tal fue su dolor que no pudo resistirlo y ese mismo día se quitó la vida arrojándose por el balcón de su casa.

El hombre se acercó aún más a Samuel y lo miró directamente a los ojos.

—Si todo esto es una broma no tiene ninguna gracia. Así que mire amigo. Váyase por donde ha venido y no venga más veces al cementerio a hablar solo durante horas. Si hace eso y luego viene con estas tonterías no es de extrañar que lo tomemos por loco.

Samuel se quedó paralizado. No entendía nada. Una tormenta de ideas confusas había estallado en su cerebro. El anciano, el niño, la mujer. Todos muertos. La chica que nadie había visto. Él solo hablando durante horas en el

cementerio. Aquello no tenía ningún sentido. Él no estaba loco, no había soñado todo aquello. No tenía sentido, nada de lo que le decían aquellos hombres tenía sentido. Se quedó callado mientras apretaba los puños. Luego poco a poco se fue relajando. No podía seguir hablando con aquellas personas, corría el riesgo de que llamaran a la policía y lo denunciaran por loco.

El hombre más joven cogió del brazo a su compañero y le dijo algo que Samuel no pudo oír. Si en aquel momento le hubieran gritado tampoco se habría enterado de nada.

Vio alejarse a los dos hombres que lo seguían mirando con desprecio y se quedó allí plantado sin poder moverse.

Al cabo de unos minutos comenzó a mirar a un lado a otro en busca de la chica pero lo que vio lo sorprendió aun más. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? El cementerio estaba impresionante. Todas las lapidas estaban decoradas con flores de miles de colores que le daban un aspecto festivo a aquel triste lugar. Mirase donde mirase veía a personas afanándose en adornar y adecentar los nichos o las lápidas de sus seres queridos. ¿De dónde habían salido todas aquellas personas? ¿Y todas aquellas flores, aquellos jarritos decorativos, medallitas, estampas de santos, fotografías antiguas?

No sabía qué hacer. No sabía hacia dónde ir. ¿Era todo aquello un maldito sueño? No, no podía serlo. Él había estado allí, había hablado con la chica, la había acompañado durante aquellos días, habían hablado del sentido de la vida, de cómo eran las personas. No estaba loco. Pero...¿y todo aquello en lo que antes no se había fijado? ¿Y lo que había dicho aquel hombre? «Hablar solo durante horas», el anciano, el niño muerto, la madre que se había suicidado. Samuel negó con la cabeza. No podía aceptarlo.

Comenzó a andar con un paso lento. Cada vez que movía un pie hacia delante volvía a mirar a su alrededor. ¿Qué día era? Le costó encontrar una respuesta a esa simple pregunta. Era víspera de todos los santos. Era víspera de su cumpleaños. Por eso su mujer estaba tan atareada con lo de la iglesia y por esos había tantas flores adornando aquel cementerio, aquel y cualquier otro al que hubiera ido.

Caminó con paso dubitativo y se dirigió hacia la salida por la puerta principal. Giró la cabeza y comprobó cómo los trabajadores del cementerio lo seguían con la mirada, comprobando, pensó Samuel, que se marchaba de una vez por todas y los dejaba solos y tranquilos.

Apremió el paso y salió del cementerio. Notaba que le faltaba la respiración. Abrió la puerta de su coche y permaneció sentado en el asiento durante varios minutos intentando encontrar alguna respuesta a toda aquella locura. No pudo encontrarla.

Con gestos automáticos arrancó el coche y se dirigió hacia su casa. Quizás hablando con su mujer podría encontrar alguna respuesta lógica a todo aquello.

XXI

Ni siquiera se dio cuenta de cómo había llegado a su casa. Había conducido sin percatarse de nada de lo que estaba haciendo. Todos sus movimientos eran automáticos. Recordaba vagamente la sonora pitada del coche de detrás que le instigaba a salir con el semáforo en verde. Apenas escuchó el saludo de su vecino cuando se cruzó con él en la puerta de acceso al edificio desde el garaje.

Abrió la puerta de su casa sin poder dejar de pensar en la conversación que acababa de mantener con aquellos dos trabajadores del cementerio y se esforzaba, repasándola una y otra vez, para encontrar algún detalle que le diera la razón o, más bien, una simple prueba de que no había perdido la cabeza.

La chica no existía, era un fantasma, una persona fruto de su imaginación. ¿Tan estresado estaba que su cerebro le había jugado una mala pasada? No, aquello no era cierto, él lo había vivido todo, estaba completamente seguro de que todo había sido real, la chica, el cementerio, las conversaciones.

Llamó a su mujer pero no obtuvo respuesta. Otra vez aquella maldita nota en la mesa de la cocina. Ni la leyó, la cogió y la arrugó tirándola a la basura. Ya daba igual, todo daba igual.

Entró en su habitación y sin dejar de pensar fue poco a poco cambiándose de ropa. Tardó más de lo habitual, pues cada minuto se detenía, intentando filtrar en su mente todo lo sucedido.

Se dirigió hacia el salón y se sentó en el sofá. Afuera ya oscurecía pero no se molestó en encender la luz. Quizás así podría concentrarse mejor.

Él era una persona racional, una persona con sentido común y, hasta esa misma tarde, una persona totalmente cuerda. ¿En qué momento aquello había cambiado? Repasó de nuevo lo vivido en el cementerio pero, estaba tan nervioso que las ideas se le escapaban y era incapaz de retenerlas.

Respiró profundamente.

«Debo relajarme, todo esto tiene que tener una explicación, algo que se me escapa y que no soy capaz de encontrar en este estado de ansiedad», pensó.

Cerró los ojos y se concentró en respirar cada vez más tranquilo. Con el

paso de los minutos comenzó a sentirse más relajado hasta que llegó un momento en el que notó como sus manos y su cuerpo, dejaban de estar tan rígidos.

No debo dejarme llevar por este momento, debo analizar todo lo sucedido desde un punto de vista lógico y, sobre todo, cuerdo. Se repetía la misma idea una y otra vez, como un mantra.

A lo largo de la semana había estado viviendo una situación que nunca antes había vivido y se había comportado como nunca antes en toda su vida, aquello debía pasar factura de alguna manera. Cabía la posibilidad de que con tanta tensión y estrés se hubiera vuelto esquizofrénico. Luego pensó que seguramente un esquizofrénico no llegaría a esa conclusión de auto diagnóstico, por lo que desechó la idea. Lo había vivido todo de manera real, aunque, bien mirado; eso es lo que diría un esquizofrénico.

Sonrió.

Eso era bueno, se estaba calmando, pero no era suficiente.

Se levantó y abrió la puerta del minibar de su salón. Aquel conjunto de botellas llevaban años sin ser abiertas. ¿Estarían en buen estado? ¿Por qué no? Al fin y al cabo era alcohol y las cosas se conservaban en alcohol.

Cogió una botella de bourbon sin abrir y rompió el precinto. Tomó uno de los vasos, estaba lleno de polvo. Le daba igual, sopló en el vaso y para él fue suficiente con aquel gesto para considerar que era saludable beber en el.

Nunca le habían gustado las bebidas alcohólicas, como mucho una cerveza fresca en verano y porque podía compartirla con algún amigo. Tampoco le gustaban solas, así que fue a la cocina y se trajo un bote de Coca-Cola para acompañar el bourbon.

Bebió un buen trago y notó como le quemaba la garganta. Apretó los dientes y esperó a que se le pasara el efecto abrasador de la bebida. Luego se sintió un poco mejor, más tranquilo, y volvió a beber hasta apurar la última gota. Se volvió a llenar el vaso y se lo llevo al sofá. Solo la luz de la luna iluminaba la estancia.

Comenzó a repasar la semana, esta vez con mayor seguridad y sin el nerviosismo que atenazaba su mente antes de llegar a casa.

El lunes había comenzado como siempre, asqueado y sin ganas de ir a trabajar. Repasó mentalmente todo lo sucedido y nada de lo que recordó le hizo pensar que hubiera tenido un accidente y que ahora mismo estuviera en coma en alguna cama de hospital pensando introspectivamente en sí mismo.

Bebió otro trago, y otro más.

La chica había sido real. Él había ido hasta el cementerio sin problemas, bueno, casi sin problemas. Recordó que se sintió bastante mal cuando atravesaba el centro comercial pero que luego lo había superado y había llegado sin desmayarse hasta el cementerio.

Así no podía continuar. Aquello se le haría eterno. Debía buscar la posible respuesta lógica de otra forma.

Recordó las conversaciones con la chica. Recordó todo lo que le había dicho que hiciera y repasó mentalmente cómo lo había llevado a cabo. Había sido capaz de decir todo lo que pensaba, y al final había sido capaz de abandonar aquel maldito trabajo que lo consumía por dentro.

Luego la preocupación volvió a apoderarse de su cuerpo.

Un abuelo, un niño y la madre de éste. Esas habían sido las personas que la chica había acompañado en el cementerio. Aquellas tres personas eran las mismas que, según el trabajador del cementerio, habían sido enterradas durante aquella semana. No terminaba de creérselo.

Se levantó del sofá y encendió el ordenador. Buscó en los periódicos locales en la sección de necrológicas y casi se le detiene el corazón al leer aquella información.

“Este lunes ha sido enterrado el señor Daniel García Somer, viudo y padre de tres hijos. Falleció a la edad de ochenta y siete años. Industrial y muy querido por todos....”

Dejó de leer y buscó en la información de los días siguientes.

Sus ojos no pudieron reprimir las lágrimas cuando leyó la prematura muerte del niño de tres años por problemas cardíacos y el posterior suicidio de su madre que no había podido soportar aquel intenso dolor.

Todo aquello le hubiera parecido una inmensa locura si no fuera porque allí, delante de él, en la pantalla del ordenador, podía ver a aquella mujer de cara feliz y sonriente, en una foto familiar que sostenía en brazos a un niño y tanto la mujer como el niño de la foto, eran las personas a las que la chica del cementerio había estado acompañando.

No pudo seguir buscando. Sin molestarse en apagar el ordenador de la forma adecuada apretó el interruptor de la luz y de pronto todo quedó en penumbras.

¿Entonces todo aquello era verdad? ¿Había estado hablando con una muerta y las personas que él veía eran personas que acababan de morir?

Esta vez se bebió todo el contenido del vaso de golpe y volvió a llenarlo de nuevo.

¿Quién era entonces la chica? ¿La muerte? ¿Veía muertos como en aquella famosa película? ¿Acaso él estaba muerto y nadie lo veía a él tampoco?

No, eso no era posible. Había hablado con su mujer, había hablado con sus hijos, conducido, se había despedido del trabajo, había fumado con Alonso. ¿Acaso estaban todos ellos también muertos?

Siguió meditando sobre ello hasta que se dio cuenta de que no iba a llegar a ninguna conclusión aceptable. La única persona que podía darle respuestas era aquella chica del cementerio que, supuestamente, no existía y que solo él y los recientes difuntos podían ver.

Definitivamente se había vuelto loco.

No quería creerlo. No podía aceptarlo, aquello había sucedido por algún motivo, algo que él no podía llegar a entender.

Se llenó el vaso de nuevo. Comenzaba a sentir un ligero sopor en el cuerpo pero no le desagradaba. Le parecía incluso que podía pensar mejor en aquel estado.

Respiró hondo y miró a su alrededor. Nada de lo que había allí le parecía real. Todo le parecía hueco e insustancial. Sin importancia.

Lo único que no podía quitarse de la cabeza era el hecho de que necesitaba volver a ver a aquella chica y sobre todo conocer su nombre. Saber quién era, por qué había sucedido lo que acababa de suceder. ¿Era ella la respuesta de que había vida después de la muerte? ¿Era ella la respuesta a todas las preguntas que cualquier persona podría haberse hecho en algún momento de su vida?

¿Qué podía hacer para volver a verla? ¿Se presentaría todos los días en el cementerio para ver si volvía a aparecer? ¿Y si no aparecía nunca más? ¿Y si...?

Dejó de hacerse aquellas estúpidas preguntas. Repasó mentalmente las conversaciones que había tenido con aquella chica, sus preguntas sobre el sentido de la vida, sus argumentos a favor y en contra de todas aquellas razones que por uno u otro motivo pueden servir para seguir viviendo. Recordó el tema de la familia, de los hijos, del amor, del trabajo, de la religión.

Intentó encontrar alguna palabra o gesto que le hiciera ver cuál había sido el motivo para que sucediera todo aquello pero no pudo encontrarlo.

Solo ella podía ayudarlo, solo ella podía salvarlo de vivir por más tiempo en aquella desesperación. Solo ella tenía las respuesta y las necesitaba, necesitaba volver a verla, necesitaba escuchar con su tranquila voz y su serena

mirada qué era lo que había hecho que todo aquello sucediera, pero ¿Cómo?

Estaba muy claro el cómo, estaba clarísimo. Era simple, simple y aterrador a partes iguales.

Quiso beber de nuevo pero el vaso estaba vacío. Se lo volvió a llenar sin importarle que se derramara un poco sobre la mesa y sobre la mano que sujetaba el vaso.

Se levantó del sofá y fue caminando por su casa sin encender ni una sola luz. Entró en la habitación de sus hijos y miró las pertenencias de estos que aún se encontraban allí. Vio los libros, los discos de música, las películas, los trofeos que habían ganado cuando eran apenas unos adolescentes y la ropa que colgaba de los armarios de estos. Observó las fotografías que adornaban sus mesitas de noche y luego de deambular por su piso se detuvo en las fotos que se encontraban en el recibidor de su casa. Una de él con su mujer, otra de sus dos hijos poniendo caras raras a la cámara. Otra foto de sus padres y de los padres de Sara.

No supo decir el porqué, pero nada de todo aquello lo llenaba, le eran indiferentes, como si todo aquello no le perteneciera, como si nada de aquello lo llenara por dentro. ¿Qué les diría a sus hijos? ¿Qué le diría a su mujer? Ahora él había cambiado, ya no era el mismo. Ya no podía seguir siendo el mismo después de aquella semana, no después de haber conocido a aquella chica y de haber escuchado y haber mantenido todas aquellas conversaciones.

Abrió uno de los ventanales del comedor y se asomó al exterior. Hacía frío. Un frío que presagiaba que aquel invierno que se aproximaba iba a ser duro.

Poco a poco, el aire frío lo fue despertando de su embotamiento, se sintió más despejado, más sereno y a cada segundo más seguro de lo que deseaba hacer.

Volvió dentro y entró en su despacho. Encendió la luz de la mesa de estudio. Se sentó, cogió un folio de papel y un bolígrafo y comenzó a escribir.

No le llevo mucho tiempo escribir aquella carta, parecía que la hubiera memorizado antes y que simplemente la transcribía al dictado, diciendo todo aquello que ya había pensado millones de veces.

Cuando terminó de escribir dejó el bolígrafo sobre el papel y tranquilamente salió al amplio balcón de su casa.

No pensaba, no meditaba sus movimientos. Sin ningún ápice de duda y sin sentir el más mínimo miedo, colocó el taburete y la mesa donde tomaban el café de las tardes cuando el tiempo acompañaba y las dispuso junto a la

barandilla del balcón.

Como si simplemente caminara dio tres sencillos pasos. No se detuvo cuando estuvo al borde del balcón, no dudo cuando al terminar la mesa dio el siguiente paso que lo llevaría a esa nueva vida que ya, con total seguridad, sabía que existía.

XXII

Querida familia;

Lo primero que quiero que sepáis es que ninguno de vosotros tiene la culpa de la decisión y del acto que voy a llevar a cabo. Os quiero con todo mi corazón y todos y cada uno de vosotros me habéis colmado de felicidad en toda mi vida.

Simplemente ya no puedo seguir con esta vida, para mí ya no tiene sentido. Entiendo que cada uno de vosotros podría darme miles de razones para seguir pero, son razones que, a mi parecer, no colman el vacío que siento desde hace ya mucho tiempo.

No sois vosotros, soy yo, el que no puede soportar esta insulsa sociedad en la que vivimos, o mejor podríamos decir, sobrevivimos.

Nada de lo que nos rodea o de lo que nos mueve tiene que ver con el prójimo, con la humanidad en sí. Todo lo que rige las vidas de todos es superficial, insano y mezquino. Únicamente se piensa en el presente, en el yo, en lo mío y en nada más. La humanidad como sentimiento común ha dejado de existir y yo, personalmente, no encajo en estos nuevos valores que nos llevan a actuar de formas tan dispares e irracionales.

Siento que no encajo, que no puedo participar, día a día, de todo lo que a los demás colma o satisface por el mero hecho de estar ahí. Yo quiero algo más, algo más profundo, algo más colectivo, algo que me dé razones internas para seguir viviendo y participando de un mundo que ahora es excluyente, pragmático, demagógico e insensible.

Podríamos hablar de religión, del mismísimo Dios, pero hace tanto tiempo que no veo a Dios en nada ni en nadie, que ya no puede ser la respuesta que me llene. Mi familia es maravillosa, pero mi presencia, como engranaje, no es necesaria para su funcionamiento, con el tiempo uno se da cuenta de que nadie, con esta forma de vivir y de plantearse la vida, es imprescindible para seguir viviendo su vida e intervenir en la de los demás.

Yo no quiero vivir, yo quiero convivir, compartir, pero soy consciente de que aunque unos pocos puedan pensar como yo, se reducen a eso, a unos pocos que aunque lo intenten, les resultara imposible llevar a cabo el único

sentido de la vida que puede ser verdadero y común para todos.

Repito, el problema soy yo, que no encajo con esta vida, ni con estos planteamientos que se han impuesto en la forma de vivir de todos. No puedo entender la maldad, simplemente por maldad, no puedo entender que nos rijamos por la adoración a unos simples papeles, monedas o figuras representativas de madera. No puedo entender la violencia por el mero hecho de conseguir algo que simplemente, en ese momento o en ese lugar, te apetece, sin más razón ni sentido que el simple acto de desearlo. No puedo entender que haya millones de personas que actúen como borregos y no piensen por sí mismos, aplicando unas ideas que ni tan siquiera se han parado a pensar o a analizar.

Yo quiero una humanidad completa, una humanidad donde todos podamos hablar, sentir, compartir, actuar y sobrellevar las cosas en conjunto, en común, sin nadie que nos diga lo que hay que pensar o decir.

Las leyes de la vida que nos rigen se han vuelto leyes duras, intransigentes, desmoralizadoras que nos obligan a aceptar, sin mayor causa o motivo, que todo debe ser así y no de otra manera.

Os preguntareis de donde han salido todas estas ideas de las que nunca os he hablado. Para ser sincero siempre han estado ahí, pero ya estoy cansado de acallar esa voz que no cesa en su empeño de decirme que no quería seguir viviendo, pensando o hablando de esa manera.

En este mundo, con este tipo de sociedad me siento vacío, inútil, carezco de sentido, no encajo en ella.

Maldigo mi empatía, maldigo mi falta de mezquindad, maldigo mi carencia de capacidad en poder odiar a alguien o no perdonar a esta u otra persona y, por encima de todo, maldigo el no poder ser como los demás. Personas sin escrúpulos, capaces de soportar ver sufrir a los demás, capaces de infringir ese sufrimiento e incapaces de sentir un mínimo de empatía hacia una persona débil o simplemente diferente.

Esta semana me han pasado cosas muy importantes, ya las iréis comprobando por vosotros mismos. Nada de lo que he hecho o dicho, nada de lo que os digan, lo he hecho pensando y premeditando la llegada de este momento. Ha surgido y punto, os aseguro que nada de todo esto estaba planeado.

Necesito escapar, salir de esta vida insulsa y carente de emociones o sentimientos y emociones permanentes. Necesito intentar vivir otra vida diferente y sí, lo sé, esa vida no existe.

Necesito volver a hablar, necesito volver a escuchar y sobre todo necesito saber su nombre.

DOMINGO

XXIII

2 de noviembre de 2018

Al principio no supo donde se encontraba, estaba todo muy oscuro. Poco a poco una luz se fue abriendo paso en su cabeza hasta el punto que tuvo que cerrar los ojos para que no lo cegara. Cuando sintió que la luz había disminuido de intensidad abrió los ojos. Un cielo de un precioso azul claro se mostró ante él.

Estaba tumbado en el suelo. Miró a ambos lados y observó que eran unas piedras blancas. Una sensación de gozo lo invadió. Reconocía aquellas piedras blancas. Eran las piedras que aquel niño había estado amontonando y derribando aquel día en el cementerio.

Se puso de pie y se sacudió los pantalones. No recordaba haberse puesto aquel pantalón de lino. Se observó a sí mismo y vio que estaba vestido con un traje de color negro, incluso llevaba corbata. «Que raro» pensó. Con lo que yo odio las corbatas.

Miró a su alrededor y comprobó que realmente se encontraba donde él creía. Estaba en el cementerio. En aquel cementerio que lo había devuelto a la vida. Una nueva vida.

Paseó la mirada para comprobar en qué lugar en concreto se encontraba. No tuvo problemas para ubicarse y sin perder ni un solo segundo giró hacia la derecha en dirección a los bancos de la entrada donde sabía, con total seguridad, la chica lo estaría esperando.

Sintió como el corazón se le salía del pecho cuando la localizó.

Allí estaba ella. Etérea, serena, irradiando tranquilidad y paz. La chica levantó la mirada como se hubiera percibido su presencia y le sonrió.

A Samuel le gustó que le sonriera, pero comprobó que aquella sonrisa no le subía hasta sus ojos.

Caminó hacia ella y se sentó a su lado tal y como había estado haciendo los últimos días.

—Hola —fue lo único que supo decir en aquel momento.

—Hola —le respondió ella mirándolo a los ojos.

—He vuelto —dijo Samuel sin atreverse a sostenerle la mirada.

—Sí. Has vuelto —respondió la chica como si no entendiera qué hacía allí, con ella— Samuel, ¿por qué has vuelto? No entiendo que hayas abandonado todo aun descubriendo todo lo que te dije.

—Necesitaba volver. Necesitaba escapar de todo aquello.

No fue necesario que Samuel explicara donde se encontraba y cómo había llegado allí. Ambos conocían lo que había tenido que suceder para llegar a esa situación.

—¿Cómo es posible que me vieras?...quiero decir, yo no estaba en las mismas condiciones que los que tú acompañabas en el cementerio —no se atrevió a decir la palabra muerto.

La chica negó con la cabeza.

—No lo sé Samuel. A mí también me sorprendió, pero yo no puedo hacer nada al respecto. Yo no planteo preguntas, yo simplemente las resuelvo.

—¿Quieres decir que tú no sabías tampoco por qué yo podía verte y los demás no?

—Así es.

—Y sin embargo, no me dijiste nada.

—No podía decirte nada, puesto que yo no sabía tampoco el porqué de tu presencia.

—¿Y ahora lo sabes?

La chica volvió a negar.

—No, pero supongo que si estás aquí será porque debes, por algún motivo que yo desconozco. Al igual que debe existir un motivo por el que, aun estando vivo, pudieras verme. No existe un acto que no conlleve una consecuencia.

—¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—Nada —dijo la chica recuperando aquella sonrisa alegre que Samuel conocía de antes— Simplemente debo acompañarte hacia tu nueva vida.

La chica se levantó y Samuel la imitó.

—¿Dónde vamos?

—Tú sígueme, Samuel. Simplemente sígueme y espera.

Comenzaron a andar juntos, hombro con hombro.

—¿Quisiera hacerte una pregunta? —dijo Samuel.

La chica asintió invitándole a que prosiguiera.

—¿Es imposible entonces ser feliz en este mundo?

La chica se detuvo y se lo quedó mirando durante unos instantes.

—No Samuel, no es imposible. Pero la gente confunde lo que es la felicidad. En realidad las personas solo buscan continuamente el estado de

felicidad y ese es el principal error por el que no son felices.

—No consigo entenderte —replicó Samuel— Si la vida no tiene sentido ¿Cómo se puede encontrar la felicidad?

—No te equivoques Samuel. La vida sí tiene sentido, solo que ya no es posible realizarlo, no por tu culpa, sino por la propia sociedad que ya lo ha olvidado. El sentido de la vida nada tiene que ver con la felicidad. Son cosas muy diferentes.

«La felicidad completa y permanente no existe y precisamente eso es lo que todos buscan con anhelo y ansiedad. La felicidad en la vida es la simple suma de pequeños momentos de gozo y de dicha. El problema es que la gente piensa que la felicidad debe ser eterna, perpetua, permanente, constante, y no es así. Por eso todos olvidan esos pequeños actos y se vuelcan en conseguir el todo. Una felicidad que nunca se rompa, que nunca desaparezca y se olvidan de los momentos, de los pequeños momentos felices de los que están rodeados. No es que no estén ahí, simplemente no los ven, o si los aprecian, no le son suficientes. Lo quieren todo y por eso nunca son felices.

«La sociedad de hoy en día te ha condicionado a buscar esa felicidad en lo material, en esos zapatos nuevos, ese nuevo móvil, ese breve acto sexual, ese partido de futbol o ese encuentro semanal con los amigos donde se comparten risas y alguna que otra confidencia.

«Sin embargo, cuando esos momentos terminan se vuelven a sentir vacíos, infelices, ¿Por qué? Porque desean tener esos momentos siempre, en todo momento y en todo lugar, y es esa ansiedad y ese deseo, el que anula el aprecio que se debería sentir por esos momentos y son desechados al instante de terminar.

«Si la gente perdiera ese anhelo, ese deseo perpetuo de buscar la felicidad y se conformara con vivir el momento, el día a día, con lo que tienes, apreciándolo y valorándolo como lo que es, vivir al fin y al cabo, nadie podría tener la sensación de infelicidad.

Samuel asintió con la cabeza reconociendo la verdad en aquellas simples palabras. Él mismo siempre había supeditado su vida a la búsqueda de momentos felices, obviando todo lo demás, y se reprendió a sí mismo por malgastar una vida intentando perseguir todo aquello que la sociedad le había dicho que debía conseguir para ser realmente feliz.

Siguieron caminando durante varios minutos en silencio hasta que Samuel notó que algo lo empujaba, una fuerza invisible lo hacía caminar sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo para moverse. El cementerio comenzó a

difuminarse y todo se volvió borroso por unos instantes.

Antes de que todo desapareciera Samuel giró la cabeza y le hizo la pregunta.

—¿Cómo te llamas?

La chica sonrió alegre y sus ojos brillaron de felicidad.

—Lucía.

Epílogo

En la actualidad

Martín cerró el libro al terminar de leer la última página. Le dio la vuelta y volvió a leer el título de la portada «El cementerio de la vida».

Lo había comprado a ciegas, sin saber de qué trataba. No era ni de lejos el mejor libro que había leído pero tampoco era de los peores. El lenguaje que usaba era simple, sin giros lingüísticos que buscasen adornar una idea utilizando palabras grandilocuentes.

El final del libro le había dejado un sabor agrisado, no sabía si era un final dramático o por el contrario era un final feliz. Lo meditó durante unos minutos y, después de analizarlo desde varios puntos de vista, concluyó que, dadas las circunstancias en la vida del personaje, no era un mal final.

Algo le rondaba por su cabeza, pero no sabía decir el qué.

Dejó el libro en el brazo del sillón donde se encontraba sentado y miró el reloj digital de la mesita de al lado. Eran las dos y diecisiete de la madrugada.

Llevaba más de dos años sin poder conciliar el sueño, de ahí que leyera y leyera, en parte por culpa del insomnio y en parte, porque cuando leía su mente lo dejaba tranquilo durante las horas que durara la lectura.

Hizo pinza con los dedos en el puente de su nariz y se reclinó hacia atrás emitiendo un largo suspiro. Al instante, quiso abrir los ojos de nuevo pero se obligó a mantenerlos cerrados.

Escuchó unos pasos ligeros que se le acercaban y se obligó, de mala gana, a abrir los ojos de nuevo. Su rostro se iluminó al verla.

Una niña pequeña de seis años entraba trotando en el comedor. Llevaba una melena corta hasta la nuca, un flequillo recto que le cubría la frente y unas enormes gafas de pasta de color rosa. Andaba dando pequeños saltitos como si bailara en vez de caminar.

—Hola papi —dijo la niña con su aflautada voz.

—Hola mi amor —respondió Martín con un nudo en la garganta.

—¿Qué haces? ¿Es muy tarde? —preguntó la niña.

—Estaba leyendo un rato. ¿Y tú? ¿No deberías estar acostada?

—No tengo sueño.

Esa fue su simple explicación para estar a las dos de la madrugada despierta correteando por la casa.

La niña se sentó en una pequeña sillita azul y comenzó a dibujar en un folio en blanco mientras canturreaba una canción.

Martin la observó detenidamente. Adoraba a su hija, su preciosa y alegre hija. Le encantaba su sonrisa, sus carcajadas cuando le hacía cosquillas. Sus inocentes preguntas y sus ingenuas respuestas.

No pudo soportarlo más e hizo el amago de levantarse para cogerla en brazos y darle un millón de besos.

Se detuvo de repente cuando la niña se volvió y le clavó una mirada de odio que le heló la sangre.

—¿Por qué me dejaste sola?

La pregunta golpeó a Martin y lo dejó sin respiración, como si le hubieran dado un puñetazo en el estomago.

—Yo...no sabía...lo siento

—¿Prometiste que me protegerías y que cuidarías de mi?

Martin no pudo evitarlo y las lágrimas comenzaron a escapar de sus ojos.

—Lo siento, lo siento mucho —repetía sin poder dejar de llorar.

—No te perdono —le gritó la niña con rabia.

Martin despertó sobresaltado, tenía la respiración agitada y el corazón a mil por hora.

Buscó con la mirada a su pequeña hija pero allí no había nadie. Sintió que de nuevo le faltaba el aire y no podía reprimir las ganas de llorar. Miró el reloj de la mesa y vio con consternación que tan solo habían pasado seis minutos desde que había cerrado los ojos. Eran las dos y veintidós.

Siempre igual. Apenas podía dormir cinco minutos seguidos. Aquellas pesadillas le martilleaban la cabeza constantemente y no le permitían vivir.

Se repitió una vez más todo lo que le había dicho su psicólogo pero desistió al instante. Aquello no le había servido de nada. Dos años de terapia que no le conducían a ningún sitio.

Notó que las lágrimas pugnaban por salir de nuevo pero las contuvo cerrando con fuerza los ojos. De nada servía llorar. De nada servía lamentarse por lo ocurrido.

Hacía dos años que su niñita preciosa había desaparecido. No, no había desaparecido, se la habían llevado. Un mal nacido se la había llevado y había hecho con ella todo lo que quiso hasta que la dejó muerta, desnuda y violada a la orilla de un río. No quiso recordar todos aquellos informes, todas

aquellas fotografías que le habían enseñado.

Habían atrapado a aquel hijo de puta pero aquello no le había devuelto a su niña. Nada se lo podría devolver. Nada.

Apretó los puños y sin poder evitarlo dio un golpe en el brazo del sillón. El libro salió despedido y cayó a sus pies abierto.

Se agachó y lo recogió. Sin querer, leyó una de las líneas.

“No existe un acto que no conlleve una consecuencia”

¿Qué consecuencias había tenido el acto de aquel cerdo? ¿Pudrirse en la cárcel?

La idea que antes se le había escapado volvió a emerger desde el fondo de su cabeza, esta vez con fuerza.

No, pensó. Eso no.

Agarró el libro y lo dobló como si quisiera escurrir sus palabras. Luego lo soltó e intentó calmarse.

¿Y por qué no? ¿Qué tenía que perder?

Volvió a mirar la portada. Lo sopesó en sus manos como quien evalúa el peso de un objeto.

Sí. Lo haría. Y entonces sería él, el que tendría que soportar las consecuencias.

Aquella decisión pareció calmarlo. Desde lo más profundo de su alma sintió que aquella idea lo reconfortaba, lo aliviaba. Le daba seguridad y sobre todo le daba paz. Una paz que no había sentido en dos años.

No. Él no iba a suicidarse. Aquello era una gilipollez, una rendición.

Se levantó con la decisión tomada y por primera vez no sintió su cuerpo agarrotado. Se sintió ligero y libre.

Se encaminó a la habitación donde dormía su mujer y sin cambiarse de ropa se acostó a su lado. Abrazándola.

Su mujer emitió un suspiro al sentir el roce de su marido pero luego se giró de golpe al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Pero, pero...—balbució su mujer sorprendida y medio dormida.

—Shhh...—siseó Martín— Tranquila, vamos a dormir.

Su mujer lo miraba con los ojos abiertos, con la cabeza girada, despejada del todo.

—Vamos a dormir mi amor —volvió a susurrarle Martín hundiendo su cara entre la melena castaña de su mujer.

Su mujer agarró con fuerza las manos de Martín como si intentara evitar que se despegara de ella un solo milímetro. Hizo un esfuerzo por no llorar e

intentó volver a dormir para complacerlo.

—¿Sabes una cosa mi amor? —le preguntó Martín en la oscuridad.

Su mujer no respondió y esperó a que Martín dijera la respuesta.

—Los mansos heredarán la tierra.

Su mujer no quiso preguntarle por el significado de aquella enigmática frase pero le dio lo mismo. Era la primera vez en años que su marido la abrazaba y le hablaba con aquella tranquilidad y dulzura. Cerró los ojos y disfrutó del calor del cuerpo de su querido Martín.

Con voz susurrada y somnolienta, como si de un mantra que lo ayudara a relajarse, Martín repitió.

—Los mansos heredarán la tierra.

EL AUTOR

Juan Pablo Pascual Casanova nació en Orihuela, provincia de Alicante (ESPAÑA) en 1975. Es Licenciado en Ciencias Biológicas y Profesor de Piano. Ha trabajado como docente desde el año 1999. Actualmente es profesor de música de secundaria y bachillerato de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

“El Cementerio de la vida” es su cuarta novela publicada.

Contacto: juanpablo.pascualcasanova@gmail.com